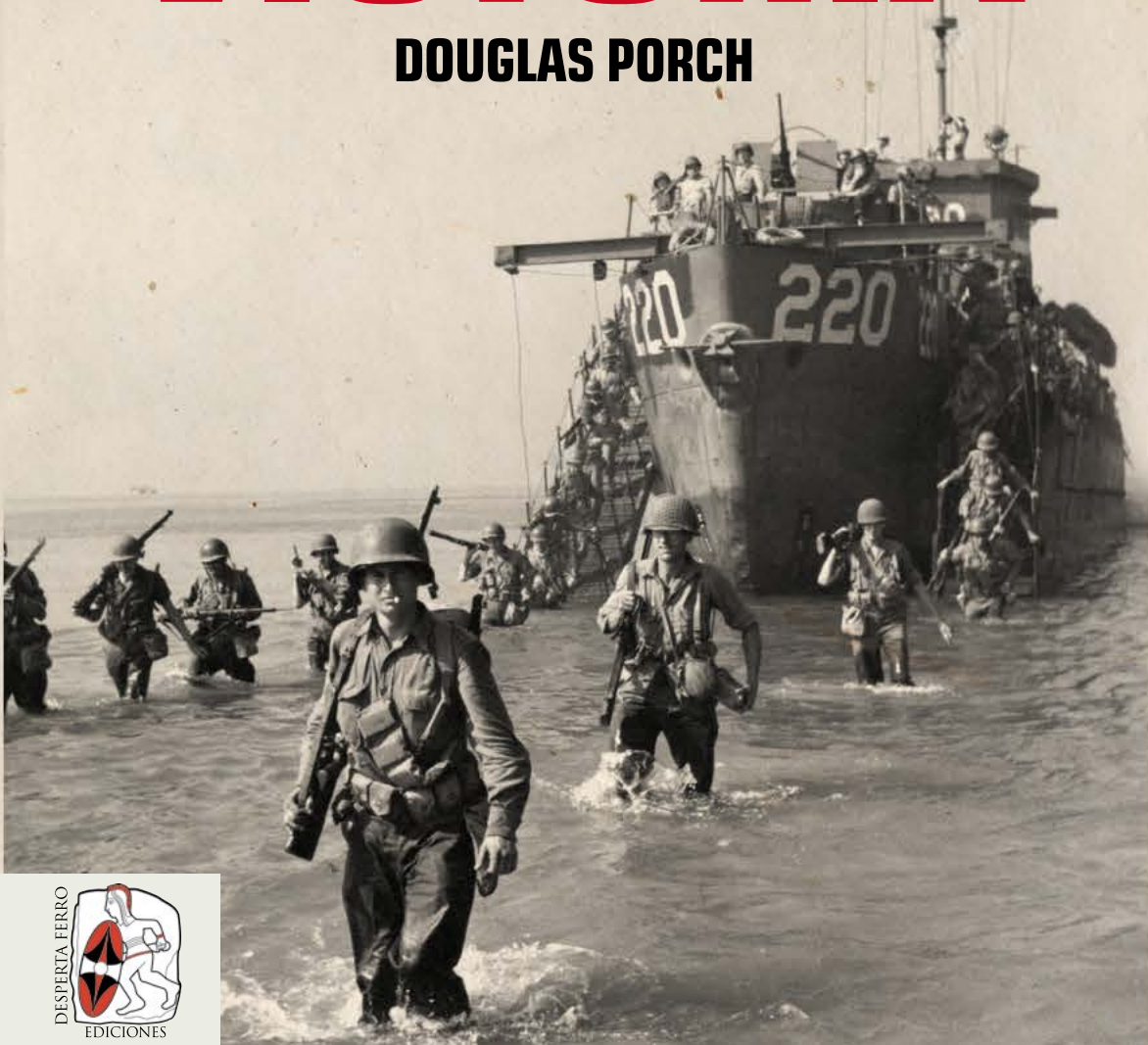


La Segunda Guerra Mundial en el Mediterráneo

EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

DOUGLAS PORCH



EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

DESPERTA FEDERACION



EDICIONES

La Segunda Guerra Mundial en el Mediterráneo

EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

DOUGLAS PORCH

DESPERTA FERRO

EDICIONES



El camino hacia la victoria
Porch, Douglas

El camino hacia la victoria/ Porch, Douglas [traducción de Javier Romero Muñoz].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019. – 704 p. ; 23,5 cm – (Segunda Guerra Mundial) – 1.ª ed.
D.L.: M-15024-2019

ISBN: 978-84-949540-3-0
94(4):(6-17) 1940-1945”
355.48 (44:420:430:450) 355.46 (262)

EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

La Segunda Guerra Mundial en el Mediterráneo
Douglas Porch

Título original:

The Path to Victory. The Mediterranean Theater in World War II

by Douglas Porch has been translated into Spanish by
arrangement with Farrar, Straus and Giroux, New York.

Traducción al español según el acuerdo de derechos concertado
con Farrar, Straus and Giroux, New York.

© 2004 by Douglas Porch
ISBN: 978-0-374-52976-5

© de esta edición:

El camino hacia la victoria
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º dcha.
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-949540-3-0
D.L.: M-15024-2019

Traducción: Javier Romero Muñoz
Revisión técnica: Javier Veramendi B y Jesús Jiménez Zaera
Cartografía: The United States Military Academy West Point Academic
Departments/History/World War Two Europe

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: junio 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2019 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Françoise



DESPERTA FERRO

EDICIONES

Índice

Prefacio	IX
Introducción a esta edición	XV
Introducción a la edición original	XXVII
CAPÍTULO UNO	
1940: la guerra llega al Mediterráneo	1
CAPÍTULO DOS	
«La Noruega del Mediterráneo»	35
CAPÍTULO TRES	
Triunfos tácticos, errores estratégicos	97
CAPÍTULO CUATRO	
La guerra de Rommel: un campo de batalla perfecto	147
CAPÍTULO CINCO	
«El gran reinado del terror»	205
CAPÍTULO SEIS	
La guerra de Monty: El Alamein, ¿la batalla innecesaria?	243
CAPÍTULO SIETE	
«El bebé oculto de Roosevelt»	277
CAPÍTULO OCHO	
Túnez: «el Verdún del Mediterráneo»	319

CAPÍTULO NUEVE

Husky: «un continente redimido» 361

CAPÍTULO DIEZ

«El año mediterráneo» 397

CAPÍTULO ONCE

Victoria incompleta 447

CAPÍTULO DOCE

La vía mediterránea hacia la resurrección de Francia, 1940-1945 509

CAPÍTULO TRECE

Cassino sin el monasterio. La ruptura de la Línea Gótica 555

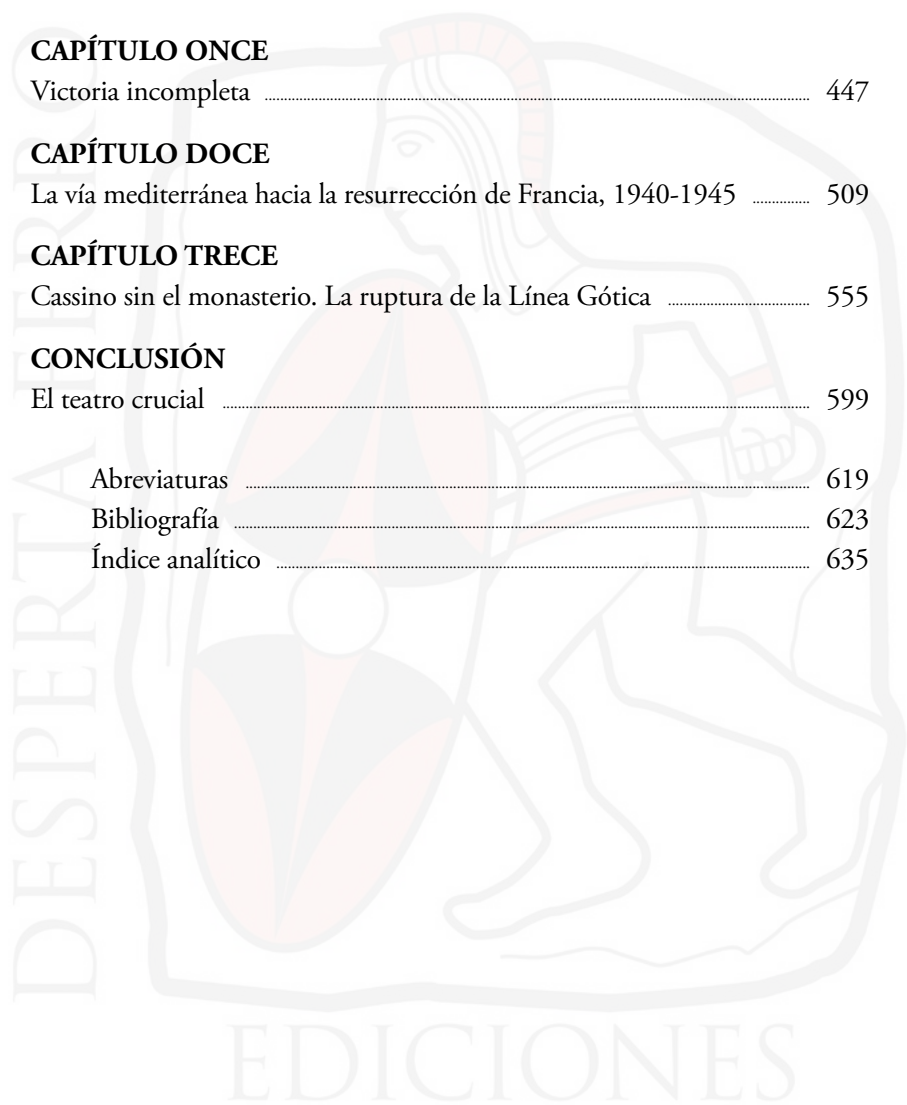
CONCLUSIÓN

El teatro crucial 599

Abreviaturas 619

Bibliografía 623

Índice analítico 635



Prefacio

El presente libro tiene varios puntos de origen. El primero es una fascinación de por vida por el Mediterráneo, propiciada por su abundante historia, el mosaico de pueblos que habita sus orillas y la belleza conmovedora de sus paisajes terrestres y costeros. Un segundo factor de motivación han sido mis estudiantes del Naval Postgraduate School, muchos de los cuales sirven con la flota mediterránea estadounidense y en misiones de mantenimiento de la paz en Bosnia o Kosovo, o son nativos de naciones mediterráneas. Ellos me animaron a investigar la importancia del Mediterráneo como vía de comunicación marítima y como enlace geográfico de y entre continentes y océanos.

El énfasis de la formación militar estadounidense en estudios «Conjuntos y Combinados» fomenta el estudio y la práctica de la interacción entre los poderes aéreo, marítimo y terrestre en un entorno operacional multidimensional. Si bien la combinación de esos tres tipos de guerra es requisito para la victoria en todos los teatros, su interacción eficiente fue especialmente vital en el teatro mediterráneo de la Segunda Guerra Mundial. Esto requiere considerar el teatro mediterráneo como un conjunto geográfico y estratégico en vez de una sucesión de campañas separadas. El Mediterráneo fue más que la suma de sus partes; aquellos que combatieron en él tuvieron que enfrentarse y encarar una compleja serie de desafíos operacionales, así como estratégicos. La geografía, extremadamente variada, por no mencionar los tipos de guerra, muy distintos, en especial a partir de 1943, cuando Italia firmó el armisticio y dio inicio a una guerra insurgente en la orilla norte del Mediterráneo, sometió a generales y a almirantes a presiones constantes para reorganizar y adaptar a las nuevas circunstancias a sus ejércitos, armadas y fuerzas aéreas. Al igual que en el Pacífico, en las campañas mediterráneas de la Segunda Guerra Mundial la victoria o la derrota fue para el bando que supo combatir con más eficacia en este contexto tridimensional. Pero el componente terrestre en el Mediterráneo era mucho

más importante que en las campañas del Pacífico de *island hopping* [saltos de isla en isla]. Una fuerza militar que dominase una, o incluso dos, de estas formas de guerra, pero que tuviera carencias en una tercera, se hallaba en una situación de severa desventaja. Al principio, el Eje aunó eficiencia alemana en guerra terrestre y aérea con el poder naval italiano para hacerse con el dominio de la «posición central» en el Mediterráneo, lo que permitió a Rommel dominar por completo a los británicos en el desierto occidental. Pero el poder aéreo y naval del Eje acabó por desgastarse. Y, aunque la Wehrmacht se mostró formidable hasta los últimos días de la contienda, los años de combates en el Mediterráneo la habían despojado de su capacidad ofensiva, por lo que se vio limitada a combatir a la defensiva en las montañas de Italia y en los bosques de los Balcanes.

En última instancia, la victoria fue determinada no por *cómo* se combatía, sino *dónde*. La guerra nunca se libra en un vacío político, sino que es, como nos recuerda Clausewitz: «política por otros medios». En el políticamente complejo, incluso volátil, mundo mediterráneo, fue posible incluso darle la vuelta a esta famosa sentencia. Los generales alemanes y «anglosajones» detestaban especialmente combatir en el Mediterráneo, donde cada decisión estratégica, cada coalición, cada propuesta de desembarco estaba preñada de consecuencias políticas. El comandante británico en Oriente Medio, general Archibald Wawell, se opuso a combatir en Grecia, Siria e Irak, países políticamente fragmentados. Las políticas francesa e italiana quitaron el sueño a los comandantes aliados hasta el mismo fin de la guerra. Al mismo tiempo, también puede afirmarse que el Eje no supo explotar sus oportunidades políticas en el mundo árabe y tampoco manejar la dimensión política de su ocupación de la península balcánica y Grecia, lo cual tuvo importantes consecuencias militares.

Este libro, por tanto, es una obra de síntesis que trata de fundir las historias de las campañas individuales en el norte de África, Grecia y Creta, el cuerno de África, Siria e Irak y Túnez, así como en Sicilia e Italia y las historias de las guerras aéreas y navales y de las insurgencias combatidas en, sobre y en torno a los mares. Pero este libro también aspira a ser algo más que una letanía de batallas. He revisado la interrelación de esas campañas en el contexto del teatro mediterráneo y de la estrategia mediterránea para evaluar mejor la importancia del Mediterráneo en relación con la guerra en su conjunto. Los historiadores, en general, no se han mostrado favorables al esfuerzo aliado en el Mediterráneo. Desde su comienzo, el Mediterráneo fue un teatro «de encuentro», un lugar en el que se entrecruzaban los intereses italianos y británicos. Churchill optó por combatir allí para proteger el corredor hacia el imperio británico, para demostrar que Londres estaba dispuesto a luchar a muerte contra el Eje, para enfatizar su distancia con respecto a las fracasadas políticas de apaciguamiento de Chamberlain, para atraer el apoyo estadounidense y, tal vez, para redimir la estrategia medite-

rránea que había fracasado en Galípoli durante la Primera Guerra Mundial. En consecuencia, Hitler se vio forzado a intervenir para rescatar a Mussolini. La estrategia estadounidense se sumó a la inversión inicial británica gracias a la insistencia de Roosevelt, a pesar de las protestas de su secretario de Estado y de su jefe de Estado Mayor, que argumentaban que la intervención en el Mediterráneo no atacaba ningún centro de gravedad de Alemania y, por tanto, constituía un despilfarro de recursos estadounidenses en beneficio de la «máquina imperial británica».

Las consecuencias de la mal diseñada y «oportunista» estrategia mediterránea de los aliados fue un avance espantosamente lento en un teatro de operaciones en el que los británicos y más tarde los estadounidenses fueron superados por el enemigo en capacidad de mando y combativa, junto a las orillas de un mar con una importancia estratégica irrisoria. El historiador británico John Ellis se queja de que «el Mediterráneo se enfatiza en la mayoría de estudios ingleses sobre la guerra [...] cuando toda la campaña apenas merece una nota al pie extensa». Aunque el Mediterráneo fue una distracción estratégica, «la sensación de conjunto, de hecho, es la de una notoria falta de dirección y planificación, en la que decisiones clave se tomaron de forma improvisada, simplemente porque nadie, y en particular los del bando estadounidense, era capaz de pensar en algo mejor que hacer».¹ Corelli Barnett calificó la estrategia mediterránea de los aliados de «*cul-de-sac* [...] mera acción secundaria a la conclusión de una guerra que se había ganado en las masivas batallas de los frentes del este y del oeste».² Los aliados pagaron un alto precio por su oportunismo, pues, en torno a septiembre de 1943, sus recursos mediterráneos habían sido enviados al callejón sin salida de la península italiana. Esto llevó a la previsible consecuencia, una vez que los preparativos para la invasión del noroeste de Europa se pusieron en marcha, de que las dos regiones fueran tratadas como teatros rivales y no complementarios. David Kennedy denominó la campaña italiana «un eslogan, no una estrategia» y censuró ese campo de batalla como «una agotadora guerra de desgaste cuyos costes no podían justificarse por ningún propósito militar o político válido».³ Otros, si bien ofrecen una evaluación más ponderada de la campaña italiana, no dejan de considerar la porción mediterránea de la gran estrategia aliada «un fracaso» ya que, al igual que ocurrió durante la Primera Guerra Mundial, el Mediterráneo compitió, en lugar de complementar, el principal frente occidental.⁴ El historiador británico John Keegan comparó Italia con la campaña de Wellington contra las fuerzas napoleónicas en España, en la que «el sentido del deber y la firmeza de los corazones» de los soldados es más admirable aún «debido al carácter marginal de la campaña». «Su guerra no era una cruzada –escribe–, sino, en casi todos los aspectos, una distracción estratégica a la vieja usanza en el flanco marítimo de un enemigo continental, la “guerra peninsular” de 1939-1945».⁵

El presente texto sostiene que, si bien el Mediterráneo no fue el teatro *decisivo* de la guerra, sí que fue su teatro *crucial*, una condición necesaria para el éxito de los aliados. Ninguno de los defensores más firmes del teatro mediterráneo —ni Churchill, ni Harold Alexander, ni Mark Clark— afirmaron nunca que el Mediterráneo pudiera, o debiera, reemplazar en importancia al frente del este o a la Europa del noroeste. No obstante, creían que el Mediterráneo constituía un preludio vital para la invasión de Europa del noroeste y que desempeñaba un importante papel en la derrota del Eje. Esta obra trata de explicar lo significativa que fue esa contribución a la victoria aliada. También tratará de evaluar la relación del teatro periférico del Mediterráneo con los frentes principales del este y del oeste. La idea que argumento es que a los aliados les era imposible hacer la transición de Dunkerque a la Operación Overlord sin pasar primero por el Mediterráneo. Este teatro resultó crítico para forjar la alianza angloestadounidense, pues permitió a los ejércitos aliados adquirir conocimientos, poner a prueba líderes y estados mayores y desarrollar los sistemas técnicos, operacionales, tácticos y de inteligencia que fueron necesarios para invadir Normandía con éxito en junio de 1944. Overlord se ensayó en el norte de África, Sicilia e Italia. Hacia el 6 de junio de 1944, el Mediterráneo había desgastado y, en último término, desmembrado al Eje. «La guerra peninsular de 1939-1945» se convirtió en el hematoma de Hitler, del mismo modo que su homóloga «a la antigua usanza» de 1808-1814 le causó a Napoleón una úlcera más de un siglo antes. La campaña ganó tiempo para que Roosevelt pudiera acumular fuerzas estadounidenses con las que imponer la primacía de Washington dentro de la alianza occidental y, por tanto, para remodelar la Europa de posguerra de acuerdo con las prioridades estadounidenses, no con las británicas o europeas.

Eliminar el Mediterráneo de la Segunda Guerra Mundial nos lleva a visualizar un desastre de proporciones épicas y un resultado de las operaciones militares en el teatro europeo muy diferente al de la rendición incondicional de Alemania. Algunos de los críticos de la estrategia mediterránea, como el historiador estadounidense Robert Love, le acusan de retrasar el desembarco en Europa del noroeste, el cual, de haber sido llevado a cabo en 1943, habría acelerado el fin del Reich e impedido las ganancias territoriales de Stalin en el este de Europa. Love atribuye a una combinación de ambiciones imperiales británicas de Churchill y a la «vacilación» de Roosevelt el que se llevase a cabo «una estrategia inútil y periférica en el Mediterráneo» que permitió a los rusos invadir el este de Europa y que concedió a los alemanes dos años extra para reforzar sus defensas atlánticas.⁶ En el mejor de los casos, Italia fue un *pis aller*, una serie de «operaciones titubeantes y fallidas» que concedió a Hitler tiempo de sobra para organizar su guerra criminal contra la población civil europea.⁷ La triste realidad, no obstante, es que Sledgehammer/Roundup, el plan para invadir Francia en 1942 o 1943, se habría saldado, sin duda, en un sangriento desastre contra

un ejército alemán poderosamente fortificado, apoyado por una imponente Luftwaffe y manadas de U-boot merodeando alrededor de la flota aliada de apoyo. La derrota habría debilitado la alianza occidental porque la estrategia estadounidense se habría centrado en el Pacífico. Los destinos políticos de Churchill y Roosevelt, por no mencionar el de Charles de Gaulle, e incluso tal vez la estabilidad de las democracias británica y estadounidense, habrían quedado en entredicho. Hitler había solidificado su control sobre el continente, los movimientos de resistencia habrían quedado desmoralizados y Stalin habría tratado de firmar el mejor acuerdo posible con el invasor. La Europa de posguerra, incluida su frontera mediterránea, habría sido un lugar muy diferente. Por tanto, mi argumento es que el Mediterráneo resultó vital para el éxito aliado precisamente porque obligó a posponer una invasión prematura de la Europa del norte.

Este libro debe su concepción a mi colega en el Naval Postgraduate School, profesor Daniel Moran, quien comentó que, aparte de las historias oficiales británicas en múltiples volúmenes de la guerra en el Mediterráneo, no existe ninguna obra en un único volumen que trate la Segunda Guerra Mundial en el Mediterráneo como un teatro de operaciones por sí mismo y no como una serie de campañas separadas. Quiero agradecer a mi agente Michael Congdon por animarme a llevar a término esta idea y por su constante consejo y apoyo. John Glusman de Farrar, Straus y Giroux ha sido, como siempre, un editor exigente, pero lleno de paciencia y fe. Carlo D'Este, cuyas historias sobre las tropas y generales estadounidenses que combatieron en el Mediterráneo le convierten en el decano de los historiadores militares del Mediterráneo, aceptó amablemente leer el manuscrito. Por supuesto, yo soy el único responsable de cualquier error o imprecisión que pudiera quedar. Es tradición entre los autores dar las gracias a sus familias. Me gustaría seguir con esa práctica, en especial en el caso de mi esposa, Françoise, que tuvo que pasar numerosos fines de semana en casa porque su marido no estaba disponible para actividades más sociales.

NOTAS

- 1 J. Ellis, 1990, xx, 292.
- 2 C. Barnett, 1989, 689-692.
- 3 D. Kennedy, 1999, 596.
- 4 «La insistencia estadounidense en el principio elemental de la concentración era, en realidad, una justificación para encubrir malentendidos, celos y objetivos en conflicto», escriben D. Graham y Sh. Bidwell, 1986, 404.
- 5 J. Keegan (ed.), 1989, 368.
- 6 R. W. Love, 1992, 87.
- 7 W. Murray y A. R. Millett, 2000, 374.

Introducción a esta edición

El presente libro fue concebido a finales de la década de 1990. Su origen es el siguiente: a un colega de mi institución, la Naval Postgraduate School, se le había asignado la tarea de impartir a nuestros estudiantes oficiales mandos de compañía y oficiales de grado medio un curso sobre guerras en Oriente Medio desde 1945. Este observó que no existía una historia del Mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial en un único volumen que le proporcionase una base sólida y un punto de partida para su curso y me sugirió que escribiera uno. En un primer momento pensé que estaba en un error, pues existían en el mercado diversos títulos que parecían ofrecer un tratamiento completo del teatro de operaciones. No obstante, una inspección más detallada reveló que las opciones disponibles eran o bien densas historias en múltiples tomos, o bien trabajos más concisos, pero operacionales, básicamente, de las campañas de las fuerzas británicas y estadounidenses, de Egipto al norte de África y de ahí a Sicilia, para, al final, atascarse en la península italiana. Ninguna de esas obras trataba de proporcionar un veredicto estratégico sobre la importancia del conjunto del teatro mediterráneo para la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, ni explorar sus dimensiones políticas, más allá del manido debate cívico-militar que comparaba desfavorablemente la estrategia mediterránea de los aliados, despilfarradora e «indirecta», con el enfoque más «directo» de la Operación Overlord para acceder al norte de Europa. De hecho, tanto si uno lo aborda desde la perspectiva británica como desde la estadounidense, ya en 1945 se consideraba que ese debate había quedado cerrado.¹

Debo admitir que me resultaba atractivo escribir una historia sobre un mar en guerra. Una crónica estructurada en torno a una extensión de agua promete una narración unificada, coherencia geográfica y tentadoras perspectivas de conclusiones estratégicas. Al fin y al cabo, Fernand Braudel hizo esto con brillantez sobre el Mediterráneo de tiempos de Felipe II (las líneas maestras de su *magnus opus* se trazaron durante el tiempo que pasó como pri-

sionero de guerra en un *Oflag* alemán).² No obstante, un proyecto de tamaña magnitud y alcance me parecía una empresa arriesgada, por varios motivos: para comenzar, primero tenía que decidir qué entendía por «Mediterráneo». A este respecto, Braudel, con su concepto elástico del mar interior, se reveló guía y mentor; el Mediterráneo de Braudel va más allá de sus simples orillas y alcanza un vasto *hinterland* configurado por el comercio, la política y la cultura mediterránea. Sobre la base de esta idea, propongo que la Segunda Guerra Mundial tuvo un impacto expansivo similar en lo geográfico, hasta abarcar dentro del teatro mediterráneo a Abisinia, Irak y Alsacia.

En segundo lugar, tal vez no fuera posible que un mar tan complejo como el Mediterráneo, con la multitud de comunidades dispares que abarrotan sus orillas, a menudo en conflicto, cada una de ellas con sus culturas nacionales y subnacionales diferenciadas, costumbres étnico-religiosas, creencias, mitologías, historias, aspiraciones, conflictos y visiones, encajase dentro de un relato coherente. Así, por ejemplo ¿qué tenían que ver uno de los partisanos de Tito con un *goumier* marroquí de Montecassino, más allá del hecho de que ambos combatían contra los alemanes? O, ¿qué vinculaba a un soldado de las fuerzas de la Francia Libre de Charles de Gaulle con un nacionalista iraquí, o un pionero sionista? La incongruencia de ver escoceses encabezar con gaitas su carga en El Alamein de noviembre de 1942 era comparable al absurdo de la decisión de los marinos franceses, al otro lado del mar, de hundir su flota en Tolón el 27 de ese mismo mes. Y así sucesivamente.

Un tercer motivo radica en que las historias de las diversas campañas mediterráneas alfombran las estanterías de las bibliotecas como si fueran fragmentos de un mosaico hecho añicos. ¿Qué ocurriría si, tras reunir los relatos de los combates del desierto occidental, Oriente Medio, Grecia y los Balcanes, la invasión angloestadounidense del África del norte francés (Torch) y su subproducto, la campaña tunecina, la historia resultante del Mediterráneo en la Segunda Guerra Mundial equivaliera a algo menos que la suma de sus partes? Es decir, ¿y si, en última instancia, la campaña mediterránea no diera lugar a una narración estratégica sin fisuras, sino a una recopilación de choques inconexos, quizá interesantes pero de todos modos irrelevantes en su mayor parte, librados en los márgenes de la guerra por el norte de Europa?

Al fin y al cabo, la visión del Mediterráneo en la Segunda Guerra Mundial con un «teatro de distracción», se había convertido, al albor del siglo XXI, en el relato dominante. La historiografía, en particular la estadounidense, condenaba la empresa aliada en el Mediterráneo, tachándola de pérdida de tiempo y despilfarro de recursos en el confín sur de la guerra verdadera, la del norte de Europa. El mismo concepto de «estrategia mediterránea» no es más que la inadecuada descripción de una serie de campañas improvisadas que, en conjunto, constituían un mosaico de retazos y una solución provisional. Responsables de planificación estadounidenses como el general Albert Wedemeyer criticaron el teatro Mediterráneo, al que calificaron de callejón sin

salida al que Roosevelt se había visto atraído por los manejos de Churchill, en una despilfarradora «estrategia periférica» cuyo objetivo último era salvaguardar los intereses imperiales británicos.³ Esta idea constituía un convincente argumento que corroboraba los puntos de vista de numerosos comandantes estadounidenses de la Segunda Guerra Mundial, entre los que se incluían el jefe de Estado Mayor, George Marshall y el comandante aliado en el Mediterráneo, Dwight Eisenhower. Diversos factores conformaban ese punto de vista: su frustración estratégica y su deseo de «rematar el trabajo» de derrotar a Alemania y Japón, en lugar de contemporizar en la periferia sur del conflicto. Asimismo, hacer frente a un casi enemigo como los franceses de Vichy y los italianos requería más habilidad política que pericia militar. Hasta noviembre de 1942, la estrategia mediterránea aliada fue rehén del enigmático Franco, el cual podía, en cualquier momento, tomar Gibraltar, con consecuencias catastróficas para las unidades aliadas que operaban en el Mediterráneo. De hecho, el «apaciguamiento» de Pétain y Franco por parte de Roosevelt durante la guerra constituyó uno de los aspectos más controvertidos de su política exterior. Por tales razones, y en especial para los soldados estadounidenses, el Mediterráneo se consideró el teatro de operaciones político por excelencia, un hervidero ideológico, religioso y demográfico complejo y difícil de descifrar, cuyas exigencias y frustraciones políticas contrastaban con la «guerra pura» que se libraba en el norte de Europa.⁴

La oposición al rodeo mediterráneo, considerado un superfluo derroche, también reflejaba un enfoque de las relaciones cívico-militares expresado no solo por el mando militar estadounidense, sino también por los secretarios de Estado, Cordell Hull, y de Defensa, Henry L. Stimson. Estos consideraban que el comandante en jefe estadounidense Roosevelt había sobrepasado los límites de su mandato al intervenir en lo que, desde sus puntos de vista, debía haber sido una decisión «puramente militar», opinión que evidenciaba un concepto particularmente estrecho: una estrategia despojada de sus dimensiones políticas. Su aversión mediterránea también la atizaba la política del Partido Republicano y su hostilidad a la agenda social del *New Deal* de Roosevelt. Este punto de vista se vio consolidado por las frustraciones de la campaña italiana, que, desde su perspectiva, daba la razón a su reticencia a embarcarse en una aventura militar mediterránea. Este también contagió a una generación de historiadores de posguerra, muchos de los cuales eran también veteranos.⁵ También fue animado por la exagerada rivalidad angloestadounidense fomentada por las voluminosas memorias de guerra de Churchill, que contrastan su sofisticada visión mediterránea con la ingenua, simplista y potencialmente catastrófica aspiración estadounidense de invadir el norte de Europa por el canal de la Mancha en 1942 o 1943.⁶

Por todos esos motivos, en 2004 estaba convencido de que la idea expuesta en este libro, de que el camino de Dunkerque en 1940 a Overlord cuatro años más tarde pasaba por el Mediterráneo, encontraría numerosos

detractores. De hecho, algunos interpretaron de manera incorrecta mi tesis, la cual dice que el Mediterráneo demostró ser el teatro axial de la guerra en Europa, en la que los aliados occidentales ganaron tiempo para acumular efectivos, desgastar a los del enemigo y perfeccionar su pericia táctica y operacional. No afirmo que el Mediterráneo fuera el teatro principal o decisivo. Ese honor debe recaer en el frente oriental, aunque, visto desde la perspectiva estratégica de sacar a Italia de la guerra, abrir el Mediterráneo al tráfico mercante que transportaba suministros para sostener el esfuerzo bélico soviético, además de desviar divisiones enemigas al «frente sur» de Europa, incluso la campaña italiana, con todos sus errores políticos y sus desafíos operacionales y tácticos, proporcionó beneficios estratégicos a la cruzada aliada. Pero, en lugar de críticas de otros historiadores, el argumento a favor de la centralidad de la empresa mediterránea aliada con respecto a su victoria, y la liquidación del Eje, fue bien acogida, pese a que generaciones anteriores la habrían considerado, si no herética, como mínimo «británica». Por otra parte, durante los primeros años del presente siglo una nueva generación de historiadores ha explorado el impacto de la guerra en sociedades mediterráneas de Italia, Grecia y los Balcanes y en el mundo musulmán.⁷ El presente libro también argumenta que el Mediterráneo proporcionó a Francia un camino hacia su resurgimiento como potencia europea. Esta trayectoria ha atraído la atención de una nueva generación de jóvenes historiadores franceses que ha examinado la relación entre el África del norte francés, la resistencia externa e interna en Francia, la movilización imperial, el rol de las campañas de Túnez e Italia en la refundación del Ejército galo, la invasión de la Francia meridional y el triunfo del gaullismo.⁸ La campaña de Túnez, otrora considerada un mero subproducto de Torch, ha asumido ahora más importancia, no solo por el desgaste de las fuerzas del Eje, sino también por su papel a la hora de socavar el poder de Mussolini, llevar a Italia al campo aliado y sentar los cimientos de la emergencia del general De Gaulle como líder de una Francia renacida.

Quizá la continuación más importante de mi libro vino del historiador británico Andrew Buchanan, que ha proporcionado una dimensión política a mi visión estratégica del Mediterráneo. Lejos de ser un «teatro británico», afirma Buchanan, liberar y revivir las sociedades mediterráneas era un concepto central de la idea de Roosevelt de imponer una *Pax Americana* y reconstruir las naciones de Europa occidental como democracias liberales. «Roosevelt comprendía que la victoria estadounidense requería derrotar a las potencias del Eje, *al tiempo* que se preparaba un nuevo orden mundial de naciones capitalistas y libre mercado estructurado bajo la hegemonía de Estados Unidos», escribe Buchanan. Desde el punto de vista de la Casa Blanca, un desembarco prematuro al otro lado del canal no solo ponía en peligro el resultado de la guerra para los aliados; también pasaría por alto oportunidades para moldear la configuración de posguerra de los pueblos mediterráneos y del sur de Europa. Para Roosevelt, la lección de la Primera Guerra Mundial era que los

cimientos de un orden liberal y capitalista deben ser asentados antes de que finalicen los combates. Posponer la reconstrucción europea y relegarlo a una reedición de la conferencia de Versalles de 1919 no solo se arriesgaba al fracaso, sino que también suponía cortejar la revolución, en especial en aquellos países de Europa occidental y meridional donde los movimientos de resistencia de inspiración comunista eran activos, bien organizados e influyentes.⁹

España: «un observador principalmente pasivo»

España nunca se convirtió en beligerante en la Segunda Guerra Mundial. Por esta razón, la península ibérica no tiene un papel prominente en este libro. No obstante, una edición española no estaría completa sin unas pocas palabras acerca del papel de España en el Mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial. Cabe afirmar que la Guerra Civil española fue el acto inaugural de la Segunda Guerra Mundial. Entre 1936 y 1939, España fue un primer campo de pruebas para sistemas políticos e ideologías rivales, un choque entre fascismo y democracia que atrajo a numerosos voluntarios ideológicamente motivados, así como la intervención activa de Alemania, Italia y la Unión Soviética. De hecho, la no intervención del Gobierno del Frente Popular de Francia (1936-1938) del lado de la República española tiene un papel destacado dentro de la «mitología de oportunidades perdidas» del apaciguamiento que allanaron el camino hacia la derrota francesa de 1940.¹⁰ Durante la guerra, el fracaso catastrófico de la revolución en España también sirvió de advertencia para los movimientos de resistencia de inspiración comunista de varios países. Debido a que la posición geoestratégica de Madrid le daba la posibilidad de tomar Gibraltar, con o sin asistencia germana, y denegar el acceso al Mediterráneo a los aliados, y también debido a que las ambiciones expansionistas de Franco abarcaban el África del norte francés, España estaba presente en los cálculos estratégicos de Hitler, Churchill, Roosevelt y del líder de Vichy, Philippe Pétain. Aun así, el hispanista Paul Preston ha categorizado el rol de España en la Segunda Guerra Mundial como el de «un observador principalmente pasivo».¹¹

Por qué esto fue así ha sido objeto de debate histórico. El hecho de que España se mantuviera al margen de la Segunda Guerra Mundial se reformuló tiempo después para que fuera resultado de la *hábil prudencia* de Franco: el mito de Franco como «el brillante arquitecto de la neutralidad española que mantuvo a Hitler a raya». Esto lo reforzaba la afirmación de que Franco salvó a judíos, lo cual ayudó a limpiar a España del «estigma del Eje» durante el fervor anticomunista de la Guerra Fría.¹² «Ambas nociones siguen siendo muy caras para los admiradores del Caudillo», escribe el hispanista inglés *sir* Paul Preston. Sin embargo, «la idea de que era el [ministro de Exteriores] Serrano Suñer el belicista favorable al Eje y Franco el cauteloso pacifista» no resiste un escrutinio detallado. Fue Suñer quien se quejó de la «intolerable impertinen-

cia» de Hitler y quien predijo que, dado que *Der Führer* trataba a España más como un «enemigo derrotado» que como a un aliado en potencia, su país tan solo podía convertirse en un «satélite insignificante y explotado» en la Europa hitleriana.¹³ Por su parte, Franco, «no solo creía ciegamente en la victoria del Eje, sino que estaba decidido de pleno a sumarse a la guerra de su lado». Los nuevos sacrificios que debían exigirse al pueblo español serían compensados por «futuras recompensas».¹⁴

En última instancia, Franco no evitó la guerra debido a su pericia o a su visión diplomática, sino por una fortuita combinación de circunstancias, que incluían la habilidad de la diplomacia angloestadounidense, respaldada por estímulos comerciales y financieros para que permaneciera neutral.¹⁵ Franco también tenía que hacer frente a la firme posibilidad de que, si se comprometía con el Eje de forma irrevocable y pública, estaría provocando la invasión aliada de la península ibérica o, cuando menos, tendría que hacer frente a la ocupación de Canarias, Baleares, Tánger o a la expansión de la zona defensiva en torno a Gibraltar. El hecho de que la Royal Navy controlase el acceso a las importaciones de combustible y alimentos también sirvió para disuadirlo de la tentación de unir los destinos de España a los del Eje. Hitler, por su parte, tampoco estaba particularmente dispuesto. El rudo desprecio del dictador alemán hacia España, acentuado por su visceral aversión a la «terca mezquindad e inflado sentido del destino de Franco», constituyó un importante impedimento a la entrada de España en el Eje. La significativa oposición interna a la entrada en la guerra, orquestada por Suñer, también sirvió de freno para la participación española.¹⁶

La «tentación del Eje» de Franco surgió tras la caída de Francia, en junio de 1940, tanto a nivel ideológico como por la posibilidad de ganancias territoriales en Marruecos, el Oranesado de Argelia y en otras zonas de África. El dilema de Franco era que, pese a ser consciente de que España no podría librar una guerra total, temía quedar excluido del reparto del botín de la derrota aliada, pero también veía el peligro de las represalias aliadas en caso de que se aventurase más allá de su política de neutralidad. Hitler no tuvo escrúpulos para cortejar a Franco en el verano de 1940, en parte debido a que creía que el Reino Unido estaba a punto de rendirse. Pero también temía que las aspiraciones de Franco sobre Marruecos y Orán enojarían a los franceses, a los que estaba ansioso por convencer para que abandonasen la contienda. Las exigencias de Franco de artillería pesada, aviones para atacar Gibraltar y otros materiales bélicos, incluida cierta cantidad de equipamiento militar francés capturado, así como alimentos y combustible, elevaron el precio de la entrada española en la guerra por encima de lo que Hitler estaba dispuesto a pagar. Aun así, el 12 de junio, Franco pasó de la «neutralidad» a la «no beligerancia», más favorable al Eje. Dos días más tarde, mientras París caía en manos de la Wehrmacht, Franco ocupó Tánger, por aquel entonces una ciudad internacional, en el que era el primer paso

hacia la consecución de los objetivos españoles en el Magreb. El protocolo firmado en la reunión de ambos líderes en Hendaya del 23 de octubre estipulaba que España entraría en guerra en «una fecha que será determinada de mutuo acuerdo por las tres potencias». Pero, en todo caso, España entraría en la guerra solo después de haber ultimado sus preparativos militares. Hasta entonces, Franco llegó lo más lejos que podía atreverse en su apoyo al Eje durante los años de conflicto: repostaje y reabastecimiento de U-boote, permitir que operasen en España instalaciones de radar, reconocimiento aéreo y espionaje del Eje, exportación de materias primas al Reich, que prosiguió hasta 1944, y transporte de suministros a las fuerzas alemanas del norte de África por parte de la flota mercante española.¹⁷

La intención de Franco de unirse al Eje permaneció intacta hasta que la combinación del desembarco angloestadounidense en el África del norte francés de noviembre de 1942 y la caída de Mussolini, en julio del año siguiente, al final apagaron su entusiasmo. De todos modos, hasta ese momento, sus opciones se habían visto limitadas por la grave crisis económica española, por las diferencias políticas entre monárquicos y falangistas, el atraso de las fuerzas armadas y por la opinión pública contraria. Por otra parte, la combinación del fracaso de la Luftwaffe en la batalla de Inglaterra y la incursión británica contra la flota italiana anclada en Tarento, la noche del 11 al 12 de noviembre de 1940, permitió al *Großadmiral* Erich Raeder argumentar que el Mediterráneo ofrecía el lugar en el que quebrar el poder marítimo británico y abrir a la invasión a las islas británicas. Gibraltar era el talón de Aquiles de la presencia británica mediterránea. Por desgracia, desde el punto de vista del alto mando de la Wehrmacht, España era «un socio político inservible» para la empresa conjunta de la toma de Gibraltar. Por su parte, las fuerzas españolas tampoco estaban preparadas: la Armada no disponía de combustible, Madrid carecía tanto de una fuerza aérea como de unidades mecanizadas operativas y su artillería era diminuta y escasa de municiones. Esto hizo que los alemanes decidieran atacar Gibraltar por su cuenta. Los preparativos para la Operación Felix dieron comienzo en noviembre de 1940. Se planeó un ataque a través de España por parte de dos cuerpos de ejército que debía desencadenarse el 10 de enero de 1941. Pero Hitler se vio obligado a descartar el plan a comienzos de diciembre. Los planificadores germanos comprendieron que el endeble estado de la infraestructura española y el «ancho de vía ibérico» que hacía la red ferroviaria española incompatible con la del norte de Europa imposibilitarían que las unidades germanas pudieran atravesar España con rapidez. Además, el jefe de inteligencia de Hitler, almirante Wilhelm Canaris, había advertido de las condiciones de casi hambruna en algunas regiones del país, así como de la considerable oposición a entrar en guerra en los círculos más elevados del Gobierno y del Ejército españoles. El Führer también estaba cada vez más irritado por las fastidiosas exigencias de Franco de territorios del África del norte francés.¹⁸

Pese a todo, cuando Franco se reunió con Mussolini el 12-13 de febrero de 1941, expresó su frustración por el hecho de que, aunque estaba dispuesto a entrar en guerra, Hitler todavía no le había dado garantías de concesiones territoriales en el norte de África. La poca disposición de Hitler para invitar a Franco a entrar en el Eje había sido reforzada por la oportunista declaración de guerra de Mussolini del 10 de junio de 1940 contra los aliados anglofranceses. La consecuencia de esta había sido que Hitler se vio arrojado al Mediterráneo a comienzos de 1941, donde no tenía intereses estratégicos, para acudir al rescate de su débil e inepto socio del Eje. Al igual que con Italia, Hitler era consciente de que la precaria economía de España iba a necesitar de importantes ayudas de Alemania para sostener siquiera un mínimo esfuerzo bélico. La maltrecha infraestructura de España, su pobreza y su anticuado Ejército hacía del país un socio nada atractivo, lo que llevó a Hitler a concluir que sería más útil neutral, como única salida de Alemania al bloqueo británico.¹⁹

En febrero de 1941, Hitler insistió en que Franco debía reembolsar a Alemania la deuda española de la Guerra Civil, exigencia que cambió para siempre la relación entre los dos hombres. Aun así, el apetito de Franco por formar parte del Eje se vio estimulado por las victorias germanas de los Balcanes y Grecia de la primavera de 1941 y por Barbarroja, la invasión de la Unión Soviética en junio. El 17 de julio, Franco, en una arenga al Consejo Nacional de la Falange, afirmó que Barbarroja constituía el nuevo frente de la guerra global contra el comunismo, manifestó su desprecio por las «democracias plutocráticas» y vaticinó una rápida victoria alemana. El 24 de junio, la embajada británica en Madrid fue atacada por una turba de falangistas que exigía la devolución de Gibraltar. Suñer declaró una política de «beligerancia moral» contra los aliados. Una fuerza de 20 000 voluntarios falangistas, la División Azul, se preparó para partir para el frente oriental, junto con otros 20 000 trabajadores españoles con destino a Alemania. Dado que todos eran supuestamente voluntarios, Moscú, a pesar de la provocación, se abstuvo de declararle la guerra a Madrid, lo cual dejó intacta la «no beligerancia» española. No obstante, Londres y Washington tomaron represalias contra el sesgo pro-Eje del Gobierno y de la prensa española, ralentizando las exportaciones a España, en particular las entregas de petróleo.²⁰ El hecho de que Alemania no sustituyera ese petróleo envió a Franco una significativa señal de la opinión que tenía de él su posible socio del Eje. Además, a medida que Barbarroja se iba estancando y las bajas alemanas se acumulaban, el entusiasmo generalizado de la población española por unirse al Eje se fue desvaneciendo. Sin embargo, Franco estaba tan obsesionado por las derrotas aliadas en Pearl Harbor y Singapur que hizo caso omiso a los despachos de su embajada en Berlín que le informaban de las severas pérdidas encajadas en Rusia por los alemanes. «A Franco le llevó mucho tiempo aceptar que la participación estadounidense significaba que

la guerra iba a ser una pugna larga y titánica y, por ende, posponer indefinidamente la entrada española en el conflicto», remarca Preston.²¹

No está claro cuándo llegó ese preciso momento. No obstante, Franco comenzó a comprender que sus devaneos con el Eje habían inquietado a los elementos más tradicionalistas de su coalición, entre los que se contaban los monárquicos, la Iglesia y el Ejército, la única institución cuyo apoyo no podía permitirse perder. El 3 de septiembre de 1942, el general Francisco Gómez-Jordana, un conservador de conocida antipatía por el Eje, reemplazó al falangista Serrano Suñer como ministro de Exteriores, indicio de que Franco estaba recalibrando su gabinete para reparar su relación con los aliados y estabilizar su base doméstica. Franco, para alivio de los aliados, no hizo nada para oponerse a Torch. Pero lo cierto es que Torch, y la posterior rendición de tropas considerables del Eje en Túnez en mayo de 1943, eliminaron la posición de fuerza de Franco con respecto a los aliados. La política de apaciguamiento de Roosevelt en relación con Franco y Pétain nunca fue bien vista por la opinión pública estadounidense. Algo que se puso de relieve por el escándalo que provocó, tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos, el «acuerdo Darlan», cerrado en noviembre de 1942 entre Eisenhower y el almirante colaboracionista francés François Darlan para poner fin a la resistencia de los soldados y marinos de la Francia de Vichy en el Magreb. Si, desde la óptica estadounidense, la Segunda Guerra Mundial era una «cruzada» democrática, ¿qué lógica había en que «gobiernos Quisling» como los de Madrid y Vichy fueran cubiertos de bienes estadounidenses? Aún menos bien visto por los militares estadounidenses era el hecho de que Franco siguiera exportando wolframio, un elemento esencial para la fabricación de planchas de coraza y munición antiblindaje. El departamento del Tesoro, dirigido por Henry Morgenthau; el departamento de Estado, de Cordell Hull; y el Comité Conjunto de Jefes de Estado Mayor unieron sus fuerzas para limitar las exportaciones de petróleo a España a 135 000 toneladas mensuales, con el argumento de que parte de este podía ir a parar directo al Eje. Pero tales intentos fueron bloqueados por el embajador estadounidense en Madrid, Carlton Hayes, quien, con apoyo de Roosevelt, insistió en que la continuación de envíos de petróleo estadounidense ayudarían a España a recuperarse de la devastación de la Guerra Civil, hacer la transición a una economía de tiempo de paz, evitar la amenaza de «disturbios radicales y revolución violenta» y, «tras la guerra», transformar a Franco en un «posible aliado militar».²²

Franco, al tiempo que mantenía abiertas sus opciones con respecto al Eje, hizo pequeños gestos hacia los aliados, como el de febrero de 1943, cuando permitió repatriar a los aviadores aliados derribados sobre Europa que consiguieran llegar a España, o como el de mayo de ese mismo año, cuando aceptó abrir las prisiones y campos de España y liberar a los cerca de 20 000 franceses que habían cruzado los Pirineos con intención de unirse a las fuerzas de la Francia Libre, así como los judíos y prisioneros de guerra

norteafricanos que trataban de llegar al norte de África a través de España. En octubre de 1943, en cumplimiento de los acuerdos firmados con el embajador Hayes el pasado mes de julio y, sin duda, escarmentado por el ejemplo de la caída de Mussolini, Franco retornó a la política exterior de «neutralidad», retiró la División Azul de Rusia (si bien a sus miembros, así como a un pequeño contingente aéreo, se les permitió permanecer como voluntarios en las fuerzas alemanas) y suavizar el sesgo antialiado de la prensa española. Sin embargo, para numerosos estadounidenses, el cambio de rumbo de Franco suponía demasiado poco y demasiado tarde. En la conferencia Quadrant, celebrada en Québec en agosto de 1943, el Comité Conjunto de Jefes de Estado Mayor llegó incluso a proponer invadir Europa a través de España. Y, si bien este plan se acogió con escaso entusiasmo, tanto los militares británicos como los estadounidenses insistieron en que «ha llegado el momento de adoptar una postura severa y exigente» para detener las exportaciones españolas de wolframio a Alemania. El problema era que el precio del wolframio se había disparado, por lo que España estaba obteniendo considerables beneficios de su exportación a Alemania. Hacia noviembre de 1943, los jefes de Estado Mayor insistieron, pese a las protestas de Hayes, de que no se enviase petróleo a España mientras Madrid continuase exportando wolframio. El *The New York Times* exigió el derrocamiento del régimen «totalitario» de Franco. Pero Londres no estaba dispuesta a ello y eso forzó a Roosevelt a abandonar su exigencia de que las exportaciones de wolframio español a Alemania debían finalizar.²³

En mayo de 1944, España aceptó repatriar a los voluntarios españoles, cesar las exportaciones de wolframio y clausurar las actividades del Abwehr en España. Madrid aplicó con lentitud las premisas del nuevo acuerdo; tan solo el éxito de los desembarcos aliados de junio y agosto de 1944 en Francia puso fin de forma definitiva a las exportaciones de wolframio. Mientras tanto, la prensa española siguió jaleando la causa del Eje hasta el último momento, incluso mientras Hitler sucumbía en su búnker berlinés en abril de 1945. Para entonces, la política estadounidense con respecto a España había evolucionado hasta el extremo opuesto, desde el apaciguamiento de 1940 hasta la visión más ideologizada de Roosevelt, que había comenzado a emerger en 1943, de que no había lugar en la «comunidad de naciones» para gobiernos «basados en el patrón» del «totalitarismo». Hayes, obligado a dimitir de su cargo de embajador en Madrid, continuó insistiendo en que la «cauta astucia» de Franco había beneficiado a los aliados, punto de vista apoyado por Churchill, más pragmático y enojado por el hecho de que Washington hubiera hecho valer su preeminencia en Europa occidental. A pesar de las críticas, cada vez más acerbas, al régimen de Franco de la prensa liberal estadounidense, ni Washington ni Moscú tenían ninguna intención de reavivar la Guerra Civil para derrocar a Franco e instaurar una república que incluiría elementos radicales inaceptables para ninguno de los dos gobiernos. En consecuencia,

se dejó manos libres al Ejército español para aplastar a los guerrilleros republicanos, muchos de los cuales habían combatido con la resistencia francesa, que cruzaron a España desde Francia a finales de 1944. Todo esto hizo que, aunque Franco había conseguido sobrevivir a la guerra, España quedó excluida de la «amplia “rehabilitación” democrática mundial de Washington».²⁴

Pero seguía quedando abierta la pregunta de cuál de los dos bandos –Eje o aliados– había resultado más beneficiado de la «cauta astucia» de Franco. A este respecto, Hitler tenía una opinión bien definida:

Franco, por supuesto, tenía ideas exageradas sobre el valor de la intervención española –opinaba Hitler cuando la guerra tocaba a su fin–. [...] la promesa de un pequeño fragmento de Francia, para satisfacer su orgullo, y una porción sustancial de Argelia, una importante baza material. Pero, dado que España no tenía nada realmente tangible con que contribuir, llegué a la conclusión de que no era deseable su intervención directa. Es cierto que nos hubiera permitido ocupar Gibraltar. Pero, por otro lado, la entrada en la guerra de España habría añadido muchos kilómetros de costa Atlántica que defender, de San Sebastián a Cádiz [...] al asegurar que la península ibérica se mantenía neutral, España nos ha dado el único servicio en este conflicto que estaba en su mano proporcionar. Tener que echarse a la espalda a Italia era, sin duda alguna, una carga ya de por sí suficiente y, fueran cuales fuesen las cualidades del soldado español, España, con su estado de pobreza y falta de preparación, habría sido una pesada carga, más que una ventaja.²⁵

NOTAS

- 1 El relato estándar era una serie de conferencias públicas leídas en 1966 por sir Michael Howard que se publicaron más tarde con el título *The Mediterranean Strategy in the Second World War*, London, Weidenfeld & Nicolson, 1968. Asimismo, cubren el Ejército estadounidense Carlo D’Este, 1990 y Rick Atkinson, 2002 y 2007. También, por supuesto, tenemos la monumental historia oficial británica de la campaña: J. M. R. Butler *et al.* (eds.), 1954-1987, que fue complementada por la obra de F. H. Hinsley *et al.* (eds.), 1975-1990. Los tomos III y VI de B. R. Kroener *et al.*, 1995, tratan la campaña mediterránea desde la perspectiva de Berlín.
- 2 F. Braudel, 1949.
- 3 A. C. Wedemeyer, 1958, 330.
- 4 Para la visión estadounidense de la época, *vid.*, R. Leighton en K. Roberts Greenfield (ed.), 1960. Esta obra fue actualizada por M. Stoler, 2000. Sobre la política de «apaciguamiento» de Roosevelt, *vid.* A. Buchanan, 2014, 53-54.

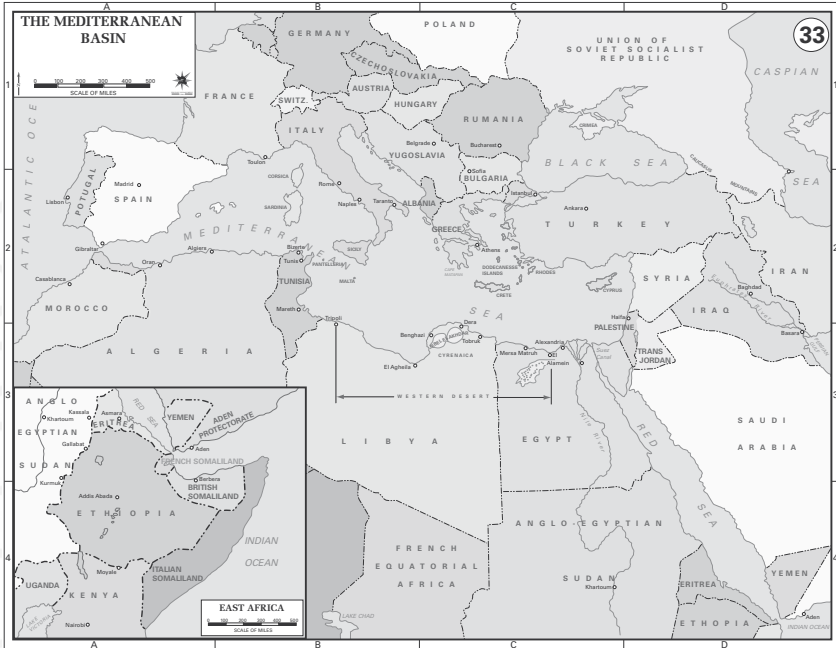
- 5 *Vid.* M. Matloff y E. M. Snell, 1959; D. D. Eisenhower, 1948; C. Hull, 1948; Mc. Bundy y H. Stimson, 1948.
- 6 W. S. Churchill, 1948-1954; H. W. Baldwin, 1950; Ch. Wilmot, 1952; *sir* A. Bryant, 1959.
- 7 *Vid.* por ejemplo, D. Rodogno, 2006; J. Gooch, 2007; M. Montanari, 2007; B. R. Sullivan, «Downfall of the Regia Aeronautica, 1933-1943» en R. Higham y S. J. Harris (eds.), 2006, 135-176; M. Mazower, 2008.
- 8 Ch. Levisse-Touzé, 1998; J.-F. Muracciole, 2009; V. P. O'Hara, 2015 y 2013; R. S. Ehlers, 2015; J. Le Gac, 2013; Ch. Metzger, 2018; G. G. Kundahl, 2017; en breve se publicará un libro de Claire Miot sobre el 1.º Ejército francés y la liberación de Francia.
- 9 A. Buchanan, *op. cit.*, 7. Acerca del rol de los militares estadounidenses en la definición de la política exterior, *vid.* S. L. Rearden, 2012 y A. Roberts, 2009.
- 10 E. R. May, 2000, 143, 149.
- 11 P. Preston, «Spain. Betting on a Nazi Victory» en R. J. B. Bosworth y J. A. Maiolo, vol. II, 2015, 347.
- 12 Sobre España y los judíos, *vid.* H. Avni, 1982 e I. Rohr, 2007.
- 13 P. Preston, «Spain», *op. cit.*, 331-332, 325-327, 334, 342.
- 14 *Ibid.*, 341.
- 15 Londres reestructuró la deuda de Madrid, firmó un acuerdo de comercio, concedió un préstamo de 2 millones de libras esterlinas y dejó a España fuera del bloqueo británico. También asignó el cargo de embajador a uno de sus diplomáticos más expertos, *sir* Samuel Hoare, antiguo secretario de Exteriores y firme oponente a intervenir en la Guerra Civil. Washington también concedió créditos comerciales. A. Buchanan, *op. cit.*, 55-56.
- 16 Sobre las relaciones entre Alemania y España, *vid.* S. G. Payne, 2008; D. Wingate Pike, 2008; P. Preston, 1993 y J. Tusell, 1995.
- 17 P. Preston, «Spain», *op. cit.*, 335. Para una visión general del espionaje alemán en España, *vid.* M. Ros Agudo, 2002.
- 18 Ch. Leitz, 2001, 122. Véase también Ch. B. Burdick, 1968.
- 19 P. Preston, «Spain», *op. cit.*, 327-328, 347.
- 20 Sobre la División Azul, *vid.* X. Moreno Julià, 2004 y G. R. Kleinfeld, L. A. Tambs, 1979. Véase también D. Smyth, «Franco and the Allies in the Second World War» en S. Balfour y P. Preston (eds.), 1999, 199. Al mismo tiempo, Estados Unidos incrementó sus compras de corcho, aceite de oliva y zinc para evitar que esos recursos cayeran en manos alemanas y para estrechar sus relaciones con Franco antes de la invasión del África del norte francés de noviembre de 1942. A. Buchanan, *op. cit.*, 61-63.
- 21 P. Preston, «Spain», *op. cit.*, 342.
- 22 A. Buchanan, *op. cit.*, 210-211.
- 23 *Ibid.*, 212-215.
- 24 P. Preston, «Spain», *op. cit.*, 339-340, 346-347. Buchanan (*op. cit.*, 216-219) argumenta que el «realismo» que llevó al «apaciguamiento» inicial hacia Franco y el «idealismo» eran, de hecho, partes de un mismo enfoque «pragmático».
- 25 F. Genoud (ed.), 1961, 47-49 citado en P. Preston, «Spain», *op. cit.*, 347-348.

Introducción a la edición original

La pesadilla de los estrategas

Aunque el Mediterráneo ha sido desde antiguo escenario de conflictos, no es lugar en el que resulte fácil librar batallas. Su propósito y su geografía confunden a los estrategas más capaces. Después de los romanos, han sido pocos los que han visto al mar interior como un principio organizativo, cerrado en Gibraltar contra intrusiones externas. Esto es así debido a que nadie, desde los romanos, ha sido lo bastante fuerte como para dominarlo. El resultado es que las razas radicadas en sus costas, pueblos que alimentan enemistades nacidas en la Antigüedad, tratan a sus vecinos con una actitud dominante, pero corta de miras. Para ellos, el Mediterráneo es un lago segmentado, una secuencia de cuencas y estrechos cuyas islas, sus costas y su *hinterland* pugnan por controlar. Todos buscan un aliado, una oportunidad para ajustar cuentas, para hacerse con una ventaja marginal en su lucha milenaria con el vecino. El Mediterráneo «en todas las épocas no ha presenciado más que catástrofes y violencia [...] un escenario de anarquía, sin solución de continuidad [...]». El autor de estas palabras, Henry Adams, se refería a Sicilia, pero su observación podría muy bien aplicarse a todo el mar que la circunda.¹

La estrategia adoptada por cada uno de los beligerantes se determinaba, en buena parte, por su visión de dicho mar. Las vicisitudes del Mediterráneo, escribe el historiador francés del siglo XVI en el Mediterráneo, Fernand Braudel, «son, con frecuencia, más fáciles de leer en sus márgenes externos que en el mismo centro de su abrumadora actividad».² Durante la Segunda Guerra Mundial, fueron las naciones situadas en sus márgenes —Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña— quienes dictaron las vicisitudes del Mediterráneo. Las dos primeras potencias fueron intervencionistas a su pesar, incapaces de ver beneficios estratégicos en un mar que, en su opinión, solo podía ofrecer inagotables oportunidades de enfrentamientos poco decisivos. Al contrario que sus adversarios —e incluso que algunos de sus aliados— Londres nunca dejó de ver al Mediterráneo como «una única entidad geoestratégica»;³ no era un mero lago alojado entre tres continentes. Tan solo una potencia imperial y



En el mapa general, la cuenca mediterránea; en el resaltado, África oriental.

marítima era capaz de ver el mar interior como una ruta, una hendidura en la corteza terrestre que se pliega, se inclina y se retuerce desde las Azores a Bombay. Gran Bretaña había operado en el Mediterráneo desde el siglo XVII, en combate contra franceses y españoles para mantener el control de la ruta más corta a la India. La inauguración del canal de Suez en 1868 comenzó lo que muchos consideran el amanecer de la hegemonía mediterránea de Gran Bretaña⁴ sobre una parte de un puzzle geoestratégico, una conexión marítima que Londres debía controlar para sobrevivir. Si el crecimiento del poder naval italiano durante los años de entreguerras dio inicio a la apuesta italiana por el control de la posición central en el Mediterráneo, en la visión mundial de Gran Bretaña era la India la que ocupaba la posición central, una conexión clave con las antípodas y un objetivo estratégico por sí mismo. Hitler, hombre del interior del continente, veía al Mediterráneo como un glacis que protegía el acceso sur a su fortaleza europea. Mussolini, por su parte, insistía en que el mar interior, dominado por Francia y Gran Bretaña, encarcelaba las ambiciones de Italia e impedía su «marcha hacia los océanos». Pero aquellos con visión náutica —y dominio de la historia marítima— veían posibilidades ofensivas en el mar, como una sucesión de ríos que se entrecruzan, que siguen líneas costeras, rodean promontorios y se infiltran entre archipiélagos.

Los escépticos afirman que el Mediterráneo tuvo escaso valor para el Eje para los aliados durante la Segunda Guerra Mundial.⁵ Afirman que la historiografía, la anglosajona en especial, ha exagerado la importancia del Mediterrá-

neo por, al menos, tres razones: primero, hasta junio de 1944, el Mediterráneo era, virtualmente, el único lugar en el que las fuerzas terrestres del oeste y del Eje estaban combatiendo. Por tanto, existe la tendencia a igualar El Alamein y Stalingrado como los dos puntos decisivos de la guerra, cuando, de hecho, es difícil que ambas batallas puedan compararse, ni en escala ni en significación. En segundo lugar, la tendencia a reducir la campaña del desierto en particular a una pugna de gladiadores entre los generales Erwin Rommel y Bernard Montgomery no ha incentivado el planteamiento de preguntas básicas sobre la significación de los hechos, más allá de su innegable teatralidad.⁶ Por último, la popularidad, entre los historiadores de habla inglesa, de la historia hipotética fomenta la especulación sobre las alternativas estratégicas, sobre las opciones que no siguieron los principales protagonistas y que podrían haber alterado el resultado de la guerra. El Mediterráneo es una región donde la imaginación estratégica puede ejercerse sin las prosaicas cortapisas de las consideraciones logísticas y materiales. «Los historiadores alemanes, cuya formación considera la historia hipotética especulaciones sin sentido y una pérdida de tiempo [...] han llegado, sin excepción, a la conclusión de que, para el Tercer Reich, el Mediterráneo nunca habría podido ser nada más que un callejón sin salida estratégico», escribe el historiador germano Klaus Schmider.⁷

Antes incluso del comienzo de la guerra, el Mediterráneo se estaba convirtiendo con rapidez en una región secundaria, económica y estratégicamente en declive. La creación de un frágil y volátil sistema de nuevos Estados sobre las ruinas del Imperio otomano, en 1922, había creado, simplemente, una «cuestión de Oriente Medio» que reemplazó a la «cuestión oriental», que había ocupado a la diplomacia europea durante buena parte del siglo XIX. La diferencia radicaba en que, al contrario que en las décadas previas a la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña carecía ahora de la confianza o la energía para imponer una visión modernizadora sobre la confusión de antiguas tribus que poblaban la región.⁸ La crisis abisinia de 1935 centró la atención británica sobre la necesidad de defender las islas británicas y Singapur a expensas del Mediterráneo, el cual, se decía, podía cerrarse de forma efectiva por medio del poder aéreo.⁹ Hacia 1938, menos del 9 por ciento del valor total de importaciones británicas pasaba por Suez y algunos militares afirmaban que la defensa de Suez era un lujo que Gran Bretaña ya no podía permitirse.¹⁰ Sin embargo, la visión opuesta sostiene que el Mediterráneo estaba aumentando su importancia relativa, tanto económica como estratégica, antes de que comenzase la guerra y que siguió haciéndolo después. Dos factores intervienen para revertir la pérdida de importancia del Mediterráneo en los planes estratégicos británicos: primero, la llegada al almirantazgo, en 1938, de «un grupo de mediterraneistas convencidos» encabezados por el segundo jefe de Estado Mayor naval, almirante Andrew Cunningham, que argumentaba que Gran Bretaña tenía muchos más intereses políticos y económicos en el Mediterráneo que en el Lejano Oriente. Cunningham creía que, en caso de guerra, era más

probable que la Royal Navy, junto con su aliado francés, se impusiera contra Italia que contra Alemania o Japón al comienzo de la contienda.¹¹ Por tanto, aunque el Mediterráneo pudiera ser un teatro improvisado de la Segunda Guerra Mundial, y que la estrategia aliada fuera absolutamente oportunista, tal y como estrategias militares estadounidenses como George Marshall argumentaron en su momento, o historiadores como John Ellis sostuvieron más tarde, fue la convicción británica en el valor del Mediterráneo lo que guio en todo momento las operaciones mediterráneas. En segundo lugar, un oportunismo que es capaz de aprovechar los errores estratégicos del enemigo es una fortaleza, no una debilidad.

El descubrimiento, en 1938, de petróleo en Arabia Saudí y Kuwait reforzó el punto de vista de Cunningham acerca de la importancia estratégica de los campos más antiguos de Irán e Irak y, por consiguiente, acerca del valor estratégico del Mediterráneo. La prohibición del tránsito de mercantes británicos por el Mediterráneo a partir de abril de 1940, en combinación con la escasez de tonelaje mercante, hizo prohibitivo el coste de enviar petróleo iraní a través de la ruta de 29 000 kilómetros por el cabo de Buena Esperanza hasta Londres, por lo que las islas británicas combatieron la guerra con petróleo de Estados Unidos y no de Oriente Medio.¹² No obstante, la falta de petróleo supuso una grave desventaja para el Eje, el cual debía importar este precioso recurso por una tortuosa y frágil ruta que partía de Ploiești, en Rumanía, al mar Negro, pasando por los estrechos turcos, el Egeo, el Adriático e Italia. Desde Italia, los petroleros del Eje tenían que superar el castigo de Malta para llegar a Trípoli o, en 1943, a Túnez y Bizerta. El sacrificio de tres cuartas partes de la flota mercante italiana para intentar abastecer a las fuerzas del Eje en el norte de África sumió a Mussolini en una profunda depresión en la primavera de 1943. «Mi enfermedad tiene un nombre –insistía–, convoyes».¹³ La falta de depósitos naturales de petróleo obligaron a Alemania a sintetizar petróleo a partir de carbón. Pero, desde 1942, una vez exhaustas las reservas saqueadas en Europa, el Eje vivió en una perpetua crisis petrolífera. Aun así, la producción de los campos petrolíferos de Oriente Medio, relativamente escasa en comparación con los del Cáucaso o Norteamérica, la posibilidad y coste de su conquista y el intervalo de tiempo necesario para desarrollar una infraestructura que asegurara un flujo abundante, hacía que Oriente Medio nunca pudiera ser un objetivo estratégico digno de la inversión alemana necesaria para su conquista.¹⁴

Egipto y Suez, y de hecho todo el Mediterráneo, se defendían por razones militares, no económicas. Cuando, en 1940, Londres se planteó retirar la flota del Mediterráneo, Cunningham se opuso con firmeza con el argumento de que esa acción haría que la región quedase en el campo enemigo, un punto de vista apoyado por Churchill, que veía el Mediterráneo como «la arteria carótida del Imperio».¹⁵ Aunque el jefe de Estado Mayor estadounidense, George Marshall, definió la decisión británica de combatir en el

Mediterráneo como una «estrategia de prestigio», la cual era, desde un punto de vista estratégico, «fundamentalmente errónea»,¹⁶ los británicos, y en último término los estadounidenses, tenían poco que perder y mucho que ganar en dicho teatro. Esto hacía del Mediterráneo, y en especial del oriental, el campo de batalla perfecto para los británicos. Es probable que la derrota en el Mediterráneo no significara la derrota de Gran Bretaña, pero una victoria en la región reforzaría su moral, socavaría a Italia, animaría a los estadounidenses a ayudarlos, forzaría al Eje a dispersar sus efectivos, protegería los pozos petrolíferos de Oriente Medio, haría que los franceses volvieran a entrar en guerra, mantendría a raya a España y contendría la predisposición árabe hacia la anarquía creativa. El Mediterráneo, más que competir con el frente del este, lo complementaba: servía para absorber algunas fuerzas del Eje, demostrar solidaridad con los soviéticos y, a partir de 1943, proporcionar una ruta más directa para el material de guerra con destino a la URSS. Una mínima inversión aliada en asesores y material en Grecia y los Balcanes obligó a los alemanes a destinar un gran número de recursos en contrainsurgencia. Hasta el desembarco de Normandía de junio de 1944, el Mediterráneo ofrecía un lugar óptimo donde la concentración de las reservas de material humano del imperio británico –Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y la India– podía amalgamarse con los recursos industriales de Estados Unidos.

Además, al contrario que sus adversarios, los británicos nadaban en petróleo en el Mediterráneo oriental. En 1934, el oleoducto de Mosul, en Irak, llegó hasta Haifa. Esto redujo el volumen de crudo transportado por el canal de Suez en un 68 por ciento y aún más su importancia comercial.¹⁷ Haifa se transformó en el «Singapur de Oriente Medio»: el puerto más moderno de la zona que contaba con muelle de carga para petroleros, una terminal aérea y una base naval para unidades ligeras. La refinería de petróleo, completada en junio de 1940, se convirtió en la fuente de petróleo principal para la flota, que se abastecía por un servicio regular de petroleros entre Haifa y Alejandría. Desde la refinería de Abadán se transportaba el crudo adicional en petrolero hasta depósitos de gran capacidad situados en Suez.¹⁸ Por el contrario, la escasez de petróleo hizo que los acorazados italianos permanecieran ociosos en puerto y que las ofensivas de Rommel en el desierto occidental se detuvieran, literalmente, por falta de gasolina. Mientras que los pilotos de la Luftwaffe no recibían suficiente entrenamiento debido a la falta de combustible,¹⁹ el grifo de energía británico fluía con tanta prodigalidad que los soldados británicos del desierto lavaban sus uniformes con petróleo, pues era más abundante que el agua.²⁰

Otra de las ventajas del Mediterráneo para los aliados residía en que el combate en esa región requiere de una compleja interacción de fuerzas terrestres, navales y aéreas, sin parangón con respecto a ningún otro teatro;²¹ la baza decisiva en el Mediterráneo para los británicos y, en última instancia, para los aliados. La Royal Navy era el servicio de enlace, el *sine*

qua non del conflicto mediterráneo, por la simple razón de que la campaña en la región era anfibia. Asimismo, la flota ganó tiempo para que el Ejército británico y la RAF en el Mediterráneo alcanzasen un nivel de efectividad en combate que les permitía competir con el enemigo. A las flotas les resultó cada vez más difícil operar en el Mediterráneo sin cobertura aérea. En mayo de 1941, la guerra en la zona llegó a una nueva fase cuando aviones con base en tierra forzaron a la Royal Navy a abandonar la evacuación de Creta por resultar demasiado costosa.²² Aun así, los efectivos aéreos, aunque importantes, no podían reemplazar al poder naval en la región. La del Mediterráneo fue una campaña de *island hopping* como la del Pacífico. Las islas son las llaves que dan el control de ese mar: Malta, Córcega, Creta, Chipre. Pero, en el Mediterráneo, como observa Braudel, incluso las masas continentales son islas. Grecia, Italia, la península ibérica, Asia Menor, son «islas que el mar no rodea», mundos independientes separados del continente europeo por montañas. Las montañas segregan a los Balcanes en islas étnicas. El norte de África, una isla rodeada por el Sáhara y el mar, se divide en más islas. Al Magreb, la serie de elevaciones montañosas que va de Túnez a Casablanca, los árabes lo denominan *Djezirat al-Magreb*, «la isla del sol poniente». La derrota de Francia en 1940 hizo que el norte de África francés fuera aún más insular, aislado de su base política y geográfica y, por tanto, un objetivo para la Operación Torch de noviembre de 1942. El desierto occidental era una isla, independiente, en el aspecto estratégico, del continente africano al cual pertenece. El que alemanes e italianos creyeran que podían vencer en el desierto sin antes hacerse con el dominio de las rutas marítimas constituye una prueba irrefutable de su incapacidad de comprender la geografía estratégica del Mediterráneo. Tampoco supone llevar al extremo el concepto de insularidad el afirmar que Siria lo era, pues en 1941 estaba aislada de su base, tanto geográfica como políticamente. A Italia se la puede considerar una serie de islas aptas para asaltos anfibios: Sicilia, Salerno, Nápoles, Anzio-Roma, Livorno-Pisa-Florencia, el valle del Po. Y la isla Italia puede sobrepasarse para atacar la «isla» del sur de Francia.

De las tres Armas británicas, la Royal Navy era la que estaba mejor preparada para la guerra en 1940. La Armada había entrenado con intensidad durante los años de entreguerras para despojarse de su reputación, ganada durante la Gran Guerra, de inflexibilidad y falta de iniciativa. Desde el comienzo de la contienda, con las operaciones frente a Calabria, la conducción de convoyes a Malta o en la protección y apoyo de operaciones anfibias, la Royal Navy demostró una gran capacidad para integrar los diversos elementos de la flota y operar con éxito. Esto era especialmente cierto cuando las operaciones navales se guiaban por la información suministrada por ULTRA. En lo tecnológico, el desarrollo del sonar (ASDIC), el radar y los torpedos aéreos les permitieron imponerse a sus enemigos en el cabo Matapán y en Tarento, e incluso en Mazalquivir. El manejo de sus buques contra flotas de

superficie enemigas era ejemplar, en parte porque se confiaba en el juicio de capitanes y almirantes y no se recaía en un control excesivo.²³

La Royal Navy en el Mediterráneo también se benefició, durante la mayor parte del conflicto, del liderazgo del almirante *sir* Andrew Bourne Cunningham. Cuando se declaró la guerra en el Mediterráneo, en junio de 1940, «ABC», de 58 años de edad, era el almirante al mando de la flota mediterránea. En diciembre de ese año, el corresponsal de guerra Alan Moorehead conoció a Cunningham a bordo de su buque insignia, el *Warspite*, en el puerto de Alejandría. Cunningham, sentado en su camarote, vestía de blanco, con camisa, pantalones y calcetines hasta la rodilla, y «era obvio que disfrutaba de la vida». No es de extrañar, pues la Royal Navy acababa de hundir tres acorazados italianos anclados en Tarento. Escocés, con redondas mejillas surcadas por venas y ojos de color azul tropical, Cunningham ejemplificó los esfuerzos de la Royal Navy por escapar de su reputación de mandos con aversión al riesgo. Su menuda apariencia parecía irradiar energía, en especial cuando salía con su flota.²⁴ Se ganó rápidamente fama de comandante agresivo, decidido a obligar a la flota italiana a aceptar batalla, un instinto combativo que transmitía a los capitanes de su flota. Las victorias de Cunningham en cabo Matapán y Tarento fueron golpes maestros de sorpresa tecnológica y operacional. Hacía gala de un gusto nelsoniano por combatir de cerca al enemigo y vencía a buques italianos más modernos, y a menudo más rápidos, por el valor de sus tripulaciones y la superior pericia marinera de sus capitanes. Y, si bien no era un celebrado estratega, Cunningham comprendía por instinto que la guerra no se podría ganar a no ser que cooperasen todas las Armas, lo cual aumentaba la consideración que le tenían los jefes de las otras.²⁵

A pesar de sus logros, Cunningham era más respetado que querido en la flota. Al igual que muchos otros comandantes británicos de clase alta, no sabía tratar a sus marineros. Sus discursos de «valor y tenacidad» (o de «escurrir el bulto» en el argot de los marinos), no eran bien recibidos en los compartimentos de la marinería, en especial tras la pérdida de buques que minaban la moral de las tripulaciones. Muchos veían en la férrea resolución de Cunningham ante la adversidad la prueba de que no era consciente de lo muy vulnerables que eran los buques a la aviación con base en tierra.²⁶ La química entre Cunningham y Churchill tampoco estaba perfectamente conseguida, algo que, en cierto modo, no deja de ser sorprendente. Churchill, al fin y al cabo, era un marino en búsqueda constante de comandantes que, al igual que Cunningham, poseyeran el indefinible «toque Nelson» que la Royal Navy esperaba de sus comandantes. De haber estado Cunningham en el puesto de Jellicoe en 1916, es muy posible especular que la Flota de Alta Mar no habría escapado durante los compases finales de la batalla de Jutlandia. Durante varios meses de 1941 y 1942, Cunningham fue el único comandante de Churchill, prácticamente, que conseguía victorias en un momento

de la contienda en que estas escaseaban. Sin embargo, en algunos aspectos, Cunningham parecía más el primer lord del mar de la Primera Guerra Mundial, almirante Jackie Fischer, a quien Churchill primero admiraba, pero con el que luego rompió a consecuencia de la fracasada campaña de Galípoli de 1915. Cunningham era un hombre mucho más feliz en el puente de su buque insignia que en un despacho. Montgomery se quejó de que su evidente talento para las grandes acciones navales no abarcaba la preparación de operaciones conjuntas con el ejército, tarea en la cual «estaba fuera de su elemento». Al igual que Fisher, mostraba un endiablado temperamento que coartaba toda iniciativa de su Estado Mayor. Su actitud combativa, su escasa paciencia con la propensión de Churchill a inmiscuirse en decisiones operacionales y, más tarde, el apoyo del comandante aliado supremo, general Dwight Eisenhower, le hicieron prácticamente inmune a críticas y controles.²⁷ En octubre de 1943, Churchill se opuso al nombramiento de Cunningham para el cargo de primer lord del mar, pero cedió ante el apoyo unánime de la Armada. Churchill tampoco le gustaba a Cunningham. Sus réplicas a los excéntricos proyectos estratégicos del primer ministro eran breves, secas incluso. Se quejaba de que el tiempo pasado con Churchill, «solía ser tiempo perdido [...] qué rémora es este hombre para la rueda de la guerra».²⁸

Si bien los puntos fuertes de la Royal Navy eran únicos, compartía sus debilidades con sus enemigos. Su carencia más seria era la falta de aviación naval, por lo que, al igual que los italianos, debía cooperar con una fuerza aérea independiente. En junio de 1940, los únicos aviones que Cunningham tenía a su mando directo era un puñado de hidroaviones ligeramente armados con base en Malta y Alejandría y diecisiete torpes biplanos Swordfish de reconocimiento y torpedeo, cuya velocidad, ya de por sí escasa, se ralentizaba aún más cuando se les colocaba depósitos de combustible extra para vuelos a larga distancia. Los Swordfish operaban desde el portaaviones Eagle, que tenía veinte años, en misiones de reconocimiento en las inmediaciones de los buques. La falta de apoyo aéreo de la Royal Navy supuso un problema crítico una vez que los alemanes intervinieron en masa en el Mediterráneo, a comienzos de 1941. A pesar de contar con el ASDIC, la Royal Navy también padeció carencias iniciales en guerra antisubmarina, en parte debido a que le había resultado difícil probar sus técnicas en condiciones de guerra real.

La Armada manifestaba un problema adicional causado por un factor siempre difícil de lograr en el Mediterráneo: la concentración de fuerzas. La rendición de Francia, en junio de 1940, dio a los italianos dominio sin restricciones sobre el Mediterráneo central. Los buques y aviones italianos que operaban desde Cerdeña, Nápoles y Tarento en el sur de Italia, en Palermo en Sicilia, Corfú, Rodas, Trípoli y Cirenaica, obligaron a Cunningham a dividir sus fuerzas entre Gibraltar y Oriente Próximo, al tiempo que luchaba por mantener Malta, su única posición en el Mediterráneo central. Gibraltar

estaba en proceso de modernización en 1940, pero, por más moderna que fuera, era siempre una base cuya supervivencia dependía de la voluntad de los españoles. La caída de Gibraltar haría extremadamente difícil a los británicos operar en el Mediterráneo occidental y abastecer a Malta. Habría permitido también a los italianos concentrar sus efectivos navales contra las tropas navales británicas en el Mediterráneo oriental.²⁹ Gibraltar también compartía una bahía con Algeciras, donde Franco hacía la vista gorda con las actividades de los espías italianos y, en ocasiones, con las de las fuerzas especiales italianas, que operaban con total impunidad. En el Mediterráneo central, Malta había sido la base de la flota del Mediterráneo y era allí donde se encontraba la mayor parte de sus instalaciones de reparación. No obstante, la crisis checa de 1938 había acentuado la vulnerabilidad de Malta en caso de que Italia declarase la guerra. No estaba nada claro cuál podía ser el puerto alternativo en el Mediterráneo oriental para reparaciones y dique seco. Famagusta, en Chipre, estaba a 480 kilómetros de Suez, demasiado cerca de Turquía, y su acondicionamiento requería de considerable tiempo y recursos. Haifa y Puerto Saíd tan solo podían acoger a fuerzas ligeras. Esto dejaba a Alejandría como el único puerto lo bastante grande como para acoger a una flota.

En 1939, «Alex» era una ciudad cosmopolita pero polvorienta al borde del delta del Nilo. En Alejandría, incluso con arreglo a los excepcionales estándares de las urbes portuarias mediterráneas, la miseria alcanzaba cotas nunca vistas. Vendedores ambulantes de sandías, pescado y almendras pasaban empujando sus carros delante de cafés abarrotados de hombres que fumaban en narguile entre calles que hervían de quejumbrosos pedigüeños, ladrones de poca monta, majestuosos camellos y montones de basura fétida. Los numerosos burdeles de la ciudad y las abundantes comunidades extranjeras, muchos de cuyos miembros parecían estar a sueldo de uno u otro servicio secreto, convertían a Alejandría en una conspiración permanente contra la seguridad y la disciplina militares. Pero, desde el punto de vista de la Marina, esto no era sino el comienzo de los problemas de Alejandría. Con mal tiempo era difícil entrar en el puerto, que era vulnerable a ataques por mar y por aire. Los depósitos de petróleo se ubicaban de forma precaria cerca del puerto, por lo que el combustible, en caso de asalto, podía expandirse por la superficie del agua e incendiar a toda la flota. Los buques británicos que navegaban hacia la península italiana, situada a 1500 kilómetros de distancia, se situaban rápidamente fuera del radio de acción de la cobertura aérea con base en tierra. Y, por encima de todo, Egipto, y de hecho todo Oriente Medio, estaba a merced por igual a un desembarco y a una insurrección. Con todo, y a pesar de las obvias deficiencias de la base de Alejandría, durante el año y medio previo al estallido de la guerra se enviaron allí desde Malta muelles e instalaciones de reparación, remolcadores, barcasas y suministros navales.³⁰ El 8 de abril de 1939, después de la invasión italiana de Albania, la Flota del Mediterráneo abandonó el puerto de La Valeta para dirigirse a Egipto.

Pero los puntos fuertes de los británicos constituían también sus puntos flacos. El problema estratégico, cuando se piensa en el Mediterráneo como si fuera un río, es que es bastante largo, pues se extiende más de 3200 kilómetros desde Gibraltar a Suez. En origen, cuando la guerra parecía inminente, no parecía un problema particularmente insuperable; existía siempre la esperanza, cada vez más imposible, de que Italia pudiera mantenerse neutral. Desde una perspectiva estratégica, la neutralidad parecía lo más conveniente para Roma, pues cada paso hacia la beligerancia aumentaba su inseguridad. En tiempo de paz, tres quintas partes de las importaciones italianas de carbón y petróleo pasaban por Suez o Gibraltar. La conquista de Etiopía en 1935 situó a parte del ejército de Mussolini al este de Suez, con lo que se «colocó una soga alrededor del cuello» que «dejó el extremo suelto, para que cualquiera con una flota pudiera apretarlo».³¹ «La muy bloqueable Italia» estaba, por tanto, amenazada por un asedio marítimo que los alemanes tan solo podrían mitigar, pero no aliviar, por tierra.³² Sin embargo, tras la crisis de Múnich de septiembre de 1938, seguir confiando en que los italianos se mantendrían neutrales requería de un grado de optimismo casi terminal. Aun así, la alianza franco-inglesa seguía contando con las mejores bazas en el Mediterráneo. Los franceses, desde el puerto de Orán, Mazalquivir, en Argelia, y los británicos desde Gibraltar, podían dominar su cuenca occidental. El Mediterráneo central podía disputarse desde Bizerta, Túnez, Córcega y Tolón. De hecho, la posición de Malta era tan precaria y tan superflua que el almirantazgo tomó escasas medidas para fortificar la isla contra una invasión italiana. La (temporal) eliminación de Francia de la guerra en 1940 transformó, en un abrir y cerrar de ojos, la posición de Malta y pasó de ser una ciudadela sacrificable a un portaaviones insumergible en mitad de la ruta entre Italia y el norte de África. Malta era el único lugar del Mediterráneo central donde podían repostar los bombarderos que volaban desde Gibraltar a Suez. El Gran Puerto de La Valeta, una incisión azul cielo de cuatro kilómetros de profundidad en la costa norte de la isla, proporcionaba el único refugio a buques británicos en una larga extensión de mar hostil controlada por el Eje. El problema de Malta era que se hallaba a 1770 kilómetros de Gibraltar, a 1400 de Egipto, pero tan solo a veinte minutos de vuelo de Sicilia.

La importancia de Malta para el éxito aliado en el Mediterráneo fue objeto de intenso debate durante el conflicto y todavía hoy sigue siendo motivo de opiniones encontradas entre los historiadores.³³ Los estrategas del Eje consideraban a Suez, no a Malta, el premio más valioso. Pero el heroísmo de la isla atrajo la constante atención de la propaganda británica,³⁴ y con razón; el asedio era una situación familiar para los malteses. De hecho, era la *raison d'être* de la isla. Como señala el autor de libros de viajes Paul Theroux, Malta brilla en la guerra porque es solo entonces cuando esta roca reseca de 29 kilómetros de largo por 12 de ancho revela su valor.³⁵

Llamada «la llave del Mediterráneo» desde 1530, cuando Carlos V ordenó a los caballeros de San Juan de Jerusalén, expulsados de Rodas por los turcos, que se establecieran en ella, Malta reside en la confluencia de las «corrientes» de actividad náutica del Mediterráneo. La isla es como un tapón en el centro del reloj de arena que separa las cuencas oriental y occidental de ese mar. También formaba una barrera en la ruta norte-sur que, a través del canal de Sicilia, conectaba a Mussolini con su imperio africano. Malta es la estación de tránsito entre Gibraltar y Suez. Desde allí, las naves británicas pueden remontar la costa del mar Jónico, pasar junto a Corfú y la costa albanesa hasta alcanzar el Adriático, la frontera que separa a italianos, eslavos y griegos. La ruta marítima desde Malta también puede infiltrarse entre el mar Egeo hasta el Negro y el corazón del sudeste de Europa. Esta ruta ofrecía oportunidades que tentaban al primer ministro británico Winston Churchill y que incentivaron algunos de sus errores de cálculo más notables en el Mediterráneo ¡y en dos guerras mundiales! Así, la derrota de Francia transformó a Malta en una Gran Bretaña en miniatura en el Mediterráneo: una isla sitiada que sufría y resistía.

Por suerte para Gran Bretaña, este vulnerable puesto avanzado lo habitaban unas gentes que aceptaban su geografía del mismo modo que su destino. La pedregosa tierra maltesa, tras siglos de servir a señores extranjeros como presidio cristiano ante una costa islámica, sostenía a una población que era tan devotamente católica como políticamente sumisa. La flota británica llegó a Malta en 1800 para reemplazar a la Armada de Napoleón y ya no se movería de allí. El valor estratégico de la isla aumentó con la inauguración, en 1869, del canal de Suez. Con posterioridad, pasó a ser la base principal de la prestigiosa flota mediterránea de la Royal Navy. El astillero, encajado bajo los acantilados del puerto, daba trabajo a artesanos, mecánicos y estibadores. Los picapedreros seccionaban la piedra ocre que hacía de La Valeta una de las capitales mediterráneas más atractivas. La mayor parte del cuarto de millón de habitantes de Malta era analfabeta y vivía, a duras penas, de una tierra despojada de nutrientes por siglos de erosión y deforestación, o bien emigraba. Malta dependía de Italia y Libia, de donde llegaba el 70 por ciento de sus alimentos, fertilizantes y piensos para animales; el 95 por ciento de las mercancías que necesitaba la economía de la isla llegaba por mar. El poder político estaba en manos de una élite de familias anglomaltesas. No obstante, en la década de 1920 la influencia italiana comenzó a infectar a las islas, fomentada por algunos matrimonios mixtos y la introducción de algunas palabras italianas en la lengua semítica de Malta. Cuando el Partido Nacionalista, proitaliano, llegó al poder a comienzos de la de 1930, los británicos suspendieron la constitución y volvieron a instaurar el gobierno directo. Le siguió una política de vigorosa anglicanización: los tribunales prohibieron el uso de vocablos italianos y se cerraron las dos escuelas italianas de la isla. La invasión mussoliniana de Abisinia de 1935 barrió los restos que pudieran

quedar de sentimientos proitalianos en la isla. En 1940, cuando estalló la guerra, los malteses eran firmemente leales a Gran Bretaña. Durante el conflicto, los malteses hicieron gala de un grado de estoicismo y paciencia que llegó a considerarse ejemplo de heroísmo humilde.³⁶

En 1940, los dos pilares externos de la posición de Gran Bretaña en el Mediterráneo, Gibraltar y Suez, parecían tan vulnerables como Malta. Todo en Gibraltar era una incongruencia: su apariencia, su posición geográfica, el mismo hecho de que hubiera sobrevivido como enclave británico. Para aquellos que arribaban a Gibraltar por el oeste, el frescor del Atlántico daba paso a una «fragante brisa de tierra adentro» al dejar atrás el cabo Trafalgar y adentrarse en el Mediterráneo.³⁷ Pero los indicios de voluptuosidad de Gibraltar eran promesas vacías. La localidad tenía el aspecto de un complejo turístico británico venido a menos trasladado al paisaje abrasado del sur de Iberia. Las casas estaban construidas contra la pared azafrán de «la roca». Todo en ellas, hasta las cortinas de encaje, tenía el aspecto de haber sido diseñado para Brighton o Blackpool. Incluso la avenida principal desprendía un aroma híbrido a lavanda y *fish-and-chips*.

Con la caída de Francia, Gibraltar constituía el último bastión de los aliados occidentales en el continente europeo. Tras evacuar a Gran Bretaña a la mayor parte de sus 20 000 habitantes, comenzaron los trabajos para horadar en la roca 40 kilómetros de túneles en los que establecer depósitos de municiones y talleres. Los escombros sirvieron para extender la pista de aterrizaje en dirección al mar (llegó a tener capacidad para 600 aviones). Más allá del puerto, abarrotado de petroleros, mercantes y destructores concentrados para los convoyes de Malta, se hallaba lo que los marinos británicos denominaban de manera prosaica «la tripa», una corriente de 1,6 kilómetros de ancho que fluía de oeste a este, en dirección al Mediterráneo. Al sur, en la lejanía, se vislumbraban las montañas del Atlas y África.

Si bien Gibraltar había sido una colonia británica desde 1704, su pertenencia a la Corona había sido puesta en grave riesgo por la confluencia de dos hechos: la derrota republicana en la Guerra Civil española, en 1939, y la victoria de Hitler en el oeste, en mayo-junio de 1940. El gran temor de Londres era que el general Francisco Franco aprovechara la momentánea debilidad franco-británica para resolver las reclamaciones españolas sobre Gibraltar y hacerse con el imperio africano, que, en su opinión, los países industrializados le habían denegado a España.

Franco era un hombre difícil de interpretar. Incluso ahora, los historiadores no se ponen de acuerdo sobre sus verdaderas intenciones. Esto se explica, en parte, porque todos buscan más sutileza de la que el hombre poseía en realidad. De hecho, Franco era más cauto que complejo. Carecía de la petulancia de Mussolini y reservaba su vena hitleriana para sus adversarios republicanos. Insistía en la exigencia, propia de un soldado, en la «fidelidad y obediencia» de aquellos a su mando. Largos años de campañas

en el Rif marroquí habían creado un hombre de necesidades mínimas: comía frugal y rápidamente, detestaba la ostentación y prefería una vida sencilla. Incluso ya como caudillo de España, viajaba con sus artículos de aseo personal guardados en una caja metálica de galletas. Detestaba a liberales, comunistas y masones, a los cuales trataba del mismo modo que a soldados rebeldes de la Legión: con gran brutalidad. Durante las fases finales de la Guerra Civil española, por ejemplo, estaba tan embebido de su venganza contra sus enemigos republicanos que rehusó peticiones internacionales para que se les permitiera rendirse de forma honorable. En lugar de ello, accedió a que sus falangistas infligieran represalias terribles. Se dice que Franco firmaba sentencias de muerte mientras tomaba su café de la mañana. Sus lealtades, al igual que sus necesidades, eran simples. Los retratos de Isabel la Católica y los artículos religiosos desperdigados por sus dependencias daban testimonio de su fe católica y su dedicación a la unidad, grandeza e independencia de España.

Pero la cautela de Franco no solo era fruto de su personalidad. Lo cierto es que la falta de una base sólida en España limitaba las opciones del dictador. Mientras que Hitler y Mussolini encabezaban partidos políticos, Franco era, en lo esencial, un solitario, un general sin ninguna experiencia política a quien los conservadores españoles de diversas lealtades habían acudido en un momento de crisis nacional. Si bien había ganado gran prestigio en la Guerra Civil, carecía del carisma para unificar a los hombres alzados contra la República en torno a una única idea de futuro para España. Los falangistas, encabezados por su portavoz, Ramón Serrano Suñer, presionaban a Franco para que se uniera a la remodelación de España, y de Europa, según el modelo fascista. Otros, como el general Gómez-Jordana, ministro de Asuntos Exteriores durante la mayor parte de la guerra, eran favorables a los aliados. Los partidarios de las dos casas reales españolas depuestas tenían contactos con el Ejército y la Iglesia y pugnaban con los falangistas. Franco hacía cambios constantes de personal para que ninguno de los grupos contara con un hombre fuerte que pudiera liderarlos; de ese modo, ganaba tiempo. También seguía el dicho popular gallego de que «En boca cerrada no entran moscas» y fomentaba la confusión con respecto a sus intenciones al permitir a todos los que le rodeaban hablar con libertad, con la firme convicción, por supuesto, de que no hacían sino expresar los puntos de vista del caudillo. De ese modo, Madrid emitía una algarabía de declaraciones y un galimatías de intenciones que desconcertaban a los conocedores de Franco de ambos bandos. A pesar de ello, a medida que la contienda se inclinaba claramente hacia el bando del Eje, el 12 de junio de 1940 España pasó de la neutralidad a la «no beligerancia»; dos días más tarde, tropas españolas ocuparon el puerto internacional de Tánger. Los U-boot alemanes comenzaron a reabastecerse en puertos españoles. Franco, decían los españoles, estaba subido en una escalera. Era imposible saber si ascendería hacia la guerra o descendería hacia la neutralidad.³⁸

Una de las claves para el mantenimiento de la neutralidad española y la conservación de Gibraltar estaba en Suez, a 3200 kilómetros de distancia. Franco pudo resistir las presiones alemanas para que tomase Gibraltar con el argumento de que no tenía sentido cerrar la entrada occidental del Mediterráneo mientras los británicos tuvieran abierta la puerta de atrás en Egipto.³⁹ Así, los destinos de los dos puestos avanzados británicos en el Mediterráneo estaban vinculados. Por desgracia, la posición estratégica británica en Suez no parecía mucho más segura. El protectorado británico de Egipto había sido abolido en 1922. Sin embargo, a Gran Bretaña le costaba sacudirse sus hábitos imperiales; la soberanía egipcia estaba limitada por cláusulas que permitían a Gran Bretaña mantener poder de supervisión sobre tribunales y finanzas, así como para proteger las «comunicaciones imperiales». El poder económico de la significativa comunidad foránea en Egipto, su estilo de vida relativamente extravagante y su exención de muchas leyes locales despertaban hostilidad en el empobrecido país. Gran Bretaña seguía ocupando Sudán y Egipto lo seguía reclamando. Al final, las tempestuosas relaciones entre el rey Fuad I, puesto por los británicos en el trono, y los nacionalistas del partido Wafd provocaban una perpetua volatilidad en la política egipcia.

Nada de esto fue particularmente preocupante para Londres hasta la invasión italiana de Etiopía, en 1935. Londres se planteó el cierre del canal de Suez al tráfico italiano, pero se echó atrás porque la medida era ilegal, pues violaba la soberanía egipcia, Francia se oponía a ello y el cierre supondría un mal precedente para el futuro. Aun así, tanto Egipto como Gran Bretaña se sintieron amenazados por la expansión de Italia más allá del canal. Roma reforzó Libia con tres divisiones. El 51 por ciento de los pasajeros que transitaban el canal aquel año eran soldados italianos rumbo a Etiopía. Los miembros de la numerosa comunidad italiana en Puerto Saíd, algunos de los más jóvenes con camisas negras, se reunían en el rompeolas para cantar el himno fascista, *Giovinezza* y gritar *Duce!, Duce!* al paso de los transportes de tropas italianos. Expatriados italianos acaudalados donaron oro y joyas para pagar la tarifa del canal y comprar petróleo o suministros para las tropas. En 1936, la muerte del rey Fuad llevó a Londres y a El Cairo a unirse contra la amenaza italiana. El tratado angloegipcias de abril de 1936 reconocía la importancia estratégica del canal para Gran Bretaña, pero también afirmaba que era parte integral de Egipto. El artículo 8 del documento estipulaba que las fuerzas británicas protegerían el canal, pero que se retirarían de manera gradual a la zona del canal y a Alejandría, hasta que, en 1956, finalizara de forma oficial toda ocupación británica de Egipto. Las restricciones en el número de tropas británicas, que no debían superar 10 000 soldados, 3000 aviadores y 400 pilotos, reforzaron el concepto de soberanía egipcia. Egipto tenía ahora su propio ejército, independiente del control británico, y una academia militar abierta a jóvenes de todos los estratos sociales. Un egipcio reemplazó a un británico en el puesto de inspector general del Ejército, la inteligencia militar fue puesta en

manos egipcias y se nombraron agregados militares en las embajadas extranjeras. Las previsions especiales que protegían a los extranjeros —denominadas «capitulaciones»— fueron abolidas, con lo que se entregó al Gobierno egipcio el control total sobre tribunales y fiscalidad. Gran Bretaña respaldó la entrada de Egipto en la Liga de Naciones en 1937. El Gobierno egipcio se comprometió a mejorar carreteras e instalaciones portuarias y a apoyar a las fuerzas británicas en caso de guerra. La cuestión de Sudán quedó aplazada.⁴⁰

Para una nación acostumbrada a que la supervisasen foráneos, estas concesiones británicas tenían que haber sido vistas como pasos significativos hacia la completa emancipación con respecto al control extranjero. Sin embargo, el ascenso del poder italiano en el Mediterráneo se combinó con la llegada de nuevas fuerzas a la política egipcia para perturbar la turbulenta pero manejable relación triangular entre los británicos, Palacio y el Wafd. En torno a 1939, Egipto y su canal se habían convertido en el punto central del Mando de Oriente Medio. Las tropas británicas en Egipto estaban aumentando, no disminuyendo, según lo estipulado en el tratado de 1936. Y tampoco se estaban retirando del delta del Nilo a Alejandría y la zona del canal, como estaba previsto. Esta concentración de efectivos, que debía haber tranquilizado a El Cairo, también amenazado por las pretensiones italianas en el Mediterráneo oriental, en realidad, reforzó la convicción egipcia de que «su canal», tanpreciado por ambos bandos, estaba bajo ocupación ilegal.⁴¹ Esta sensación fomentó el volátil nacionalismo egipcio que, combinado con la tempestuosa personalidad del nuevo rey, perturbó profundamente las relaciones angloegipcias. Cuando Faruk, un cadete de 16 años de edad en la academia militar de Woolwich, sucedió al autócrata Fuad en 1936, los británicos saludaron el comienzo de una nueva era de las relaciones angloegipcias. Pero, por desgracia, Faruk resultó ser inmaduro y disoluto. El joven monarca insultó, de forma repetida y gratuita, al embajador británico, *sir* Miles Lampton, al hacerle esperar para darle real audiencia y rodearse de asesores italianos. Cuando los británicos protestaron, el monarca respondió dando la ciudadanía egipcia a los italianos. Egipto no hizo nada por poner coto a las intrigas y espionaje del Eje en las relevantes instalaciones británicas de Alejandría y en la zona del canal, lo que provocó la furia de Churchill. Faruk también creó su propia policía secreta y fundó un movimiento de juventudes de estilo fascista que rivalizase con los camisas azules del Wafd.⁴²

El partido Wafd fue dejado de lado poco a poco. Se le criticaba por ser una agrupación de élites intelectuales y de negocios pasada de moda, vinculada a los terratenientes, sin contacto con los problemas reales de Egipto y contaminada por su asociación con los británicos. En pocas palabras: era irrelevante. Aún peor, al tratado de 1936, que garantizaba el apoyo británico al Wafd, se le consideraba un gran impedimento para la reforma agraria tan ansiada por muchos *fellah*, los cuales, cuando en 1942 Rommel avanzó hasta las inmediaciones del delta, creían que una victoria alemana tendría

como resultado una redistribución de la tierra.⁴³ Más siniestra era la *Ijwan*, o Hermandad Musulmana, que durante la década de 1930 desafió en secreto el predominio del Wafd. Formado por fundamentalistas xenófobos, comenzaron a infiltrarse de manera gradual en universidades y, a través de allí, entre los maestros, el cuerpo de oficiales y las clases profesionales en general. Hacia 1946, el *Ijwan* contaba con un millón de miembros, una milicia bien armada y militantes dispuestos a asesinar cargos políticos para que su organización pudiera llegar al poder.⁴⁴

El auge del *Ijwan* era producto de la indignación egipcia por el conflicto árabe-sionista en Palestina. Durante los oscuros días de 1917, con Rusia al borde de la revolución y la guerra submarina frente a las costas británicas en pleno apogeo, el secretario de Estado británico, lord Balfour, declaró que «el gobierno de su majestad ve favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará todo lo posible para facilitar el logro de ese objetivo». En realidad, el objetivo a corto plazo del Gobierno británico era obtener el apoyo de los judíos, en especial de los judíos estadounidenses, para la causa aliada. La declaración también había sido hecha coincidiendo con la invasión de Palestina por las tropas británicas del general Edmund Allenby, cuyo ejército contaba con un contingente simbólico de 5000 judíos.

Aunque Balfour en sus palabras había insistido en que «no se deberá hacer nada que perjudique los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina», los roces entre los recién llegados y los residentes aumentaron con rapidez, a medida que la población judía en Palestina se disparó desde los 55 000 de 1918 hasta los 161 000 de una década después. Una vez forzada la puerta del mandato británico, los sionistas no tenían intención de renunciar a su propósito de crear un Estado judío. Compraron tierra a los árabes para establecer comunidades agrícolas, fundaron la ciudad de Tel Aviv y se expandieron hacia Jerusalén y Haifa. La comunidad árabe se enfrentó a ellos. En 1920, comenzaron los disturbios antijudíos y los ataques contra los asentamientos judíos, que, a partir de entonces, pasaron a ser una característica permanente de las relaciones judeo-árabes. Los intentos británicos de contemporizar entre las dos comunidades naufragaron en los arrecifes de la militancia sionista y la intransigencia árabe. Se sucedió un libro blanco tras otro. Las restricciones británicas a la inmigración judía se desbarataron por el triunfo de Hitler y el creciente antisemitismo, que provocaron una oleada de emigración judía hacia Palestina procedente de Alemania, Hungría, Polonia y Rumanía. Hacia 1935, vivían en Palestina 375 000 judíos y venían más de camino.

Esta volátil situación solo necesitaba una chispa para estallar y fue Amin al-Husayni, gran muftí de Jerusalén, quien la proporcionó. En apariencia, los rasgos delicados y suaves maneras de al-Husayni, acentuados por sus ojos de color azul profundo, perilla y balsámica voz, le hacían parecer la perso-

nificación de la moderación y la calma. Pero, en realidad, era un individuo brutal que escupía veneno antibritánico y antisemita y organizaba pelotones de matones para eliminar a sus enemigos políticos y atacar asentamientos judíos. En principio, su cargo de gran muftí no era una plataforma desde la que organizar tumultos. Su puesto requería un experto en leyes, un jurista que impartiera interpretaciones de la ley coránica. Era un cargo para un hombre reflexivo, un conciliador. Esto es precisamente el motivo por el cual la aprobación, en enero de 1921, de la elección de al-Husayni, en circunstancias dudosas, fuera un terrible error de *sir* Herbert Samuels, alto comisionado británico en Palestina. También era sorprendente, pues, con el nombramiento, Samuels reanimó la languideciente carrera de al-Husayni. Antiguo oficial otomano convertido en maestro de escuela, al-Husayni había sido sentenciado por los británicos a diez años de prisión por su papel en la organización de los disturbios antijudíos de 1920 en Jerusalén. Samuels no solo lo perdonó y le permitió presentarse al cargo, sino que confirmó su elección, aun cuando quedó en cuarta posición entre todos los candidatos. El alto comisionado calculó, erróneamente, que los escasos votos de al-Husayni indicaban falta de influencia.⁴⁵

La carrera de al-Husayni se estancó durante la década de 1920, pues su crédito fue contrarrestado por el «Partido Nacional», por el hecho de que la inmigración judía se desplomó, y también porque Samuels fue reemplazado en el cargo de alto comisionado por el vizconde Plummer de Messines, un hombre sensato que había comandado el 2.º Ejército británico durante la Gran Guerra. Pero los años treinta iban a ser su década. La inmigración judía se disparó, lo que agudizó las tensiones árabe-judías. Asimismo, los mismos factores que habían marginado al Wafd en Egipto hicieron que el Partido Nacional pareciera no tener respuesta al recrudecimiento del fundamentalismo islámico. La creciente clase media palestina, fruto, irónicamente, de la actividad económica estimulada por los judíos, aceptó el liderazgo político del muftí. Como jefe del Consejo Musulmán, el muftí hacía nombramientos para las escuelas y tribunales musulmanes y controlaba fondos significativos que empleaba, entre otras cosas, para difundir su mensaje en Irak y Siria y para comprar armas. Asimismo, el muftí también se aprovechó de los reveses británicos en la esfera internacional. A partir de 1938, Alemania, Italia e incluso España reavivaron las brasas del nacionalismo árabe por medio de emisiones de radio, subsidios «culturales» y artículos antisemitas que al-Husayni tradujo y distribuyó en las escuelas musulmanas. Los árabes palestinos imitaron las organizaciones políticas fascistas y elogiaron las leyes raciales alemanas, sin darse cuenta de que Hitler era el mejor sargento de reclutamiento del sionismo y que lo único que estaban haciendo era exacerbar sus problemas. En lugar de ello, soñaban con el día en que Italia y Alemania expulsaran a Gran Bretaña y, con ella, a los judíos de Oriente Medio.

Nada de lo que hicieron los británicos para reducir tensiones en Palestina funcionó. Después de un año de matanzas, huelgas y boicots fiscales, en 1937, Londres propuso la partición de Palestina entre judíos y árabes; esto no hizo sino atizar aún más un incendio incontrolable. Los musulmanes provocaron disturbios, desde Túnez a Bombay, Hitler prometió apoyar con armamento la revuelta árabe y hubo una escalada de ataques contra los asentamientos judíos y contra las tropas británicas que trataban de protegerlos. En octubre de 1938, la rebelión palestina se desbordó. Veinte mil soldados británicos trataron, a duras penas, de mantener el orden y los militantes musulmanes convirtieron la mayor parte de Jerusalén en una zona prohibida. Los matones del muftí asesinaron a los líderes árabes moderados que defendían un compromiso. La beligerancia árabe reforzó la determinación judía de resistir. Durante la década de 1920, jóvenes militantes judíos como Moshé Dayán y su organización, la Haganá («Defensa»), cooperaron de forma abierta con los británicos, que andaban muy escasos de tropas. De hecho, los «guardias» judíos organizados y entrenados por el capitán Orde Wingate llevaron a cabo incursiones de represalia contra los partidarios del muftí incluso en Siria y Líbano. Pero Londres comprendía que la solución a la crisis debía ser política. Así, en 1938, para intentar apaciguar a los árabes, los británicos retiraron la idea de partición e impusieron severas restricciones a la inmigración judía. Esto enfureció a los sionistas, quienes acusaron a Londres de haber firmado la sentencia de muerte de los judíos europeos. Estos comenzaron a organizar la inmigración clandestina, alistaron a todos los hombres y mujeres en condiciones de combatir en la Haganá y crearon más grupos armados, como el Irgún, que inició una campaña de ataques con bomba contra los edificios oficiales británicos.⁴⁶

Por tanto, con la guerra a punto de comenzar, los bastiones en los que se anclaba la posición británica en el Mediterráneo se sustentaban en frágiles cimientos. Malta estaba a merced de Mussolini, del mismo modo que Gibraltar lo estaba de Franco. Oriente Medio, en 1940, era una bomba de relojería social, ideológica y política. Las reiteradas intervenciones, durante la guerra, en la política de Egipto, Palestina, Siria, Irak, Irán y Afganistán para reforzar, a corto plazo, los intereses militares británicos acumularon humillaciones y resentimientos que, en último término, acabaron por destruir las bases de la presencia británica en la región.⁴⁷ El único país, probablemente, donde la población árabe estaba a favor de los aliados era Libia, en concreto Cirenaica, donde la dura campaña italiana de conquista había dejado profundas cicatrices y forzado la huida a Egipto de 14 000 refugiados.⁴⁸ Incluso en el norte de África francés, la población musulmana guardaba un amargo rencor. Cuando las fuerzas del Eje entraron en Túnez en noviembre de 1942 como respuesta a la Operación Torch, los desembarcos aliados en Marruecos y Argelia, los alemanes se vieron desbordados por las peticiones de árabes que querían alistarse en sus tropas.⁴⁹ La mera llegada de los carros del Eje a Egipto habría provo-

cado el colapso de la posición británica en Oriente Medio, le habría privado de petróleo y habría hecho inmensamente más difícil las comunicaciones con India y el Lejano Oriente. La eliminación de Francia había reducido de forma drástica la superioridad numérica británica en buques de guerra, además de convertir valiosas bases en el norte de África y Siria en territorio potencialmente hostil. Gran Bretaña, ante estas negras perspectivas estratégicas, se dejó arrastrar, a su pesar, a la guerra en el Mediterráneo.

La incapacidad del eje para explotar los puntos débiles británicos

Los historiadores han desarrollado tres argumentos para menoscabar la importancia del Mediterráneo durante los años iniciales de la guerra. El primero es que, incluso si el Eje se hubiera concentrado contra Gran Bretaña en el Mediterráneo en 1940-1941, Gran Bretaña no hubiera podido ser derrotada, pues su centro de gravedad radicaba, en último término, en Estados Unidos. El segundo punto es que los conflictos de intereses del Eje eran tan significativos en el Mediterráneo en 1940-1941 que nunca podrían haber elaborado un plan estratégico unificado. Por tanto, no tiene sentido hablar de oportunidades perdidas del Eje, pues no había ninguna que perder. Por último, para Hitler, el Mediterráneo nunca podía sustituir a la Operación Barbarroja, pues esta, la invasión de la Unión Soviética, constituía un punto central en su programa político.⁵⁰ Rommel nunca tuvo ninguna posibilidad, ni siquiera en 1942, cuando llamó a las puertas del delta del Nilo. Desde el punto de vista logístico, estaba demasiado lejos de sus bases. Además, estratégicamente, un avance hacia el Nilo, Oriente Medio y, en último término, la India, solo podía funcionar si se coordinaba con un avance japonés sobre la India desde el este. Pero los líderes del Eje no cooperaron para lograr objetivos estratégicos. La guerra de Tokio en Asia y el Pacífico era una «guerra paralela», como también lo había sido la irrupción de Mussolini en el Mediterráneo. Lo destacable de Rommel es que consiguiera todo lo que logró con la endeble base logística de que disponía, inadecuada a causa de las enormes exigencias del frente del este y debido a que el objetivo de Hitler en el Mediterráneo era reforzar a Mussolini, no destruir la posición británica en la región. Las especulaciones sobre una unión del Eje en India o Irán son mera fantasía.⁵¹ El año 1942 «fue la última oportunidad de Alemania de dar un golpe definitivo a la Unión Soviética y, por tanto, de eliminar de forma permanente al menos a uno de los tres adversarios principales [Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética] que se alineaban contra ella», escribe el historiador alemán Klaus Schmider. Por esta razón, «nada puede argumentarse contra la lógica de Hitler: si Rommel podía asaltar la posición británica en el delta del Nilo, tanto mejor; pero ningún éxito en Oriente Medio podía

reemplazar a la victoria sobre el Ejército Rojo». Incluso si los británicos hubieran sido expulsados más allá del Nilo, Torch habría restablecido el equilibrio a favor de los aliados y habría obligado a Rommel a retirarse en noviembre de 1942.⁵²

Sugerir que el Mediterráneo era un teatro espectacular pero, en última instancia, marginal supone no comprender el papel que este desempeño en el concepto de victoria de Churchill, que consideraba que la derrota en el Mediterráneo suponía un desastre que solo superaría la invasión y conquista de las islas británicas.⁵³ Los líderes británicos –Churchill, Eden y Macmillan– habían invertido sus reputaciones políticas en Oriente Medio, al que consideraban la base de la posición de gran potencia de Gran Bretaña y estaban decididos a defenderla a expensas de Singapur. El general de división *sir* John Kennedy, director de operaciones militares [DMO] de Gran Bretaña, descubrió, en abril de 1941, que la forma más rápida de provocar un acceso de ira al primer ministro era sugerir que el precio de retener Egipto podía superar los beneficios. Churchill exclamó, rojo de furia, que hablar de rendir Egipto equivalía a «derrotismo». «La guerra es una pugna de voluntades –afirmó, implacable, el primer ministro al DMO–. Hablar como usted ha hecho es puro derrotismo».⁵⁴ Para Churchill, el Mediterráneo constituía el epicentro de la resurrección británica, la génesis de la victoria, el lugar en el que quedó enterrada la estrategia de apaciguamiento de Chamberlain y se demostró, a amigos y enemigos, la determinación y valor de Gran Bretaña. El fracaso de la estrategia mediterránea de Churchill habría debilitado el ánimo británico, agotado su capital político y dado nuevo aliento a Halifax y a los partidarios del apaciguamiento.

John Ellis afirma que los historiadores británicos de la Segunda Guerra Mundial se han centrado demasiado en los hechos del Mediterráneo. Pero basta con ver el lugar que el teatro de Oriente Medio ocupa en la memoria británica de la Segunda Guerra Mundial para comprender su importancia psicológica para la generación que vivió la guerra. El Oriente Medio fue la última campaña independiente de los británicos. Produjo el famoso 8.º Ejército y el único héroe-general británico de la guerra.⁵⁵ Además, en el verano de 1940, el apoyo estadounidense a Gran Bretaña tampoco era firme. Los aislacionistas contaban con poderosos aliados en el Congreso y en el activo Comité America First [América Primero]. Con su resolución combativa, Gran Bretaña debía demostrar su valía como posible aliado, para ganarse así la confianza y el apoyo estadounidense. El Mediterráneo, junto con la batalla de Inglaterra, ofreció a Churchill las primeras oportunidades para exhibir las cualidades –y carencias– de Gran Bretaña como potencial aliado. Muchas de las decisiones estratégicas de Churchill, como el ataque sorpresa sobre la flota francesa en Mazalquivir, que sorprendieron al mundo, y la controvertida decisión de apoyar a Grecia en mayo de 1941, se tomaron teniendo en cuenta el impacto que tendrían sobre la opinión estadounidense.

Una decisión estratégica no solo debe considerar el posible daño infligido al enemigo, sino que también debe buscar arrebatarle la ocasión de causarle daño a uno. Con un mínimo de visión estratégica, el Eje podía haberse dado cuenta de que una postura ofensiva inicial en el Mediterráneo hubiera resultado una excelente defensa preventiva, pues eliminaría el Mediterráneo como opción estratégica para los aliados. Aunque Churchill se vanagloriaba, después de Dunkerque, de atacar el Reich desde el aire e «incendiar Europa» mediante rebeliones internas, el Mediterráneo era el único lugar en el que, de forma realista, Gran Bretaña podía proseguir la guerra con relativa ventaja. La única ruta que permitía a Gran Bretaña, y eventualmente a Francia, retornar a la guerra pasaba por el Mediterráneo. Estados Unidos acabó por convertirse en la fuente de la fortaleza de Gran Bretaña. Pero ¿adónde debía dirigirse esa fuerza? El Mediterráneo era el único lugar en el que, a corto plazo, Estados Unidos sería capaz de aplicarla contra el Eje, en particular contra Italia, el socio más débil. Cerrar el Mediterráneo habría ofrecido a la «bloqueable» Italia un caparazón protector. Por otra parte, tampoco resultaba difícil imaginar una victoria del Eje en ese teatro. Tan solo hubiera sido necesario convertir las leves ventajas de Gran Bretaña en la región en puntos débiles: anular Gibraltar y Malta e «incendiar Oriente Medio». Esto no derrotaría a Gran Bretaña, necesariamente, pero significaría que el único camino para que Churchill, y al final Roosevelt, volvieran a entrar en guerra, sería por el canal de la Mancha. Y esto, incluso con asistencia estadounidense, podía ser una tarea muy difícil contra un Eje no dañado por una derrota en el Mediterráneo.

El segundo argumento contra el éxito del Eje en el Mediterráneo es que el este no dejó escapar ninguna oportunidad estratégica en 1940-1941 por la simple razón de que los intereses alemanes e italianos en el Mediterráneo eran demasiado divergentes para cosechar juntos los frutos de la caída de Francia y de la debilidad de Gran Bretaña. El Eje era una *mésalliance* cuyos dos socios a veces cooperaban en el plano militar, pero rara vez en el plano económico o político. Era una coalición más operacional que estratégica.⁵⁶ Esto, por descontado, es cierto. Pero la falta de cooperación del Eje para lograr una estrategia coherente no era algo predeterminado. La estrategia, después de todo, consiste en elegir opciones. La de diseñar una visión estratégica coherente y racional estaba abierta al Eje, como también lo estaba para los aliados, en caso de que se decidieran por ella. De hecho, hubo voces en el campo alemán, entre ellas las del propio Hitler, que urgieron a Mussolini a explotar su éxito e incluso ofrecieron a Roma ayuda para lograrlo. Una de esas voces era la del *Großadmiral* Erich Raeder, comandante en jefe de la Kriegsmarine. En el otoño de 1940, Raeder propuso aprovechar la derrota de Francia para liquidar a Gran Bretaña en el Mediterráneo antes de que Estados Unidos pudiera entrar en guerra. Al principio, Hitler pareció animarse ante la perspectiva de «dar un rodeo por el Mediterráneo y África en la ruta hacia el imperio mundial»,⁵⁷ pero no tardó en enfriar la idea por diversas razones: veía el Mediterráneo

como la esfera de influencia de Mussolini y las complejidades políticas del establecimiento de alianzas en la región le confundían y descorazonaban. Al final, la propuesta de Raeder, si se analiza dentro del contexto burocrático de rivalidad entre las diversas fuerzas armadas alemanas, planteaba una escandalosa fantasía, «navalismo desbocado», que requería enormes flotas alemanas para dominar un inmenso imperio mundial. Las visiones de la Kriegsmarine provocaron las burlas de las otras Armas: «Esa gente sueña con continentes», dijo de sus colegas marinos Franz Halder, jefe de Estado Mayor del Ejército.⁵⁸

El rechazo de Hitler del Plan Sur de Raeder arroja luz sobre el tercer argumento: que Hitler descartó una opción mediterránea porque entraba en conflicto con su plan para atacar la Unión Soviética. Una vez más, esto es correcto hasta cierto punto, pues ignora la cuestión del momento concreto. La resistencia británica en el Mediterráneo y en la batalla de Inglaterra de agosto-septiembre de 1940 confirmó, y posiblemente aceleró, la decisión de Hitler de atacar la URSS, pues le persuadió de que la Unión Soviética era «la espada de Gran Bretaña en el continente».⁵⁹ Hitler razonó que los reveses británicos en el Mediterráneo no pondrían fin a la resistencia británica, que esto tan solo llegaría una vez que Londres se convenciera de que Moscú no podía acudir en su ayuda en la guerra contra Alemania. Dentro de su contexto, Hitler veía el Plan Sur como lo que era: un intento de disuadir, o al menos de retrasar, su decisión de emprender Barbarroja. Al igual que los generales estadounidenses con los que se enfrentó más tarde, Hitler comprendía que los recursos empeñados en teatros periféricos resultan difíciles de recuperar para otros fines. Por tanto, el Mediterráneo quedó pospuesto hasta después de Barbarroja. Con esto, Hitler invirtió las que deberían haber sido sus prioridades. Al atacar en el Mediterráneo con escasos efectivos, no configurados para combatir en un ambiente marítimo, Hitler eligió luchar en un entorno favorable a Gran Bretaña. Pagó por ello un alto precio.

NOTAS

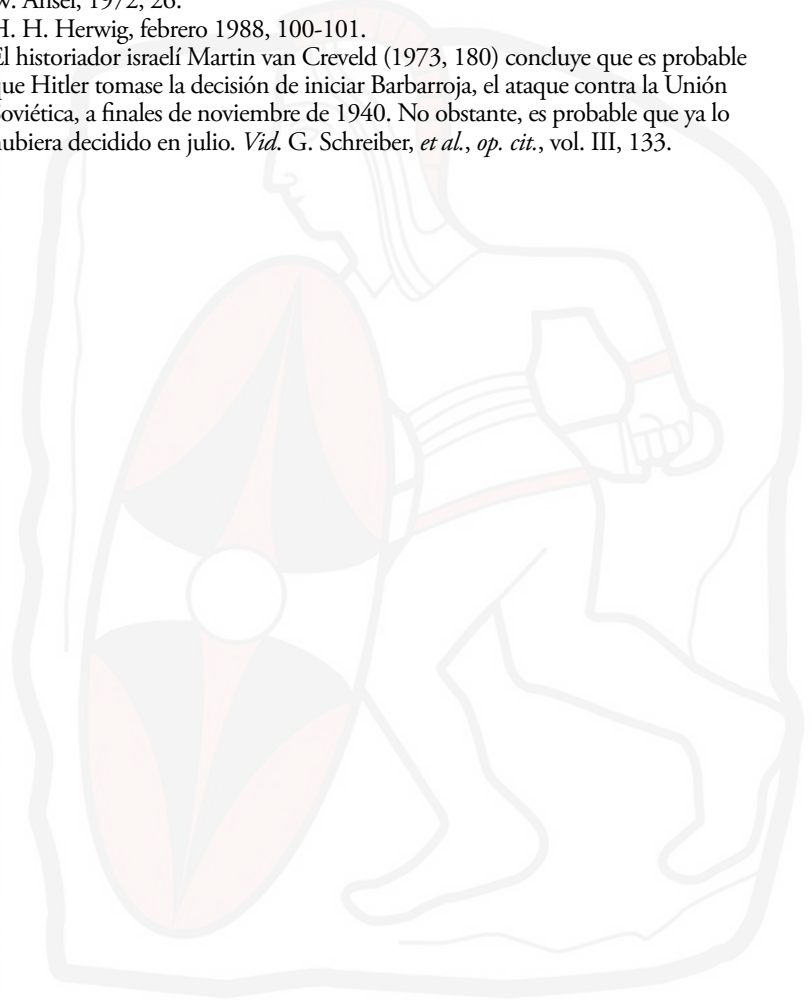
- 1 Teniente J. M. Brown, 1943, 95.
- 2 F. Braudel, 1976, 170.
- 3 M. Simpson, «Superhighway to the World Wide Web: The Mediterranean in British Imperial Strategy, 1900-1945» en J. B. Hattendorf (ed.), 2000, 51.
- 4 D. A. Farnie, 1969, 611.
- 5 M. Simpson (*op. cit.*, 68-69) resume algunos de los argumentos contrarios al Mediterráneo. Véanse también los argumentos presentados en el Prefacio del presente libro.
- 6 H. P. Wilmott, 1989, 188-189.
- 7 K. Schmider, «The Mediterranean in 1940-1941: Crossroads of Lost Opportunities?», *War and Society* 15, n.º 2 (octubre 1997), 19.

- 8 D. Fromkin, 1989, 663.
- 9 M. Simpson, *op. cit.*, 57.
- 10 E. Monroe, 1938, 12, 249; H. Rowan Robinson, 1938, 287, citado en D. A. Farnie, *op. cit.*, 614-615.
- 11 M. Simpson, *op. cit.*, 58-59.
- 12 K. Schmider, *op. cit.*, 35-36.
- 13 F. W. Deakin, 1962, 275.
- 14 K. Schmider, *op. cit.*, 35-36.
- 15 M. Simpson, *op. cit.*, 60-61, 52.
- 16 *Ibid.*, 64.
- 17 D. A. Farnie, *op. cit.*, 601.
- 18 General I. S. O. Playfair, 1954-1988, vol. I, 27, 75, 79.
- 19 K. Schmider, *op. cit.*, 35.
- 20 G. Greenfield, 1998, 59.
- 21 H. P. Wilmott, 1989, 189-190.
- 22 R. H. Spector, 2001, 168.
- 23 W. Murray, «British Military Effectiveness in the Second World War» en W. Murray y A. Millett (eds.), 1990, 110, 114, 118, 121-122.
- 24 A. Moorehead, 1965, 48.
- 25 *Vid.* Vizconde Cunningham de Hyndhope A. Brown Cunningham, 1951.
- 26 R. H. Spector, *op. cit.*, 183.
- 27 N. Hamilton, 1983, 388-389.
- 28 A. F. Wilt, 1990, 47-48.
- 29 J. Greene y A. Massignani, 1998, 139.
- 30 General I. S. O. Playfair, *op. cit.*, vol. 1, 9-10, 74-80.
- 31 K. Feiling, 1946, 273.
- 32 M. Knox, 2000, 46.
- 33 Martin van Creveld (1977, 181-192) aduce que los problemas logísticos del norte de África eran irresolubles incluso si Malta no estuviera interceptando las comunicaciones marítimas entre Italia y Trípoli. MacGregor Knox (2000, 135) achaca el problema a la inadecuada organización e infraestructura logística de Italia y señala que el 83 por ciento de los cargamentos enviados al norte de África llegó a destino, a pesar de las operaciones británicas.
- 34 D. A. Farnie, *op. cit.*, 629.
- 35 P. Theroux, 1995, 310.
- 36 Ch. A. Jellison, 1984, 2-3, 10-17, 22-24.
- 37 Teniente J. M. Brown, *op. cit.*, 54.
- 38 Con respecto a Franco, *vid.* A. Bachoud, 1997, 198-201, 204-216, 220-222.
- 39 E. L. Woodward, 1962, 127 citado en D. A. Farnie, *op. cit.*, 625.
- 40 D. A. Farnie, *op. cit.*, 598-600, 605-606.
- 41 *Ibid.*, 634
- 42 P. Mansfield, 1971, 235, 251, 262, 265-268, 271, 274.
- 43 D. A. Farnie, *op. cit.*, 632
- 44 P. J. Vatikiotis, 1961, 29-30.
- 45 H. M. Sachar, 1998, 171, 203.
- 46 *Ibid.*, 196-226.
- 47 D. A. Farnie, *op. cit.*, 627, 632
- 48 J. Wright, 1982, 39-42.
- 49 *General der Flieger* H. Felmy y *General der Artillerie* W. Warlimont, *World War II German Military Studies*, vol. 13, 26.
- 50 G. Schreiber, *et al.*, 1995, vol. III, 758.

EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

- 51** H. P. Wilmott, 1983, 47-52; G. Weinberg, 1994, 324-327.
52 K. Schmider, *op. cit.*, 21, 28; H. P. Wilmott, 1989, 188-189.
53 H. E. Raugh, Jr., 1993, 204.
54 Citado en *ibid.*, 204.
55 D. A. Farnie, *op. cit.*, 632-633
56 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, vol. III, 760.
57 W. Ansel, 1972, 26.
58 H. H. Herwig, febrero 1988, 100-101.
59 El historiador israelí Martin van Creveld (1973, 180) concluye que es probable que Hitler tomase la decisión de iniciar Barbarroja, el ataque contra la Unión Soviética, a finales de noviembre de 1940. No obstante, es probable que ya lo hubiera decidido en julio. *Vid.* G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, vol. III, 133.

DESPERTA FERRA



EDICIONES

CAPÍTULO UNO

1940: la guerra llega al Mediterráneo

Benito Mussolini era el hijo de una maestra de escuela y de un herrero sin trabajo fijo y propietario de un bar. El padre de Adolf Hitler era un funcionario austríaco de nivel bajo. Desde temprana edad, ambos combinaron su aversión al trabajo duro con la atracción por las ideas políticas extremistas. Los dos eran solitarios, poco sociables, sin amigos ni sentido del humor; en pocas palabras, unas personalidades inmaduras e incompletas, personajes fracasados a los que su astucia y las circunstancias les llevaron a posiciones de trágica prominencia.

Los retratos del Mussolini dictador de mediana edad muestran a un varón con calvicie incipiente, cejas arqueadas sobre unos ojos que parecen estar fijos en algún punto lejano y la mandíbula apretada en una expresión de reflexiva resolución. Mussolini trataba siempre de crear la impresión de un hombre que controla con firmeza el destino de Italia. Pero aquellos de su entorno inmediato buscaban en vano indicios de un núcleo interior de creencias, un nódulo de convicciones más allá de la búsqueda oportunista del beneficio propio. Su carrera se basaba en una extravagante búsqueda de notoriedad en los extremos de la política. Los que le conocieron durante su juventud destacaban su reputación de pendenciero, su reticencia a mirar a los ojos, su condición de mujeriego obsesivo. Su tendencia a vestir bien como un mendigo o bien como un dandi era prueba de la carencia de una autoimagen estable.

En 1912, con 29 años, Mussolini había fracasado como maestro y como sindicalista. No obstante, ese año, de forma inesperada, se hizo con el cargo de editor de un diario de escasa circulación y financiación, el socialista *Avanti!* Esto le proporcionó la plataforma desde la que hacerse un nombre como cruzado contra las malas condiciones laborales y defensor de huelgas y manifestaciones. Mussolini atribuyó a sus editoriales el éxito de los socialistas en las elecciones de 1913. Pero, en 1914, rompió con el partido a causa de la cuestión de la neutralidad, dimitió de *Avanti!* y fundó su propio diario, *Il*

Popolo d'Italia. Hacia diciembre de 1914, encabezó a un grupo de socialistas disidentes partidarios de ir a la guerra que se autodenominaban *fascisti* y comenzó a predicar la necesidad de una «guerra realmente grande» que trajera expansión territorial y mostrase el coraje del pueblo italiano. Criticaba a los políticos neutrales y, en 1915, celebró que el rey Víctor Manuel firmase la declaración de guerra a Austria sin consultar con el Parlamento.

El servicio bélico de Mussolini consistió en una rutina, tediosa pero nada excepcional, de escaramuzas en trincheras anegadas e infestadas de piojos. En junio de 1917, se licenció del ejército con el grado de sargento después de resultar herido de gravedad por la explosión de un lanzagranadas durante un entrenamiento. Regresó a *Il Popolo d'Italia*, que por aquel entonces atravesaba serias dificultades económicas, pero logró que se recuperase por medio de subsidios de fabricantes de armamento seducidos por sus acerbas críticas contra los socialistas contrarios a la guerra, a los que hacían responsables del derrotismo que atenazaba a Italia en vísperas de su aplastante derrota de octubre de 1917 en Caporetto. También tuvo tiempo de conspirar para derrocar a un Gobierno de políticos desmotivados que incluía al general Luigi Cadorna, depuesto del cargo de comandante en jefe tras Caporetto. Y, aunque cualquier agitador de masas también podría haber hecho lo mismo, el genio de Mussolini fue comprender, cuando todavía se libraba la guerra, que los soldados retornados del frente formarían una reserva de hombres desencantados predisuestos a escuchar sus diatribas. Mussolini, tras haber trabajado con insistencia para hacer que Italia entrase en guerra, ahora se esforzaba con igual diligencia para fomentar insatisfacción con su resultado. Insistió en que la victoria italiana en Vittorio Veneto de octubre de 1918 fue la causa del colapso de las Potencias Centrales. Por este motivo, Italia debía ser recompensada en la mesa de negociación con sus «fronteras naturales», que abarcaban Trieste, el Tirol italiano, Fiume y la mayor parte de Dalmacia. Sus exigencias provocaron un futuro de expectativas frustradas.

Al igual que muchos países europeos, Italia salió de la guerra con unas instituciones políticas heridas, una economía débil, una masa de soldados desmovilizados en paro y un pueblo desorientado por la enormidad de los sacrificios hechos y las nimias ganancias obtenidas a cambio. Cuando Mussolini celebró la primera concentración del movimiento fascista, en marzo de 1919, tan solo se presentaron unos 50 partidarios. A partir de 1920, sin embargo, comenzó a ganar adhesiones al defender los avances italianos en los Balcanes, así como la idea, en la que insistió con frecuencia, de que Italia tenía que dominar tanto el Adriático como el Mediterráneo. En las elecciones de 1921, extremadamente violentas, los fascistas obtuvieron 35 escaños. Mussolini fue pionero en tácticas terroristas contra sus enemigos políticos, de una violencia tal, que dejó consternados a muchos de sus seguidores. Pero estos métodos atrajeron a las filas fascistas a matones violentos y despiadados, hombres dispuestos a destrozarse los gobiernos municipales socialistas y las se-

des de los sindicatos. Mientras tanto, los gabinetes iban y venían, presididos por políticos mediocres que no podían, o no tenían, intención de frenar a los fascistas, a quienes consideraban el antídoto contra los socialistas.

En 1922, los socialistas convocaron una huelga general para protestar contra la violencia fascista. Mussolini lanzó a sus partidarios a destrozar sus imprentas, deshacer sus piquetes y ocupar municipios gobernados por socialistas, todo ello en nombre de la defensa del orden público contra la amenaza revolucionaria. Mussolini, tras darse cuenta de que el débil Gobierno y el Parlamento dividido de Italia no actuarían contra él, comenzó a organizar su insurrección «para agarrar del pescuezo a la miserable clase política que nos gobierna». La noche del 27 al 28 de octubre de 1922, grupos de fascistas comenzaron a ocupar edificios gubernamentales y centralitas telefónicas. El rey, tímido y confundido por consejos contradictorios, no firmó la orden que autorizaba la instauración de la ley marcial, sino que, el día 29, Víctor Manuel nombró a Mussolini, entonces con 39 años de edad y solo con una séptima parte de los escaños del Parlamento, primer ministro de Italia. Pero ser coronado por real decreto no encajaba con su imagen de revolucionario, por lo que organizó con sus seguidores una «Marcha sobre Roma» más de veinticuatro horas *después* de que le entregasen el poder. De este modo, Mussolini creó el mito de que había sido llevado al poder por una insurrección popular que impidió una revolución socialista. Los italianos, desmoralizados por la incompetencia del Gobierno y por semanas de anarquía, se doblegaron ante el resultado.

Una vez en el poder, Mussolini era como el perro que persigue a un vehículo y que, cuando lo alcanza, debe decidir qué hacer; su respuesta fue exportar su reputación de violento e impredecible a la escena internacional. Resulta tentador calificarlo de bufón debido a la inmensa brecha que se abría entre las pretensiones mussolinianas y la escasa potencia militar e industrial de Italia. Pero la bravuconería era parte integral de su estilo. Se mostraba así de forma calculada, tanto para engañar a amigos y enemigos, como para añadir dramatismo a las vidas de italianos corrientes cuya vida hubiera sido aburrida y carente de emociones. Mussolini necesitaba de *coups de théâtre* para dar la impresión de avance a un régimen que no dejaba de estar hueco desde el punto de vista ideológico. La preocupación internacional que provocaban sus iniciativas le llenaba de satisfacción. Incluso en el fracaso, como cuando se vio obligado a echarse atrás en Corfú en 1923, siguió siendo el perro rabioso del Mediterráneo, el muñeco sorpresa de la diplomacia europea, el rey del caos internacional. Los italianos adoraban la teatralidad de Mussolini, sus pomposos uniformes y sus ampulosos discursos, pues confundían, al igual que su líder, charlatanería, hipocresía e histrionismo con prestigio y respeto internacional. Los italianos parecían estar deseando asistir a un espectáculo burlesco y Mussolini no tuvo ningún reparo en ofrecerles una interpretación estelar.¹

Pero la fanfarronería también resultaba útil para enmascarar el hecho de que Mussolini no ejercía un control completo sobre Italia. Con arreglo a los estándares del totalitarismo, el fascismo italiano era poco eficaz y remiso. Mussolini, en comparación con Hitler o Stalin, no pasaba de ser un mero aficionado. Tras el escándalo provocado por la ejecución, en 1924, del socialista Giacomo Matteotti por matones fascistas, el Tribunale speciale per la difesa dello Stato [Tribunal especial para la defensa del Estado] de Mussolini se contentó con ejecutar únicamente a nueve oponentes políticos antes de la guerra y a 22, en su mayoría eslavos, durante el conflicto. Entre junio de 1940 y septiembre de 1943, menos de 150 soldados italianos fueron condenados a muerte, cuando durante la guerra de 1915-1918 habían sido 4000. Incluso Franco, cuyo poder también se sustentaba en bases poco sólidas, fusilaba y ejecutaba a garrote a sus enemigos con una despreocupación que empujaba a su homólogo italiano, que solía contentarse con exiliar a los disidentes a pueblecitos del Mezzogiorno. Mussolini no se atrevió a declarar una movilización general por miedo a provocar la ira de los italianos. A gran parte de la élite con estudios, incluidos los estudiantes universitarios, se le eximió del servicio militar. Un millón de italianos, aproximadamente, se libró de vestir uniforme. En vísperas de la invasión de Grecia, el otoño de 1940, 600 000 soldados fueron licenciados para aplacar el descontento popular, con resultados desastrosos. Incluso bajo presiones alemanas, Mussolini rehusó obligar a los trabajadores italianos a adoptar disciplina marcial, o a militarizar los ineficientes puertos de Italia y el norte de África. El racionamiento fue lento e introducido de forma desigual. Por encima de todo, las fuerzas armadas y el trono eran dos instituciones en las que no se atrevía a intervenir.²

Los historiadores están de acuerdo en que Mussolini era un oportunista, pero discrepan en hasta qué punto estaba dispuesto a llevar su oportunismo. Algunos afirman que el hecho de que sus palabras y actos fueran diametralmente contradictorios indican su predisposición a hacer causa común con Gran Bretaña y Francia si estos dos países le hubieran permitido llevar a cabo sus ambiciones mediterráneas. Otros sugieren que los vaivenes políticos de Mussolini eran un rasgo psicológico que indicaba una carencia de autoconfianza y coraje provocado por su falta de control político sobre su país, más que la ausencia de dirección fundamental. Mussolini era, ciertamente, un hombre desprovisto de ideales o de moral, un egomaniaco con complejo de inferioridad. Su constante vocación era desafiar el *statu quo*. En consecuencia, Gran Bretaña y Francia siempre iban a ser obstáculos para sus objetivos. Incluso en la primavera de 1940, cuando los aliados le ofrecieron un puesto en las negociaciones de paz y concesiones en África para que se mantuviera neutral, Mussolini les ignoró.³ Su trayectoria de cooperación con Alemania fue continuada: el tratado de 1936 que formó el «Eje» Roma-Berlín, el pacto anti-Comintern de noviembre, su cooperación con Hitler durante la Guerra

Civil española, su abandono de la defensa de la independencia de Austria en 1938 y, finalmente, el «pacto de acero» de mayo de 1939. Los esbozos de fricción periódicos dentro del Eje, como la crisis del sur del Tirol del otoño de 1939 o la guerra ruso-finlandesa (30 noviembre de 1939-12 de marzo de 1940) eran meros gestos diplomáticos calculados para darle a Mussolini un aura de independencia que no poseía. Los conflictos de intereses entre los aliados y Mussolini eran tan profundos que el Duce no tenía a nadie más a quien importunar, dadas sus ambiciones y su carácter, que a Hitler.⁴

Existe una innegable consistencia en la visión mediterránea de Mussolini. Incluso antes de la conclusión de la Gran Guerra, este ya insistía en que el Mediterráneo constreñía las ambiciones de Italia. La única idea constante en un hombre que siempre rehusaba atarse a opciones ideológicas o diplomáticas era que el Mediterráneo «sigue siendo una cárcel que debilita nuestra fuerza vital». Según sus palabras ante el Gran Consejo Fascista, en febrero de 1939, Córcega, Túnez, Malta y Chipre constituían sus barrotes, Gibraltar y Suez sus guardianes.⁵ Esto le llevaba a una confrontación directa con Gran Bretaña y Francia, sus dos rivales principales en dicho mar. Tan solo esperaba su momento. «La victoria de Hitler es nuestra victoria», declaró en 1933. Siete años más tarde, trató de hacer realidad esa profecía al poner en práctica la vieja tradición mediterránea de seguir la propia conveniencia.

Cuando Mussolini declaró la guerra, el 10 de junio de 1940, no parecía ser consciente del riesgo que corría. Todo cuanto quería era una guerra minúscula o, mejor aún, ninguna guerra en absoluto. Calculaba que la contienda en Europa había entrado en su fase final; Francia había sido vapuleada y Gran Bretaña estaba contra las cuerdas. Su objetivo era asegurarse un puesto en la mesa de paz y cosechar grandes dividendos políticos a cambio de una mínima inversión militar, no supervisar el nacimiento de uno de los principales campos de batalla del conflicto. No tenía plan estratégico y rechazó coordinar uno con Berlín. Carecía de reservas de carbón, petróleo, divisas y alimentos y el control británico de Suez y Gibraltar garantizarían que, si llegaban suministros, muy pocos de ellos lo harían por mar. Además, no mantuvo a su Marina mercante informada de sus intenciones, por lo que una tercera parte de los buques italianos quedó internada en puertos extranjeros antes incluso de que comenzasen los combates.⁶ El dictador italiano había cometido dos errores de cálculo devastadores. Primero, se había lanzado contra las rutas marítimas de un adversario que, aunque maltrecho, estaba determinado a luchar para mantener el vínculo vital con su imperio. Segundo, había entregado a Italia y la había convertido en la criada de un hombre cuya salvaje capacidad para el mal hacía que Mussolini, con su ausencia de moral y su teatralidad barata, pareciera, en comparación, un aficionado.

Adolf Hitler estaba convencido de dos cosas: la justicia de su visión y la infalibilidad de su juicio. El que un hombre de tan monstruosas pasiones pudiera llevar al mundo a la más extrema de las catástrofes requería de un pueblo

alemán confuso y desorientado por la experiencia de la Gran Guerra, en la que las batallas ganadas se tradujeron en derrota militar, incertidumbre económica y colapso político. Incluso desde la perspectiva de casi tres cuartos de siglo, que un pueblo tan antiguo y civilizado sucumbiera al hechizo de Hitler resulta más fácil de explicar que de comprender.

Las fotos contemporáneas de Hitler parecen haber sido hechas con la intención de provocar un desastre de imagen pública. Los trajes mal cortados, el sombrero *homburg* encasquetado hasta las orejas, la sonrisa que le hacía parecer inseguro, casi estúpido, difícilmente encajaban con la imagen de un *Feldherr* alemán. Incluso en las instantáneas hechas para mostrar liderazgo —puños cerrados sobre las caderas, ojos que brillan con determinación teutónica— el pintoresco traje bávaro sobre un cuerpo diminuto de mediana edad, el bigote de absurdas dimensiones, demasiado estrecho para ser llamativo, demasiado alto para ser elegante, le daban el aspecto del mayordomo del káiser Guillermo en un día de fiesta. Mussolini, un entendido en estos asuntos, criticaba los estándares de sastrería de Hitler, que consideraba inferiores a los que cabía esperar de un dictador serio. En efecto, las imágenes de Hitler eran tan obviamente forzadas, tan descarnadamente insípidas, que, en el extranjero, las imitaciones se hicieron habituales en juergas cuarteleras y fiestas estudiantiles. De hecho, el parecido entre el dictador alemán y Charles Chaplin era tan sorprendente que Hollywood aprovechó la oportunidad para darle al comediante el papel protagonista de *El gran dictador*.

Pero Hitler mantenía a los alemanes bajo su hechizo mientras escupía por toda Alemania, desde tribunas iluminadas con antorchas, un cóctel de ponzoña y maldad: odio contra los aliados, odio contra Versalles, odio contra los judíos. Examinado de cerca, Hitler irradiaba una banalidad sombría, aunque excéntrica. Albert Speer, el arquitecto de Hitler que llegó a ser su ministro de Armamentos, se preguntaba cómo «noche tras noche», el círculo de Hitler se dejaba entretener por «inacabables peroratas sobre la Iglesia católica, recetas para hacer dieta, templos griegos y perros policía».⁷ La atracción del poder supone la explicación más obvia. Aun así, el carisma de Hitler debía de ser magnético, pues su corte, compuesta por personajes extraños, criminales y sicofantas, resistía sus interminables accesos de ira, hipocondría y arranques de excepcional energía, alternados con fases de letargo. Se mantuvo leal a él incluso cuando los obvios signos de desorientación provocados por el colapso de sus ilusiones revelaron su ignorancia, amateurismo e incapacidad de controlar las fuerzas que había invocado con tanta ligereza.

Hitler no se hacía grandes ilusiones ni con respecto a los italianos ni a Mussolini. Consideraba que su histrionismo era transparente, pero divertido. Reconocía en *il Duce* el oportunista que era, pues entró en combate junto al Eje solo cuando la victoria parecía cierta.⁸ De hecho, poco después de la caída de Francia, la prensa alemana presentó a su nuevo aliado como un payaso de circo que, después de la actuación del acróbata, acepta los

aplausos como si fueran dirigidos a él.⁹ No obstante, de haber sido un líder más reflexivo, Hitler se habría dado cuenta de que su socio era una carga, no una ayuda, pues los italianos carecían de la capacidad industrial y militar para librar una guerra moderna. El principal problema de la industria italiana era su fuerte dependencia de las importaciones de petróleo, carbón y chatarra, la mayor parte de las cuales llegaba por rutas marítimas susceptibles de ser interceptadas por los británicos. Algunas de esas carencias podían compensarse por las importaciones alemanas, que habían aumentado tras las sanciones económicas británicas sobre las importaciones de carbón y petróleo impuestas a Italia durante la crisis de Abisinia de 1935. Pero la ayuda alemana fue cada vez más problemática después de junio de 1941, pues Barbarroja absorbió todos sus recursos. Todo esto significaba que la producción agrícola e industrial de Italia declinó después de junio de 1940 debido a los cuellos de botella provocados por la intervención aliada.¹⁰ A pesar del hecho de que los generales alemanes no tenían buen concepto de las capacidades militares de Italia, e insistían en que la presencia italiana «no supondría ninguna ventaja sustancial», Hitler continuó presionando para que los italianos entrasen en guerra. El Estado Mayor de operaciones de la Wehrmacht no disponía de conceptos claros sobre los que basar una estrategia conjunta germano-italiana. Los generales alemanes veían el Eje como una cuña política a través de la cual los italianos podían solicitar material germano, del que detestaban tener que desprenderse.¹¹

El punto final que Hitler parecía pasar por alto era que su aliado era, en realidad, su rival. El objetivo de Mussolini no era meramente aprovechar los éxitos alemanes en el norte de Europa para lograr la dominación italiana del Mediterráneo. La rivalidad estaba en el seno del Eje. Para Mussolini, el Eje estaba diseñado tanto para operar *contra* Hitler como *con él*. La paradoja en el corazón del Eje era que, al tiempo que Mussolini trataba de aprovechar el impulso alemán para lograr sus aspiraciones en el Mediterráneo, también pugnaba por mantener a Alemania alejada de ese mar. Mussolini quería una «guerra paralela», no una lucha unificada que reduciría su prestigio y dividiría el botín que repartir.¹² Esto no le importaba gran cosa a Hitler, ya que tenía escaso interés en el Mediterráneo. Sus objetivos estaban en la Europa oriental y podían, a veces, superponerse a los de su socio del Eje, pero no coincidir.¹³ Por este motivo, aceptaba dejar que Mussolini cabalgase sobre la ola de victorias germanas, hasta que la incompetencia italiana le obligó a intervenir en febrero de 1941. El Eje era una alianza que miraba en direcciones opuestas; Hitler hacia el este y Mussolini hacia el sur. Y, si bien cada uno de ellos cedía su espacio al otro, esto también significaba que no podían diseñar una estrategia común para derrotar a Gran Bretaña en el Mediterráneo. También significaba que Hitler había hipotecado el éxito del Eje en esa región al dejarlo en manos de un hombre vano, inconstante y político y estratégicamente incompetente.

La «guerra paralela»

Mussolini respondió a la declaración de guerra aliada a Alemania de septiembre de 1939 con una orden de movilización parcial. Resultó un desastre. El Ejército italiano, falto de uniformes, armamento y barracones, no estaba en absoluto preparado, ni siquiera para llevar a cabo una movilización limitada. Con un histriónico arranque de ira, Mussolini decapitó el alto mando y nombró al mariscal Rodolfo Graziani nuevo jefe del Ejército. Pero esto no resolvió sus problemas, entre los que se incluían la obvia falta de preparación de sus fuerzas armadas, la dependencia de Italia de las importaciones marítimas, vulnerable a la potencia naval combinada de británicos y franceses, la oposición del rey, así como los informes, enviados por sus prefectos, de que el pueblo italiano no tenía estómago para una guerra.¹⁴ El 1 de septiembre, cuando Mussolini cambió de rumbo y declaró la «no beligerancia», los italianos suspiraron de alivio. Hitler, por su parte, se lo tomó con filosofía. Aunque Mussolini insistió a Hitler en que la «no beligerancia» no suponía una renuncia a su compromiso con el Eje, el líder alemán comprendió que Italia solo entraría en la guerra cuando fuera evidente que Alemania estaba en el umbral de la victoria.¹⁵

El rápido colapso del frente anglofrancés en mayo-junio de 1940 provocó el pánico de Mussolini: quería evitar una guerra total, pero al mismo tiempo asegurarse de que Alemania no monopolizaría el botín. Estaba convencido de que no actuar conllevaría el colapso del fascismo e incluso una invasión alemana de Italia. Los nueve meses pasados desde el estallido de la contienda en Europa habían transcurrido en una completa negligencia de los preparativos militares más elementales. Ni siquiera había debatido planes de guerra con sus jefes militares, salvo en términos extremadamente vagos. De hecho, ¡les había dicho a las claras que no tenía intención de combatir en absoluto! El evidente poder de las fuerzas germanas, que invadió Noruega, los Países Bajos y Francia, quebró la oposición a la guerra en Italia. A finales de mayo de 1940, mientras las tropas aliadas estaban siendo evacuadas de las playas de Dunkerque, Mussolini informó a sus generales de que planeaba declarar la guerra la semana siguiente. El 10 de junio de 1940, se unió a la guerra de Hitler contra los aliados.

¿Qué iba a atacar Italia? Era evidente que Mussolini había dedicado sus energías a propulsar a su nación hacia la guerra, pero no a considerar cómo iba a combatirla. La estructura institucional para la planificación estratégica era deficiente, pero tenía toda la intención; no se habían creado estados mayores para planificar las opciones estratégicas. El jefe de Estado Mayor, mariscal Pietro Badoglio, presidía reuniones periódicas con los jefes de las distintas fuerzas. Pero estos hombres eran reacios a expresar ideas que se apartaran de las agresivas y excéntricas opiniones del Duce. Con el fin de reducir aún más el ya de por sí exiguo control del jefe de Estado Mayor sobre las decisiones estratégicas, Mussolini hacía que los ministros de cada

ejército reportasen directamente a él. Pero, incluso si hubiera existido una estructura adecuada para la toma de decisiones estratégicas, es improbable que se hubieran hecho propuestas racionales por parte de hombres de tan limitados horizontes individuales, escasa comprensión de la potencia marítima de Gran Bretaña, del poder industrial latente de Estados Unidos o del feroz racismo de su nuevo aliado.¹⁶ De otro modo, habrían propuesto un ataque sobre Malta, seguido de una invasión de Egipto desde Libia, lo que habría eliminado la única base de Gran Bretaña en el Mediterráneo central, y habría amenazado al canal de Suez así como el acceso de Gran Bretaña al petróleo de Oriente Medio. La presencia del Eje en El Cairo podría haber desencadenado una rebelión popular que habría desestabilizado la posición de Gran Bretaña en la región y, quizá, habría permitido al Eje llegar a controlar su petróleo. Desde la perspectiva estratégica, y aún más desde la operacional, se trataba de una apuesta muy ambiciosa para los italianos. Pero, dado que habían decidido atacar al imperio británico, Malta constituía un objetivo inicial lógico y accesible. Tan convencido estaba Hitler de que Mussolini seguiría esta trayectoria estratégica que le ofreció 250 carros pesados para el norte de África, que Mussolini rechazó, pues deseaba combatir su propia «guerra paralela».

Malta yacía en el altar, maniatada y entregada al sacrificio. A medida que la guerra se aproximaba, los británicos habían hecho poco por reforzar las defensas de la isla. La BEF (British Expeditionary Force [Fuerza Expedicionaria Británica]) y la defensa de las islas británicas habían recibido prioridad presupuestaria. De las tres Armas, tan solo la Marina creía que Malta era defendible y Londres concluyó que no podría ser abastecida en caso de hostilidad italiana, por ello, la mejor opción estratégica era luchar por el Mediterráneo central desde Tolón, Túnez y Córcega, no desde La Valeta. La guarnición se componía de cuatro batallones regulares apoyados por dos regimientos de territoriales (reservistas) malteses, con un total de 5500 soldados. Disponían de fusiles Enfield obsoletos, 60 ametralladoras Vickers, algunas piezas de artillería anticuadas y 14 de artillería costera posicionados en torno al Gran Puerto, y una docena de tanques simulados, para proteger 50 km de costa y tres aeródromos, con una delgada cortina de alambre de espino, fortificaciones de campaña y minas antipersona. Sus medios de transporte se componían casi exclusivamente de bicicletas. Las defensas antiaéreas contaban con 16 cañones pesados con munición limitada, inútiles contra aviones a baja cota, dos docenas de focos y un primitivo radar que funcionaba de forma intermitente. Aunque este contingente podía rechazar un primer intento de desembarco era inevitable que sucumbiera a una presión sostenida. Por este motivo, la flota había sido transferida a puertos más seguros y la evacuación de mujeres y niños comenzó en mayo. Los tres aeródromos, de los cuales solo uno estaba asfaltado, eran defendidos por cuatro resistentes biplanos Gloster Gladiator que habían sido dejados por error en la isla embalados en sus cajas.

Cuando fue diseñado, a comienzos de la década de 1930, el Gladiator, con sus cuatro ametralladoras, cabina cerrada y un motor Bristol Mercury de 840 hp que le propulsaba a velocidades de más de 410 km/h, fue celebrado por los británicos como el *ne plus ultra* de los aviones de caza. Pero el aparato era un perfeccionamiento de la tecnología de la Primera Guerra Mundial, no el heraldo de una nueva era de cazas. Los intensos combates en Francia durante la «guerra de broma» de septiembre de 1939 a mayo de 1940, y durante la invasión de Noruega en abril de 1940, convencieron a la RAF de que el valeroso Gladiator no estaba a la altura del Messerschmitt, por lo que reunieron los que quedaban y los enviaron al Mediterráneo, donde creían que todavía podrían superar al gran número de cazas biplanos Fiat CR 42 Falco (halcón) con que contaba la Regia Aeronautica.¹⁷ Se desembalaron y ensamblaron los cuatro Gladiator que llegaron a Malta. Uno se estrelló casi de inmediato. Los tres restantes, bautizados *Fe*, *Esperanza* y *Caridad*, se acabaron convirtiendo en el símbolo de la determinación de Malta de resistir contra fuerzas abrumadoras. Los preparativos de la defensa civil consistían en 13 refugios antiaéreos y la colocación de sacos terreros en torno a edificios públicos. En la práctica, no había equipos de primeros auxilios en toda la isla.¹⁸

La posición británica en Egipto era igual de precaria. Los sentimientos antibritánicos se hicieron cada vez más visibles con las noticias de los triunfos alemanes en Europa. El 12 de junio, el primer ministro egipcio Alí Maher Pachá afirmó que Egipto no declararía la guerra excepto en caso de ser atacado. Las presiones de Londres obligaron al rey Faruk a reemplazar, el 23 de junio, a Alí Maher por Hassan Saby Pachá, un político probritánico, pero débil. Sin las tropas egipcias, el comandante británico en Oriente Medio, general Archibald Wavell, contaba en Egipto con tan solo 36 000 soldados, equipados parcialmente y mal organizados. Las divisiones 4.^a india, 7.^a Acorazada y neozelandesa llegaron a estar entre las mejores de la contienda, pero, en ese momento, estaban muy por debajo de sus efectivos reglamentarios. En Palestina había otros 27 000 efectivos, algunos de los cuales todavía montados a caballo, mientras que el resto estaba ocupado a tiempo completo en tareas de seguridad interna. El colapso de Francia, que controlaba Siria, había provocado disturbios en la vecina Irak, lo cual forzó a Wavell a traer a la 5.^a División india para proteger los pozos petrolíferos. La RAF no contaba con cazas modernos ni con bombarderos de largo radio de acción. Contra esto, los italianos habían reunido en Libia al Quinto y al Décimo ejércitos, que, en conjunto, disponían de nueve divisiones metropolitanas de 13 000 hombres cada una, tres divisiones de camisas negras y dos divisiones nativas de 8000 hombres cada una, además de tropas auxiliares y guardias fronterizos. Estas tropas estaban mal entrenadas, carecían de medios de transporte y su armamento era heterogéneo. No obstante, la fuerza aérea italiana contaba con 425 aviones en Libia y Rodas, muchos de ellos modernos, mejor armados que los aparatos británicos y en posición de ser reforzados, contra tan solo 205 aparatos británicos.¹⁹

Mussolini tuvo, en junio de 1940, sus oportunidades estratégicas más prometedoras, pero no las aprovechó en absoluto. Sus biógrafos afirman que el que no tomase Malta «fue uno de los hechos más extraños», en especial dado que este sabía que los británicos no estaban preparados para defenderla. Es cierto que el ejército no tenía estómago para un ataque. La Armada era igualmente reacia a cooperar con el ejército para organizar una operación anfibia para la que no se había entrenado. Tanto el jefe de Estado Mayor naval, almirante Domenico Cavagnari, como Pietro Badoglio, jefe del *Stato Maggiore Generale*, [Estado Mayor General] exageraron la potencia de las defensas de Malta y restringían de forma deliberada las directivas del Duce, que pedían un debut contundente de Italia en la guerra.²⁰ Pero la responsabilidad de este lapso estratégico pertenece a Mussolini, que rechazó repetidas ofertas alemanas de ayuda tanto contra Malta como contra Egipto. Este fracaso revela dos de sus grandes defectos como jefe de guerra: su reticencia a escuchar la opinión de los expertos, algo que podía menoscabar su estatus de generalísimo; y su incapacidad de priorizar objetivos y centrarse en metas claras.²¹ Mussolini calculaba que podía obtener territorios en la mesa de negociación sin tener que molestarse en combatir por ellos; fue un terrible error. El 11 de junio, la fuerza aérea italiana llevó a cabo ocho incursiones de bombardeo sobre Malta, que provocaron escasos daños en el puerto pero hizo que la aterrorizada población de La Valeta cargase sus carros tirados por burros y escapase al campo. El bombardeo de gran altura, afirmaba la fuerza aérea italiana, que seguía las teorías de Giulio Douhet, «esterilizaría» Malta, con lo que no sería necesario invadirla.²²

El 17 de junio, después de que Francia hubiera solicitado un armisticio, Mussolini ordenó a sus generales atacar las posiciones francesas en la frontera alpina, pues calculaba que la posesión de algún territorio francés reforzaría sus bazas en las conversaciones de paz. El asalto del 20 de junio, lanzado por 22 divisiones italianas, apoyadas por una reserva de 14, contra 6 divisiones de un ejército que ya había sido derrotado, fue un fiasco. Los italianos acumularon 631 muertos, 2631 heridos, 616 desaparecidos y 2151 bajas por congelación contra un contingente francés que solo sumó 37 muertos, 42 heridos y 150 desaparecidos y que no había cedido terreno en absoluto. Aún peor, en las negociaciones de armisticio, los italianos no exigieron la entrega de los puertos tunecinos, grave error, pues la capacidad portuaria de Libia era insuficiente para apoyar la futura campaña norteafricana del Eje.²³

El que los italianos no tomaran Malta ni se hicieran con el control de los puertos tunecinos fue un fracaso de igual importancia a la incapacidad del Eje de hacer estallar el polvorín árabe contra Gran Bretaña. Esta falta de visión estratégica tuvo varias causas: una de ellas era la política contradictoria de Hitler, que buscaba reconciliar los intereses imperiales alemanes y británicos, al tiempo que concedía a Mussolini su esfera estratégica mediterránea. A finales de la década de 1930, Alemania estaba más interesada en expulsar a su población judía que en entrar en disputas con Gran Bretaña con respecto a un

enclave sionista en el Mediterráneo oriental. Además, Berlín consideraba a los árabes «extremadamente poco fiables» y era reacio a provocar la hostilidad de Turquía, Egipto y Arabia Saudí si apoyaba al gran muftí y a sus extremistas. En torno a 1938, el aumento constante de judíos expulsados de Alemania habían transformado las actitudes progermanas de los nacionalistas palestinos, hasta el punto de que el cónsul general alemán en Jerusalén temió que los alemanes acabasen siendo tan odiados en Oriente Medio como los británicos. Alemania carecía de representación diplomática en Irak o en Oriente Medio. Esta falta de interés por esta región del mundo de tanta importancia estratégica acabó por perjudicar a los intereses estratégicos del Eje. Hacia mayo de 1939, la cada vez más cercana posibilidad de conflicto con Gran Bretaña despertó el interés de la diplomacia germana por el golfo Pérsico. Pero el estallido de la guerra, en septiembre, puso fin a esas iniciativas, en especial las dirigidas a Arabia Saudí.²⁴

El estallido del conflicto llevó a los alemanes a valorar sus opciones militares en Oriente Medio. El OKH (Oberkommando des Heeres [Alto Mando del Ejército alemán]) consideró el proyecto —que, visto en perspectiva, resultaba surrealista— de asociarse a la Unión Soviética para un avance sobre India y Oriente Medio. Después de la derrota aliada de mayo-junio de 1940 se revivió la carta del nacionalismo árabe. Los árabes veían de manera favorable la cooperación con Alemania, pues creían que Berlín no tenía ambiciones con respecto a Oriente Medio. Mussolini reclamaba Túnez, parte de Argelia y expandir Libia en dirección sur, hasta alcanzar el lago Chad. También exigía enlaces terrestres entre Libia y Etiopía y de Túnez al sur de Marruecos. Para asegurar el control italiano del canal de Suez, quería la anexión al imperio italiano de la península del Sinaí, Adén y las islas de Perim y Socotra, en el mar de Arabia, además de anexionar la Somalia británica y la francesa. Por fortuna para el Eje, los árabes continuaron ignorando el alcance de las ambiciones de Mussolini. Pero las deferencias de Hitler a los anhelos mussolinianos en el Mediterráneo limitaban la capacidad de los nacionalistas árabes, que no tenían intención de cambiar la dominación británica por la italiana, de manipular la rivalidad entre los británicos y el Eje en Oriente Medio. La oposición de Roma forzó a Berlín a desoír los intentos, en 1940, tanto de Irak como del gran muftí, de obtener apoyo germano para apoyar un alzamiento árabe en Palestina que retendría de 30 a 40 000 soldados británicos, interrumpió el transporte de tropas desde la India y ayudó a los italianos en Libia. En 1940, al menos, la posible cooperación en Oriente Medio entre árabes y el Eje contra los británicos fue socavada por la cesión, por parte de Berlín, del Mediterráneo a Roma y por la desconfianza árabe con respecto a las pretensiones imperiales italianas.²⁵

Por sí mismas, las fuerzas italianas carecían de la voluntad, y de los medios, para aprovechar la endeble base política británica en Oriente Medio. En Libia, el mariscal Rodolfo Graziani reemplazó al mariscal Italo Balbo, muerto cuando su avión fue abatido por sus propias baterías antiaéreas. Mus-

solini debía dar por hecho que su prestigioso comandante infundiría energía a la, hasta entonces, mediocre actuación de las tropas italianas en el norte de África. Graziani, el coronel más joven del Ejército italiano en 1918, héroe de la guerra Senussi que dio a Italia el control de Cirenaica en 1931, comandó en octubre de 1935 la invasión de Abisinia. El *forte* de Graziani era el brutal tratamiento a las poblaciones sometidas, lo cual le hizo ganarse el apodo de «el carnicero». En Cirenaica, campos de concentración y ejecuciones en masa allanaron el camino de la conquista de los rebeldes senusi. La aplicación de métodos similares en Abisinia provocó una insurrección popular en 1938 que desencadenó su cese. En 1939, sucedió al mariscal Pietro Badoglio como jefe de Estado Mayor del Ejército. Desde Roma, Graziani ordenó a Balbo que reuniese los elementos más móviles de sus efectivos, que los equipase con tanques, artillería, agua y suministros y que avanzase contra los británicos. Una vez en Libia, sin embargo, Graziani procrastinó todo cuanto pudo. Se quejaba de que sus unidades estaban poco equilibradas y de que les faltaba movilidad. Sobrestimaba los efectivos británicos y remitía largas listas de peticiones de equipo, al tiempo que se quejaba de que el terreno y la temperatura no favorecían una ofensiva. En lugar de separar y reagrupar sus elementos más móviles, insistió en concentrar su ejército para un avance al estilo de la Primera Guerra Mundial. En pocas palabras: perdió el tiempo.

Tras muchas presiones de Roma, el 13 de septiembre de 1940 el contingente de Graziani avanzó lentamente hacia Sidi Barrani, un desolado puesto avanzado 80 km hacia el interior de Egipto compuesto por unos veinte edificios, de los cuales dos eran burdeles y otro una tiendecita. En Europa, los líderes del Eje esperaban avanzar entre una oleada de nacionalismo árabe. Badoglio se jactaba ante los alemanes de que Palestina y Siria caerían por sí mismas en cuanto Graziani alcanzase el delta del Nilo. Y, de haber aceptado los italianos la oferta hitleriana de fuerzas mecanizadas, así podría haber sido. En septiembre de 1940, el comandante británico, *sir* Archibald Wavell, estaba muy escaso de efectivos, pues tan solo disponía de elementos de dos divisiones, algunas tropas australianas y neozelandesas a medio entrenar y 85 tanques para hacer frente a Graziani; los concentró en la terminal ferroviaria de Marsa Matruh, 240 km al este de la frontera libia. La RAF superaba en número a su homóloga italiana, por lo que tan solo podía hostigar las concentraciones de tropas enemigas. Graziani desperdició su inmensa ventaja en una pantomima de ofensiva. Después de una fuerte preparación artillera, sus seis divisiones se desplazaron en dirección este en dos columnas organizadas en «erizos», con los motociclistas al frente y retaguardia, seguidos de carros ligeros, columnas de vehículos e infantería montada en camiones en el centro. Todo muy ordenado: ofrecían un blanco espléndido. Era, según un oficial británico, como «una fiesta de cumpleaños en Long Valley, en Aldershot (la base de entrenamiento del Ejército británico)». ²⁶ Aun así, parte de sus unidades, desprovistas de mapas o guías, se perdió y estuvo a punto de perecer de sed antes de que la localizase la

fuerza aérea italiana. Contra este avance italiano, que parecía un desfile, el puñado de batallones británicos combatió acciones de retaguardia, echó sal en los pozos y destruyó la carretera a medida que se retiraba hacia Marsa Matruh. El 16 de septiembre, Graziani reportó que su «ofensiva» se había detenido. Hizo un alto para construir una carretera y un acueducto a retaguardia. Tanto Roma como Berlín asumieron que esto era solo una pausa administrativa, pero, de hecho, fue la última «victoria» de la carrera de Graziani. La triste realidad era que no estaba dispuesto a seguir adelante.²⁷ Wavell tuvo todo el tiempo que quiso para concentrar sus tropas. Así, la falta de una visión estratégica coordinada por parte del Eje había, por el momento, permitido a Gran Bretaña aferrarse a Malta y mantener intacta su precaria posición en el delta del Nilo y, posiblemente, en todo Oriente Medio.

La «flota en potencia»

La Armada británica era el segundo punto débil en potencia que el Eje no atacó. Dado que la Royal Navy tenía de su lado a la tradición y el liderazgo, Italia necesitaba aprovechar las ventajas que le proporcionaba la posición central y superioridad numérica inicial. El control italiano de la orilla norte del Mediterráneo suponía una importante ventaja para el Eje. Podían transportar hombres y material al teatro de operaciones por tierra mucho más rápido de lo que los británicos podían hacer por mar. La fuerza aérea italiana, desde sus bases de Italia, Sicilia o Rodas, podía castigar a voluntad objetivos en el Mediterráneo central y oriental. Italia controlaba el «lago central» del Mediterráneo (el mar Tirreno o etrusco, el triángulo de agua delimitado al oeste por Cerdeña y Córcega, al norte por Elba, al sur por Sicilia y al este por la península italiana). La eliminación de Francia apaciguó los temores de los almirantes italianos a que la posición de Italia en el Mediterráneo central la hacía vulnerable, pues la exponía a ataques y bloqueos. Esto les permitió concentrarse en el canal de Sicilia, la vía marítima tradicional, que, con apoyo en Malta y Pantelaria, conducía al sur, a Túnez y Tripolitania, con el fin de bloquear el eje de comunicación este-oeste de los británicos.²⁸ Para estos, desesperados por mantener las comunicaciones con su imperio, suponía un cuello de botella crítico, una vía respiratoria que lucharon a fondo por mantener abierta contra un Eje que tan solo parecía darse cuenta de forma intermitente de su valor estratégico. De hecho, la inferioridad británica en junio de 1940 parecía tan absoluta que algunos consideraron abandonar por completo el Mediterráneo oriental y concentrarse en Gibraltar, idea que Churchill acalló con contundencia.²⁹

De todas las fuerzas italianas, la Armada era la que recibía mejor puntuación de los expertos extranjeros. Su estructura reflejaba el concepto mahariano de una gran flota de batalla organizada sobre la base de acorazados y cruceros pesados y diseñada para titánicos choques en alta mar con otras flotas. En 1940, la Armada italiana estaba en el quinto puesto mundial,

por detrás de las de Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón y Francia, pero más grande que las de Alemania y la Unión Soviética. En el Mediterráneo, no obstante, constituía la flota más formidable, con seis acorazados, alrededor de veinte cruceros, siete de ellos de más de 10 000 toneladas, 61 destructores, 70 torpederos y más de un centenar de submarinos. La flota de superficie estaba dividida en dos escuadrones basados en Tarento y en La Spezia. La flota submarina italiana, que preocupaba especialmente a los británicos, era la más grande del mundo, con la posible excepción de la Unión Soviética.³⁰ Estaba organizada en cinco escuadrones en Italia, uno en Rodas y otro en Tobruk. Además, disponía de ocho submarinos estacionados en África oriental. El colapso de Francia dio a la flota italiana ventaja numérica sobre los británicos en el Mediterráneo en cada categoría de buque, excepto acorazados y portaaviones. Incluso en ésta última categoría, el Littorio y el Vittorio Veneto, en servicio desde agosto de 1940, eran más rápidos y estaban mejor armados que ninguno de los acorazados de que disponía Cunningham. La modernización de dos buques de batalla más antiguos, el Duilio y el Doria, era inminente y los cruceros pesados de las clases *Zara* y *Bolzano* eran muy respetados por los británicos, que enviaron a toda prisa a Gibraltar un escuadrón, llamado «Fuerza H», que redujo un poco la desventaja.³¹ Pero esto no resolvió el problema de la dispersión de sus fuerzas. Además, Haifa y el canal de Suez estaban dentro del radio de acción de los bombarderos italianos que operaban desde Rodas.

Pero, la Armada italiana, aunque formidable sobre el papel, no estuvo a la altura de su potencial. Estaba por detrás en, prácticamente, todas las categorías de guerra naval, dado que era atrasada desde el punto de vista tecnológico, desequilibrada operacionalmente y estaba comandada de forma poco imaginativa. La carencia técnica más obvia fue la incapacidad de desarrollar y equipar sus buques con radar y sonar durante los años de entreguerras, negligencias que los marinos italianos pagarían caro. Las versiones primitivas de radar desarrolladas por la escuela de comunicaciones navales de Livorno en 1935-1936 se descartaron por «futuristas» por unos mandos que rehusaron emplearlas hasta 1942 y solo debido a la insistencia de los alemanes. A falta de impermeabilización, los sistemas eléctricos y equipamiento de cálculo de distancias solían fallar en buques de batalla diseñados para combatir con buen tiempo. Los acorazados italianos eran capaces de lanzar un proyectil hasta 32 km de distancia, pero sin instrumental de cálculo de distancias preciso, guía por radar u observadores aéreos, las posibilidades de alcanzar el blanco eran remotas. Los cruceros se desintegraban al ser alcanzados, mientras que los destructores embarcaban agua con facilidad con mar gruesa. Cuando la Armada italiana se vio obligada a pasar de las grandes acciones de flotas a servicios de convoy, la falta de cargas de profundidad y cobertura antiaérea, por no mencionar la de tácticas de guerra antisubmarina, fue muy costosa.³²

El almirante italiano Franco Maugeri acusó a Mussolini de crear «una Armada de exhibición, un gran juguete relumbrante que añadía prestigio y lustre a su régimen»,³³ pero que estaba descompensado operacionalmente. Aunque durante los años de posguerra se puso de moda achacar a Mussolini las carencias de la flota italiana, de hecho, la mayoría de fallos se debía a la falta de visión e imaginación, disputas en el alto mando italiano acerca de la forma que debía asumir la flota y rivalidades entre las diversas Armas. Una de esas disputas fue dirimida en 1923 por el Duce, cuando decretó que la fuerza aérea italiana, favorecida por su condición de arma auténticamente fascista, retendría el monopolio del poder aéreo. Dicho esto, el almirantazgo tampoco había mostrado gran entusiasmo por los portaaviones durante los años de entreguerras. Las derrotas de Tarento y Matapán persuadieron a los almirantes italianos de las virtudes de los portaaviones, demasiado tarde para completar la conversión del Roma, todavía en el astillero cuando Italia se rindió en septiembre de 1943. La ausencia de un arma aérea, más allá de un puñado de primitivos hidroaviones, significó que los almirantes italianos fueran incapaces de hacerse una clara idea del enemigo. La Armada italiana rara vez se aventuraba a operar más allá del radio de acción del apoyo aéreo basado en tierra. Los intentos, después de la Guerra Civil española, de organizar una cooperación aeronaval no pasaron de meros proyectos. Los italianos carecían incluso de los primitivos torpederos empleados con tanta efectividad por los británicos en Tarento. Además, los italianos habían desarrollado una Armada de imponentes buques de batalla sin tener la capacidad logística de suministrarla. La escasez de petróleo, cada vez mayor a medida que la guerra progresó, impuso severas limitaciones sobre el alcance operacional de la flota e incluso sobre la misma capacidad de los acorazados de salir a navegar.

El defecto final italiano –sus mandos– era común a todas las Armas italianas. Durante la década de 1930, los italianos invirtieron de manera considerable en buques de batalla. La paradoja naval de Italia era que, cuanto más aumentaba el poder de su flota, menos dispuestos parecían estar sus almirantes a arriesgarla en batalla. La perspectiva de un encuentro con la Royal Navy les llenaba de temor. Esto se debía, en parte, a la pequeña base industrial de Italia y la carencia de materias primas hacía que los barcos perdidos no pudieran reemplazarse. Por otra parte, los británicos, aunque dispersos por múltiples frentes, siempre podían traer refuerzos desde otros lugares. Para los italianos, tenía que ser una guerra que se combatiría «con lo puesto». El miedo italiano a perder buques irremplazables se traducían en falta de agresividad, lo cual permitió a los británicos controlar el tempo estratégico de la guerra en el mar. Esta actitud comenzaba por los escalones superiores, donde el almirante Angelo Iachino siguió siendo comandante de la flota a pesar de su reiterada ineptitud para forzar el combate contra tropas británicas inferiores o interceptar convoyes. Su incapacidad a la hora de aprovechar su ventaja material durante la fase inicial de la guerra, de fomentar iniciativas y lograr victorias que levantasen la moral,

permitieron que la marinería fuera afectada gradualmente por sentimientos de inferioridad e incapacidad. El audaz ataque con aviones torpederos de la noche del 11 al 12 de noviembre de 1940 de Cunningham contra la flota italiana anclada en Tarento, que presagiaba la incursión japonesa contra Pearl Harbor de un año más tarde, arrancó a la Armada italiana su frágil equilibrio. Nunca lograrían recuperarlo. Según avanzaba la contienda, el cada vez más reducido número de buques fomentaba la propensión italiana a no salir de puerto, lo cual a su vez impedía a almirantes y capitanes ganar experiencia en el mar. Incluso comandantes agresivos como el almirante Alberto Da Zara, que atacó con éxito un convoy británico en aguas de Pantelaria en junio de 1942, se veían obligados a regresar a puerto por orden de los timoratos mandos de Supermarina. La costosa inversión en barcos dejaba escasos fondos disponibles para personal y entrenamiento. Los buques italianos contaban con la mitad de oficiales que los de la Royal Navy y se veían afectados por constantes cambios de personal. Es difícil juzgar el impacto de esto sobre la capacidad de combate, pero los relatos británicos de Matapán, por ejemplo, indicaron que la disciplina de la tripulación se desmoronó por completo en el crucero pesado Pola después de que un torpedo británico le dejase fuera de combate. El trozo de abordaje del Jervis, según el capitán de fragata Walter Scott, primer oficial del destructor, «regresó explicando historias de caos a bordo [...] Los camarotes de los oficiales habían sido saqueados por la tripulación del Pola y había botellas vacías de Chianti por todas partes. Esto fue verificado por el gran número de prisioneros que mostraban signos inconfundibles de embriaguez».³⁴ Los italianos eran reacios a entrenar por la noche, por lo que no invirtieron en pólvora sin fogonazos, proyectiles iluminadores o dispositivos ópticos nocturnos, instrumentos que habrían rendido altos dividendos en Matapán. El entrenamiento inadecuado se traducía en escasa precisión en el tiro y la falta de agresividad hacía que, al contrario que los británicos, los comandantes italianos fueran demasiado tímidos como para acortar la distancia con el enemigo e intercambiar golpes.³⁵

La acción de julio de 1940 marcó la pauta de la guerra naval. La inteligencia italiana descifró un mensaje que alertaba del paso de un escuadrón británico cerca de Punta Stilo, frente a la costa de Calabria, pero el intento italiano de coordinar una emboscada con poderosas naves de batalla, armadas con artillería de mayor calibre que la fuerza británica, ataques submarinos y aéreos con base en tierra, casi a la vista de sus propias costas, contra una fuerza británica inferior y tomada por sorpresa, se vio frustrado por las tácticas timoratas y por la deficiente coordinación. Tan pronto como uno de los acorazados recibió un impacto, la formación italiana lanzó una cortina de humo y regresó a puerto. Pese a que Cunningham les persiguió hasta menos de 40 km de la costa italiana, la fuerza aérea italiana fue incapaz de interceptarlo y, aunque los aviones italianos le hostigaron en su viaje de retorno a Alejandría, no provocaron prácticamente daños a sus buques, lo cual llevó al almirante británico a concluir que la aviación enemiga no

podía privarle de su libertad de maniobra.³⁶ Diez días más tarde, delante del cabo Spada, en el norte de Creta, dos cruceros italianos dilapidaron su superior velocidad, alcance y potencia de fuego contra un contingente inferior de destructores británicos, que logró hundir a uno de los cruceros italianos.³⁷ Si bien el almirante británico Cunningham estaba descontento con el rendimiento de sus buques, antes incluso de que estuviera disponible la información de ULTRA en octubre de 1940, Punta Stilo y cabo Spada le convencieron de que el uso de tácticas ofensivas contra los italianos podía dar dividendos.³⁸ En esta fase de la guerra, un barco alcanzado por una bomba italiana tenía, sin duda, una tripulación con mala suerte. «Una y otra vez, los buques (británicos) parecían quedar enterrados bajo las altas y negras columnas de agua levantadas por una alfombra de bombas arrojadas a la vez», escribe el historiador naval Donald Macintyre de los ataques italianos de bombardeo desde gran altura. «Y una y otra vez emergían incólumes, para demostrar algo que se repitió en cada uno de los teatros de la guerra: que las posibilidades de un bombardeo horizontal, incluso de precisión, de alcanzar a un buque con libertad de maniobra, eran, si no desdeñables, como mínimo, aceptables».³⁹

En 1940, la Marina italiana estaba en el punto álgido de sus posibilidades, pero declinó pasar a la ofensiva.⁴⁰ El mando centralizado de la Armada privaba de la iniciativa a los comandantes de flota, los cuales, de todas formas, carecían de instintos agresivos. Los almirantes italianos sostenían que lanzar incursiones en el Mediterráneo oriental no supondría ningún beneficio estratégico. Incluso en caso de tomar Suez «no se lograría nada de importancia decisiva».⁴¹ Desde la perspectiva operacional, la falta de portaaviones, aviones torpederos y radar hizo que, durante los dos primeros años de la guerra, los italianos prefirieran el papel de anfitriones de las incursiones de la Royal Navy. Tarento en noviembre de 1940 fue la demostración más contundente de los riesgos de una mentalidad «de flota en potencia». Y, cuando pasaban a la ofensiva, a menudo a causa de presiones alemanas, los resultados eran desastrosos. El ejemplo más catastrófico de la ineptitud operacional y táctica de la Armada italiana tuvo lugar frente al cabo Matapán, en el sur de Grecia, el 28 de marzo de 1941, cuando las presiones germanas hicieron que el vicealmirante Angelo Iachino se hiciera a la mar con el acorazado Vittorio Veneto, 8 cruceros y 17 destructores para atacar los convoyes británicos que transportaban tropas y suministros entre Grecia y Alejandría.⁴² Tras ser avisado por ULTRA, que por primera vez en la guerra contribuyó de forma significativa a una victoria de la Royal Navy,⁴³ Cunningham hizo cambiar de rumbo a sus convoyes y se dispuso a interceptar al desprevenido Iachino. Para no alertar a los numerosos espías de Alejandría, el cónsul japonés el más notable de ellos, que observaba a la flota británica mientras jugaba al golf, Cunningham pasó la tarde en su club. Su flota de combate, compuesta por tres acorazados, un portaavio-

nes y nueve destructores, calentó calderas y zarpó el 27 tras el anochecer. Ninguno de los cuatro submarinos estacionados en la bocana del puerto de Alejandría informó de la partida de la flota.

El plan de Iachino era dividir su escuadra en dos alas, que virarían al norte y sur de Creta para atrapar los convoyes británicos en un movimiento en pinza. A primera hora de la mañana del 27 de marzo, Iachino supo por mensajes de radio interceptados que los británicos habían avistado a uno de sus escuadrones de cruceros. Cuando, esa misma mañana, supo que el portaaviones Formidable se había hecho a la mar, comprendió que se había perdido la sorpresa, por lo que consideró cancelar la operación. A media tarde, sus criptógrafos interceptaron la indescifrable orden operacional enviada por Cunningham a las fuerzas navales británicas en el Mediterráneo oriental, lo cual le alertaba de que era probable que los británicos hicieran converger efectivos sobre su flota. Al no haber en el mar convoyes que atacar, su salida ya no tenía objeto. Iachino se planteó regresar a la base, pero las presiones alemanas, combinadas con su propia insistencia en que la Armada italiana *debía hacer algo*, le hicieron mantener el rumbo. Abandonó su idea de una incursión en el Egeo, pues determinó que allí la aviación británica sería demasiado poderosa y, en lugar de eso, decidió mantener su fuerza unida al sur de Creta. En ese momento, Iachino estaba recibiendo numerosos indicios de que la flota británica se había hecho a la mar y que buscaba batalla. Pese a ello, mantuvo rumbo este.

Poco después de las 07.00 h de la mañana del 28 de marzo, aviones del Formidable avistaron a los barcos italianos a unos 55 km al sur de Creta y a 166 de la flota británica que navegaba a su encuentro. Tras un indeciso intercambio de andanadas con la fuerza de cruceros que Cunningham había dispuesto al sur de Creta, Iachino hizo virar a sus escuadrones al noroeste hacia las 14.00 h. En ese momento, tuvo lugar el ataque de cinco biplanos torpederos Albacore del portaaviones Formidable. El Albacore había entrado en liza en 1940 para reemplazar al obsoleto Swordfish. Dotado de fuselaje de metal y carlinga cerrada, podía transportar un torpedo de 730 kg a más de 1700 km de distancia, 740 más que el Swordfish. No obstante, los expertos consideraban que el Albacore no era mucho mejor que su hermano mayor, pues resultaba menos maniobrable y solo ligeramente más rápido. Los Albacore se habían incorporado al Formidable en noviembre de 1940. Matapán fue su primera misión y, aunque consiguieron alcanzar al Vittorio Veneto por su amura de babor y dañar una hélice, no lograron ralentizarlo lo suficiente como para que Cunningham pudiera atraparlo. Bombarderos británicos con base en Creta atacaron a los buques italianos, pero no consiguieron infligir ningún daño. Desesperado, Iachino pidió apoyo aéreo por radio, pero, dado que estaba en el límite del radio de acción operacional, solo pudo llegar una patrulla de Me110 del Fliegerkorps X, que les proporcionó cobertura durante apenas diez minutos antes de retornar a base. Durante el atardecer, los avio-

nes de reconocimiento británicos, que volaban unos 90 km por delante de la flota británica, espionaron a los barcos italianos, organizados en cinco columnas en torno al maltrecho Vittorio Veneto, que navegaba renqueante a 12 nudos de regreso a Tarento. Con el ocaso, una patrulla de Albacores procedente de Máleme, en Creta, consiguió abrirse paso entre el destello de los focos, el fuego antiaéreo y las cortinas de humo y alcanzaron de lleno al crucero Pola, el cual, con calderas inundadas y los circuitos eléctricos fuera de servicio, quedó inmovilizado. Cunningham navegó hacia el nordeste, ansioso por entrar en contacto con la flota italiana antes del amanecer, cuando la intervención de la aviación con base en tierra hizo insostenible su posición.

Mientras el acorazado de Iachino navegaba renqueante a su base, el radar del Valiant descubrió un buque inmóvil unos 11 km a proa. Los británicos esperaban que se tratase del Vittorio Veneto, pero, de hecho, era el Pola. Mientras los barcos de Cunningham se dirigían sobre el maltrecho crucero italiano, a las 22.30 h, de repente, los serviolas avistaron grandes moles que navegaban en línea a unos 4 km a proa. Se trataba de los cruceros Zara y Fiume y una escolta de destructores que Iachino, cegado por la falta de reconocimiento aéreo y de radar, e ignorante de la posición de Cunningham, había despachado para rescatar al Pola. La flota británica, alertada por radio de onda corta, se situó en posición en silencio, mientras los oficiales de control de tiro rotaban las torretas hacia las siluetas oscuras, situadas a apenas 3 km de distancia. De repente, el destructor Greyhound, en cabeza de la línea británica, encendió su foco e iluminó de lleno a lo que Cunningham recordó como la «silueta azul plateada» del Fiume. Las alarmas de tiro sonaron en el Warspite y en el Valiant, señal que hizo estallar a ambos barcos en un muro de llamaradas naranjas. Los infortunados italianos, que navegaban en línea, desprevenidos, con los cañones apuntando a proa y popa, nunca supieron qué había pasado. Los británicos pudieron ver cómo sus proyectiles de 381 mm recorrían el haz de luz del Greyhound y destrozaban al Fiume de proa a popa. Las bengalas alumbraban aún más la escena. La torreta de popa del crucero se precipitó al mar y la nave se escoró con violencia a estribor y comenzó a hundirse. A continuación, los británicos apuntaron sus cañones hacia el Zara, donde observaron columnas de marinos, que, presas del pánico, corrían por las cubiertas hacia sus puestos de combate; muy pocos llegarían a ocuparlos. En tres minutos, el Zara, al igual que el Fiume, se había convertido en una pira de llamaradas naranjas, después de que miles de kilos de acero hubieran destripado al crucero italiano. Las calderas del Zara estallaron y su torreta de proa, impactada por un proyectil británico, fue a caer al mar tras dar una pirueta en el aire. Los marinos británicos podían ver a los italianos saltar por la borda. Era, recordó uno de ellos, como ser espectador de un partido de rugby muy desigual: «Una extraña mezcla de euforia, triunfo y conmisericordia».⁴⁴ Los cascos carbonizados de los cruceros italianos se fundieron en el mar y se desvanecieron de las pantallas de los radares británicos.

A continuación, los focos del Greyhound iluminaron al destructor Alfieri, al que una andanada del Barham disparada desde apenas 3000 m convirtió en una ruina humeante. Los tres destructores de la retaguardia de la línea italiana pusieron proa hacia los británicos. Uno lanzó un torpedo, que obligó a Cunningham a virar 90° sus acorazados y a darles orden de apartarse de la batalla mientras sus destructores remataban a los buques italianos. Dos de los tres destructores italianos supervivientes lograron escapar, pero el Carducci fue alcanzado por el Stuart. Torpedeado y cañoneado, la cubierta del destructor italiano no tardó en quedar inundada. Como chacales en persecución de una presa herida, los destructores británicos acechaban al inerte Pola, que fue encontrado pasada la medianoche. El buque italiano se balanceaba indefenso, sin potencia motor ni luz, e incapaz, o sin voluntad, de rotar sus cañones. El Havelock le disparó dos proyectiles; a su tripulación les parecía tan desproporcionadamente grande, que creyeron que se trataba de un acorazado. Se declararon dos pequeños incendios. Pero, aparte de eso, el Pola parecía intacto. Otros dos destructores llegaron a las 01.40 h. Sus focos mostraron la desmoralizada tripulación del Pola apelonada en las cubiertas alfombradas de restos, «ansiosos por rendirse», remarcó un oficial británico. El destructor Jervis se abarloó al Pola y, pese a la decepción de los marinos británicos, algunos de los cuales se habían armado con sables para tomarlo al abordaje, comenzó a embarcar a los 257 marinos italianos, muchos de ellos borrachos, que permanecían a bordo. Dos torpedos remataron al Pola. La aceitosa superficie quedó cubierta de grupos de botes salvavidas, balsas, hombres que se aferraban a los restos y cadáveres flotantes. El trabajo de rescate se vio perturbado al amanecer por la aparición de aviones alemanes. Cunningham no tenía otra opción que volver a Alejandría. Dos días más tarde, el barco hospital italiano Gradisca, alertado por Cunningham, recogió a más de 150 supervivientes que habían quedado en el agua. Destructores griegos recogieron a algunos más. Tan solo dos destructores italianos escaparon a la masacre de Matapán. Perecieron 2303 marinos italianos, derrota que un autor definió como el Caporetto de la Marina italiana.⁴⁵

Matapán puso de relieve importantes deficiencias de las operaciones navales italianas. Entre otras, la carencia de radar, que permitió a los británicos localizar al Pola y sorprender a los buques enviados en su rescate, una inadecuada capacidad para operar de noche, mala inteligencia y ausencia de cooperación aeronaval. Un comité de investigación declaró culpable a Iachino de haber enviado a los barcos en ayuda del dañado Pola y condenó, en términos generales, su incapacidad de comprender la situación. Matapán también añadió un clavo más al ataúd de las relaciones germano-italianas. El jefe de la sección de enlace de la Armada alemana en Roma concluyó que Supermarina estaba dirigida por incompetentes y que oficiales germanos debían hacerse cargo de la flota italiana. El Estado Mayor

naval de Berlín apoyó sus puntos de vista y criticó con dureza la ineptitud táctica y el inadecuado entrenamiento de la Marina italiana. Por tanto, su conclusión fue que, en el futuro, los alemanes no debían animar a los italianos a emprender operaciones ambiciosas que estaban, a las claras, por encima de sus capacidades, por temor a que los alemanes fueran hechos responsables del fracaso. Los oficiales italianos les pagaron con la misma moneda y responsabilizaron a los germanos, en primer lugar por forzar la operación y por su incapacidad de proporcionar información adecuada, así como por el mediocre apoyo aéreo.

La única explicación de la derrota en la que ambos socios del Eje se mostraron de acuerdo era en la traición; se convirtió en una interpretación popular del desastre de Matapán y se utilizó también para explicar las elevadas pérdidas italianas en los convoyes del norte de África. Los alemanes, Rommel incluido, también recurrieron a la traición como una cómoda descripción de la incapacidad italiana de abastecer de manera adecuada el norte de África, así como de las derrotas del Eje en 1942 en dicha área. Matapán confirmó y profundizó el sentimiento de inferioridad de la Armada italiana. Iachino, uno de los pocos inconformistas de esa Arma, había cosechado el resultado de buscar batalla con una flota técnicamente inferior, sin cobertura aérea, en una operación sin objetivo claro. Esta advertencia hizo que otros oficiales italianos fueran reacios a entrar en combate contra los buques británicos, en especial por la noche, cuando la falta de radar, de entrenamiento en operaciones nocturnas y pólvora sin destello, les colocaba en una grave desventaja. Por encima de todo, Matapán consolidó el predominio naval británico en el Mediterráneo, por lo que, aunque duramente hostigada desde el aire, la evacuación británica de Grecia y Creta se llevó a cabo libre de interferencias navales italianas, que podrían haber transformado una operación británica poco exitosa en un desastre.⁴⁶

Cuando la presión británica obligó a los italianos a formar convoyes, sus anticuadas técnicas de guerra antisubmarina y sus pésimas capacidades antiaéreas les condenaron al fracaso. Los submarinos italianos, aunque numerosos, eran lentos, estaban mal ventilados, tenían periscopios cortos que prácticamente les obligaban a mantenerse en superficie para apuntar sus defectuosos torpedos, lo cual era una maniobra suicida en las claras aguas del Mediterráneo. Y, aunque las tácticas submarinas italianas mejoraron su efectividad, los británicos siguieron sorprendiendo submarinos italianos en superficie a la luz del día, probablemente porque las fugas de combustible viciaban el aire, lo que obligaba a los submarinistas italianos a tener que escoger entre asfixia o ser destruidos en superficie. Estas deficiencias se compensaron, en parte, con la llegada de U-boot alemanes que, en noviembre de 1941, se anotaron un doble éxito al hundir el portaaviones Ark Royal y el acorazado Barham. Pero los U-boot nunca fueron numerosos en el Mediterráneo y sus ataques tampoco fueron constantes.⁴⁷

Uno de los verdaderos puntos fuertes de la Armada italiana residía en sus fuerzas especiales, si bien fueron relegadas al comienzo de la guerra. La X MAS (Motoscafo Armato Silurante [Flotilla de Medios de Asalto]) italiana disponía de una gama de armamento que incluía submarinos de bolsillo, lanchas motoras explosivas, hombres rana y torpedos tripulados denominados «cuadrigas» o, de manera más coloquial, *maiale* («cerdo»).* Estos sumergibles se guiaban hasta sus objetivos, donde se desprendía la cabeza explosiva del «cerdo», se fijaba al casco del objetivo y se activaba el temporizador. Los ataques de los submarinos de bolsillo contra Alejandría de agosto y septiembre de 1940 fracasaron, como también lo hizo el asalto de octubre contra Gibraltar. Sin embargo, lanchas motoras explosivas alcanzaron al crucero York en marzo de 1941. La operación italiana más exitosa tuvo lugar en Alejandría en diciembre de 1941, cuando tres *maiale* fueron soltados por el submarino Sciré a menos de 2 km de la bocana del puerto. Por un golpe de suerte, consiguieron seguir la estela de destructores británicos que regresaban de patrullar para superar las redes defensivas y acceder al fondeadero. Uno de los «cerdos» se averió y se hundió, pero uno de sus operarios lo fue empujando por el fondo del puerto hasta colocarlo debajo del acorazado Valiant, donde activó el temporizador de la carga explosiva. Los dos hombres rana fueron capturados al salir a la superficie, pero rehusaron revelar el propósito de su misión hasta que su vehículo estalló y el Valiant se hundió en el puerto. Un segundo equipo voló la popa de un petrolero; la explosión también dañó a un destructor próximo. El tercer equipo hundió el buque insignia de la flota, el Queen Elizabeth, y logró escapar a Alejandría. Los dos italianos podrían muy bien haber alcanzado al submarino italiano enviado a rescatarlos frente a Rosetta de no ser por las divisas inglesas que llevaban, de curso ilegal en Egipto, que provocaron su arresto. Esta espectacular incursión, venganza de la incursión de noviembre de 1940 contra Tarento, fue particularmente devastadora para los británicos, pues llegó pocos días después del hundimiento a manos de los japoneses, el 10 de diciembre de 1941, del Prince of Wales y del crucero de batalla Repulse, que suponía el envío al Lejano Oriente de parte de los recursos navales de Gran Bretaña, cada vez más escasos.⁴⁸ Pero, aunque los éxitos de estos ataques sutiles eran, en ocasiones, espectaculares, no inclinaron la balanza estratégica en el Mediterráneo. El efecto de las operaciones especiales era más psicológico que de desgaste.⁴⁹

El hecho de que Mussolini no avisase a su Marina mercante de que iba a declarar la guerra provocó que en junio de 1940 se perdieran 254 de los 786 cargueros italianos de más de 500 toneladas de registro bruto, es decir, una tercera parte de dicha Marina mercante. Esto fue compensado, en

* N. del T.: (sic). En realidad, *chariot* (cuadriga) es el nombre que se dio a la copia británica del *maiale* italiano. El nombre oficial del *maiale* era SLC (Siluro a Lenta Corsa [Torpedo de Marcha Lenta]).

parte, por el hecho de que se refugiaron en puertos italianos 54 cargueros alemanes. Pero, para una nación que no solo tenía que suministrar teatros de operaciones en ultramar, sino que también dependía mucho de la navegación de cabotaje, incluso en tiempos de paz, la negligencia de Mussolini era un importante autogol, antes incluso del comienzo de las hostilidades. A medida que el conflicto fue progresando, Italia tuvo que recurrir a buques cada vez más pequeños para el transporte de carga, lo cual reducía la eficiencia.⁵⁰ Tampoco ayudaba a la lucha por suministrar al norte de África el hecho de que los estibadores italianos saqueasen los cargamentos de forma regular.⁵¹

Los socios del Eje fueron tan incapaces de coordinar su estrategia en el mar como en tierra. Ninguno de los dictadores estaba cómodo comandando fuerzas navales. Hitler consideraba que el eslogan de los años previos a la Primera Guerra Mundial, «Nuestro futuro está en las aguas», era una equivocación vergonzosa.⁵² No compartían una doctrina naval común. Mientras que la Armada alemana estaba organizada para una estrategia de *guerre de course*, de «golpea y escapa» contra el comercio enemigo, los marinos italianos adoptaron la filosofía mahaniana de la «flota en potencia», en la que la mera existencia de la flota paraliza a la enemiga y le impide causar daño. El oficial de enlace germano comentaba con sarcasmo que «flota en potencia» se traducía en italiano como «buscar la mayor seguridad posible».⁵³ En pocas palabras: Italia era una flota portuaria cuyo máximo objetivo, como observaron los alemanes, era sobrevivir a la guerra, incluso aunque Italia la perdiese.⁵⁴

Felix

El que el Eje no pudiera cortar a los británicos el acceso al Mediterráneo occidental debe ser considerada su tercera oportunidad perdida, junto con la incapacidad de tomar Malta y Egipto y de aprovechar la vulnerabilidad temporal de la Royal Navy. Al igual que otros fracasos del Eje, la herida fue autoinfligida y consecuencia de su incapacidad para formular objetivos estratégicos claros en el Mediterráneo, donde los intereses de Berlín, Roma, Madrid y Vichy entraban en conflicto. A finales del verano de 1940, los esfuerzos alemanes de someter a Gran Bretaña comenzaban a flaquear, por lo que Hitler comenzó a buscar otras opciones. El Mediterráneo parecía ofrecerle espacio de acción. Hitler quería coordinar un ataque contra Gran Bretaña con ofensivas simultáneas sobre Egipto y Gibraltar. El dominio británico de Gibraltar parecía depender de un hilo, el de la voluntad de Franco. Felix fue planificada en agosto. Se trataba de un plan en tres fases que incluía un ataque por sorpresa de la Luftwaffe sobre Gibraltar, seguido de un bombardeo sistemático de las defensas del puerto. Un asalto terrestre sometería a la guarnición británica, preludio del paso de dos divisiones alemanas a Marruecos. Raeder persuadió a Hitler de que Gibraltar debía estar controlada antes de que Estados Unidos entrase

en guerra. La ocupación de la base británica también forzaría a los británicos a circunnavegar África para reforzar el Mediterráneo oriental, lo que sometería a máxima presión a su tonelaje mercante. Gibraltar proporcionaría a la Marina alemana una base fuera del radio de acción de la aviación con base en Gran Bretaña y permitiría a los U-boot de Raeder operar en el Atlántico central.⁵⁵ La fecha de inicio prevista para Felix era el 10 de enero de 1941; la misión de Hitler, conseguir que Franco aprobase el plan.⁵⁶

En octubre de 1940, Hitler viajó a Hendaya, en la frontera española con Francia, para convencer a Franco de la solidez de su plan. La entrevista fue un desastre. Que el líder español hiciera esperar al Führer en la estación ferroviaria hizo que la reunión comenzase con mal pie. Cuando Franco llegó al fin, se produjo una instantánea antipatía. Franco, bajito, moreno y con sobrepeso, no encajaba en absoluto en la visión de Hitler de un *Übermensch* fascista, sino todo lo contrario. ¡Franco parecía sacado de un estudio nazi del hombre judío modelo! Tampoco se ganó a Hitler al adoptar su habitual aire de autocomplacencia para aleccionarlo, con su voz aguda y cuartelera, de que Gran Bretaña podía resistir y sobrevivir a todo lo que Alemania pudiera lanzar contra ella. El insulto final de Franco fue rehusar firmar el protocolo que Hitler puso ante él. Hitler, a su vez, no disimuló su impaciencia y su desdén por un país pedigüeño que se comportaba como si todavía dominase el mundo, de Lima a Roma, y reiteró que prefería pasar horas en la consulta del dentista que soportar otro encuentro con el caudillo.

La reunión Hitler-Franco en Hendaya supuso la introducción del dictador alemán en las complejidades políticas mediterráneas y lo que vio no le gustó. Franco no había demostrado gratitud suficiente por el importante papel de Alemania en su victoria de 1939. A cambio de su oferta de ayuda para recuperar Gibraltar, tras casi 250 años de dominación extranjera, el líder español puso unas condiciones sorprendentemente osadas para la entrada de España en la guerra del lado del Eje. Encabezaba la lista el equipamiento de las anticuadas fuerzas armadas españolas y la transferencia del sector francés de Marruecos junto con la provincia de Orán, en Argelia oriental, donde residía un gran número de inmigrantes españoles. Cuando Hitler solicitó la instalación de una base alemana en las Canarias, Franco lo desdeñó categóricamente. En privado, Hitler calificó las exigencias de Franco de «mercantilismo judío» y sugirió que un hombre tan desagradable, desagradecido y mercenario debía de tener antepasados judíos. En verdad, con su reivindicación de Marruecos y Orán, Franco situó a Hitler ante la misma disyuntiva que planteaba Mussolini con sus exigencias de Niza, Córcega y Túnez. Las ganancias de los aliados mediterráneos de Hitler debían ser a costa de los franceses. Hitler había hecho una paz blanda con Francia en 1940, precisamente porque quería neutralizar el imperio francés, y con él la flota francesa. Mazalquivir y el ataque anglogaullista contra Dakar reforzaron el punto de vista, en especial en la Kriegsmarine, de que

se debía reforzar la capacidad defensiva de la Francia de Vichy. Ceder a las peticiones de Franco en Marruecos y Argelia garantizaría de manera virtual la defección de la Francia imperial al campo aliado y haría que se tuvieran que enviar tropas a Francia para misiones de ocupación.

Los alemanes continuaron preparando Felix, pero los españoles rechazaron comprometerse. Los sucesos en los Balcanes y la planificación de la invasión de la Unión Soviética comenzaron a competir con Felix por recursos y atención. Al final, el 8 de diciembre de 1940, Franco rehusó permitir la ejecución de Felix con la excusa de la debilidad de la economía española. El subsiguiente intento de Mussolini, en febrero de 1941, de persuadir al español para que se uniera al Eje también fue desestimado. Sin embargo, hubo un aspecto en que la negativa de Franco supuso una ventaja estratégica, pues concedió a Hitler mayor libertad para tratar con los franceses.⁵⁷

Mazalquivir

Mientras el Eje estudiaba la mejor forma de explotar la dispersión de Gran Bretaña en el Mediterráneo, Londres pugnaba por capear el repentino cambio de la situación estratégica provocado por el colapso de Francia. Por una parte, la capitulación de Francia supuso un enorme revés para Gran Bretaña. Significaba que, al contrario que durante la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña y Estados Unidos debían combatir para entrar en el continente. El colapso de Francia también precipitó la entrada de Mussolini en la guerra, por tanto, Gran Bretaña tenía otro enemigo que vencer y otro teatro que combatir. La quisquillosa actitud del régimen de Vichy, ansioso por mantener su independencia pero inevitablemente obligado a pactar con su ocupante, hacía aún más enrevesada la ecuación estratégica en un teatro de mareante complejidad. La Royal Navy había perdido acceso a Orán, Argel, Philippeville, Bizerta y Sfax, por no mencionar Ajaccio, Bastia, Tolón y Marsella, así como Dakar, en el África Occidental Francesa. Al ser Malta la única base británica en el Mediterráneo central, la balanza estratégica se inclinaba claramente del lado de Italia. Al final, en un momento en que Gran Bretaña se enfrentaba a la posibilidad de una invasión, la anexión de la Armada francesa por parte del Eje podría costarle la guerra a Gran Bretaña. Y, aunque las autoridades francesas eran categóricas en sus afirmaciones de que hundirían su flota antes de permitir que fuera confiscada, ¿qué garantías tenía Londres de que esta promesa podía, o fuera a ser, respetada? De hecho, la Royal Navy se había visto obligada a compeler al acorazado Richelieu a regresar a Dakar cuando intentó dirigirse a Brest. ¿Tenía que pasar toda la guerra vigilando a los barcos franceses, además de a los del Eje?

Por otra parte, si se considera desde la distancia, la derrota de Francia ofrecía a Gran Bretaña además de un desafío, también una oportunidad. De no haber caído Francia, Mussolini no habría entrado en el conflicto, al menos

no en junio de 1940. Sin un teatro mediterráneo, los combates habrían quedado confinados al norte de Europa, donde, al igual que durante la Primera Guerra Mundial, los alemanes habrían resultado muy difíciles de derrotar. Y, aunque el Mediterráneo albergaba serios peligros para Gran Bretaña, a largo plazo, señalaba un camino de regreso a la guerra para Londres y, en un momento dado, incluso para Francia. Era el lugar en el que la fricción y mala gestión del Eje podía ser puesta en evidencia y explotada. Gran Bretaña podría demostrar su resolución combativa, anotarse victorias y formar y endurecer sus fuerzas para la invasión del continente. Aunque la abundancia y complejidad de las opciones estratégicas del Mediterráneo confundían por igual a los aliados y al Eje, la neutralidad francesa dañaba más a Hitler que a Churchill en el Mediterráneo. De hecho, Hitler se podía haber preguntado si, después de todo, había sido un acierto derrotar a Francia. De repente, contaba con un aliado italiano de dudoso valor. Se veía obligado a mirar al sur, a un teatro en el que no tenía interés. Tenía que dispersar aún más sus efectivos. Finalmente, la necesidad de mantener neutral a Francia restringió de forma severa las opciones estratégicas de Alemania en el Mediterráneo.

A primera vista, el ataque de la Royal Navy contra su antiguo aliado en Mazalquivir, el puerto de Orán, el 3 de julio de 1940, fue un suceso feliz desde la perspectiva del Eje. Las relaciones entre los aliados se deterioraron con rapidez una vez que Francia entabló negociaciones de armisticio con Alemania. En Burdeos, donde el Gobierno francés buscó refugio, la anglofobia alcanzó niveles desconocidos desde el incidente de Fachoda de 1898. En Londres, las críticas a los derrotistas *frogs* habían alcanzado proporciones de epidemia y el primer lord del mar, almirante *sir* Dudley Pound, exigió a sus homólogos franceses la devolución de todas las claves, mapas de campos de minas e información secreta. La desconfianza era absoluta. El armisticio firmado entre Francia y Hitler en junio de 1940 provocó una profunda inquietud en el Gabinete de Guerra acerca de la disposición de las fuerzas navales francesas. Los alemanes, y luego los italianos, descartaron cualquier intención de hacerse con los buques franceses. El 27 de junio, el almirante Jean Darlan informó a Londres: «Repito que la flota se mantendrá francesa o no existirá».⁵⁸ No cabía duda de que los dirigentes franceses eran sinceros en su insistencia de que hundirían la flota antes que cambiar de bando. Pero ¿qué valor tenía esa garantía? El artículo 8 del documento del armisticio otorgaba al Eje el *contrôle* de los barcos franceses. ¿Qué significaba eso exactamente? Los británicos lo interpretaron como «control», cuando, de hecho, el significado era algo más parecido a «verificación administrativa». Incluso los expertos navales británicos señalaron que alemanes e italianos nunca podrían disponer de tripulaciones suficientes para los buques franceses, incluso en caso de que los capturasen.

Aun así, Churchill no podía fiar la supervivencia de Gran Bretaña a interpretaciones semánticas de unas negociaciones de armisticio realizadas bajo

presión con unas potencias que, hasta el momento, no habían demostrado ninguna inclinación a cumplir su palabra. Asimismo, al negociar un armisticio, los franceses habían roto uno de los pilares básicos de la entente anglofrancesa. En pocas palabras: París estaba desertando, estaba rompiendo el contrato. Incluso Neville Chamberlain, un hombre célebre por conceder el beneficio de la duda a líderes extranjeros de incierta catadura, consideraba que los franceses «se habían comportado de forma abominable». Churchill optó por pasar a la acción. Los riesgos de no hacer nada eran elevados. Asimismo, una acción contundente contra los franceses había obtenido la aprobación previa tanto del Gobierno estadounidense, que compartía los temores del primer ministro con respecto al equilibrio naval, y de la opinión pública británica.⁵⁹

El 27 de junio de 1940, Churchill ordenó impedir a los buques franceses regresar a sus bases en Francia. Preocupaba en especial la predisposición de la Fuerza X, al mando del almirante René-Émile Godfroy en Alejandría, y la flotilla del almirante Marcel-Bruno Gensoul con base en Mazalquivir, formada por dos cruceros de batalla modernos, dos acorazados, un portahidroaviones y seis destructores. En Alejandría, las dos flotas estaban ancladas una junto a otra, por lo que Cunningham no tenía ningún deseo de provocar una batalla que dejaría fuera de servicio, a corto plazo, a su principal base del Mediterráneo oriental. También deseaba tener malas relaciones con los franceses, los cuales formaban una numerosa colonia en Egipto que incluía a los ingenieros que operaban en el canal de Suez. Los capitanes británicos visitaron a sus homólogos en los barcos franceses, al tiempo que se mostraban grandes carteles escritos en francés en los que se expresaba su deseo de no tener que combatir. Tras cierta confusión, los franceses aceptaron desmilitarizar sus buques e internarlos en Alejandría mientras durase el conflicto, con gastos a cargo de los británicos.

Las cosas no fueron tan fáciles en el puerto militar de Mazalquivir, situado a unos 5 km al oeste de Orán. La mañana del 3 de julio, la «Fuerza H» de Gibraltar, con el portaaviones Ark Royal, con 30 aviones torpederos y 24 cazas; los acorazados Hood, Valiant y Resolution, todos armados con piezas de 381 mm; dos cruceros ligeros y once destructores al mando del almirante *sir* James Somerville, se presentó ante Mazalquivir. Los cruceros de batalla franceses Dunkirk y Strasbourg; dos acorazados, el Bretagne y el Provence; el portahidroaviones Commandant Teste, estaban abarloados unos junto a otros, con las popas contra el rompeolas, vigilados desde el fuerte que corona la colina de Santon, que se alza más de 300 m sobre el mar. Además, abarrotaban el puerto seis destructores y una variopinta flotilla de submarinos, torpederos, buques auxiliares, patrulleros y dragaminas. La misión, según Churchill, «era una de las más desagradables a las que un almirante británico había tenido nunca que enfrentarse». El almirante Somerville comunicó a los franceses que tenía propuestas que «les permitirían a ellos y a los valerosos y gloriosos franceses seguir a nuestro lado». El destructor Foxhound ancló justo

en el límite de las defensas del puerto a las 08.05 h. A bordo estaba el capitán Cedric Holland, antiguo agregado naval en París, de 51 años de edad, que solicitó permiso para reunirse con el almirante Gensoul, a quien conocía en persona. Gensoul envió su lancha al Foxhound para informarle de que estaba demasiado ocupado como para verlo. A continuación, informó a Somerville de que sus propuestas «no merecían mayor comentario» y le ordenó alejarse. Holland no estaba dispuesto a dejarse convencer, por lo que saltó a la balleñera del Foxhound y navegó hacia el Dunkirk, buque insignia de Gensoul, pero fue interceptado por la lancha del almirante. Holland entregó un sobre al ayudante del almirante, Bernard Dufay, y le dijo que esperaría la réplica de Gensoul. Hacia las 09.35 h, este abrió el sobre. Vio que se le daban cuatro opciones: seguir combatiendo desde un puerto británico; navegar a un puerto británico, desde donde sus tripulaciones serían repatriadas a Francia; navegar a un puerto francés en las Indias Occidentales, como Martinica, donde serían desmilitarizados y confiados a la jurisdicción de Estados Unidos mientras durase la guerra; o hundir sus buques.

El ultimátum de Somerville sorprendió a los marinos franceses en un momento de confusión en el que a su capacidad de decisión lo enturbiaba el caos de la derrota, la humillación del armisticio y los debates en el campo francés sobre si debían combatir o deponer las armas. Existía también un profundo resentimiento de la Armada francesa hacia su aliado y rival británico, bajo cuya sombra habían operado siempre. En menos de treinta minutos, Holland recibió la réplica de Gensoul, que decía que los buques franceses no serían entregados a los alemanes y que estaba dispuesto a «responder a la fuerza con la fuerza». Mientras tanto, Gensoul indicó a sus superiores que disponía de seis horas para hundir sus buques, sin mencionar las otras alternativas. El almirante Maurice Le Luc, jefe de Estado Mayor del almirante Jean-François Darlan, comandante de la Armada gala, replicó que Gensoul había de prepararse para el combate. Gensoul ordenó a sus buques calentar calderas para salir, un proceso que, habitualmente, requería seis horas. Cuando los aviones de reconocimiento británicos reportaron que los franceses se disponían a levar anclas, Somerville ordenó a sus barcos lanzar cinco minas magnéticas en la embocadura del puerto hacia las 13.30 h. Este «acto beligerante» aumentó el resentimiento francés y además no logró bloquear la entrada del puerto. Mientras tanto, Gensoul, que trataba de ganar tiempo hasta que sus buques estuvieran preparados, ofreció reunirse con Holland para una «conversación honesta». Holland fue recibido a bordo del Dunkirk a las 16.15 h y observó que las tripulaciones estaban en sus puestos, que los cañones apuntaban al mar y que había remolcadores preparados en la proa de cada acorazado. También comprendió que, probablemente, Gensoul había empleado el tiempo para hacer que sus submarinos armasen sus torpedos y que las baterías costeras y los aviones se preparasen para el combate. El calor sofocante del camarote del almirante contrastaba con la fría formalidad con la que Gensoul recibió a Holland. El francés rechazó

con indignación y rabia los temores de Holland de que los barcos franceses fueran a caer en manos del Eje y refutó con obstinación el argumento de que navegar rumbo a Estados Unidos cumpliría con el espíritu de las órdenes del almirante Darlan del 24 de junio. En este punto, Gensoul salió de su camarote para recibir un mensaje de Darlan que le comunicaba que todos los buques franceses en el Mediterráneo occidental habían recibido orden de converger sobre Mazalquivir. Cuando regresó, Gensoul informó a Holland de que estaba dispuesto a desarmarlos allí donde estaban, lo que se comunicó a Somerville. Holland se disponía a abandonar el Dunkirk a las 17.25 h cuando un mensaje de Somerville informó a Gensoul de que abriría fuego a las 17.30 h. Los británicos habían interceptado la comunicación francesa a Gensoul de que venían refuerzos. Gensoul dijo *adieu* a Holland de una forma que al inglés le sorprendió por lo amistoso del tono, dada la tensión y el hecho de que las dos flotas estaban a punto de entablar combate.

Cuando Holland llegó al Foxhound, los primeros proyectiles comenzaron a caer sobre los buques franceses. El acorazado Bretagne estalló y zozobró con su tripulación de más de 1000 marinos. Los franceses no podían ni maniobrar ni alinear todas sus piezas contra los británicos, que tiraban desde 13 700 m, con visibilidad máxima y apoyados por observadores aéreos. Los franceses dejaron de retornar el fuego en menos de treinta minutos. El Dunkirk, buque insignia de Gensoul, estaba fuera de combate y el Provence había embarrancado. El destructor Mogador, con la popa volada, consiguió anclar en aguas poco profundas. A las 18.10 h, Somerville cesó el fuego para permitir a los franceses abandonar los barcos y para situarse fuera del alcance de las baterías costeras o de los submarinos que pudieran haber puesto rumbo hacia sus naves. Milagrosamente, el Strasbourg, precedido por cinco destructores, oculto en la confusión y el humo, consiguió escapar navegando lo más cerca posible de la costa para evitar las minas magnéticas fondeadas por los británicos. Alertado por los aviones del Ark Royal, Somerville le dio caza, pero el Strasbourg le llevaba 40 km de ventaja. Llegó a Tolón al día siguiente, junto con siete destructores y el Commandant Teste. También aprovecharon la oportunidad de llegar a Tolón seis cruceros desde Argel. La mañana siguiente, tres oleadas de torpederos del Ark Royal consiguieron impactar un torpedo contra la amura del Dunkirk. La operación le costó cinco aviones a Somerville. En Dakar, en el África Occidental Francesa, aviones procedentes del portaaviones Hermes causaron suficientes daños al acorazado Richelieu como para dejarlo fuera de servicio un año. Alrededor de 200 barcos franceses, en su mayoría pequeños u obsoletos, fueron capturados en los puertos británicos, en una operación que confirmó los temores de Churchill acerca de la facilidad con la que los alemanes podían haberse hecho con los buques franceses. Unos 3000 de los 12 000 marinos franceses internados optaron por unirse a las fuerzas navales de la Francia Libre. El resto fue repatriado. No se lanzaron más ataques contra los buques franceses por temor a represalias.⁶⁰

Los franceses, por descontado, estaban furiosos ante lo que consideraban una nueva deslealtad de la pérfida Albión. Los británicos habían utilizado su condición de aliados para acercarse a un puerto francés y masacrar a traición a casi 1300 marinos. En Londres, Charles de Gaulle se ahogaba de rabia; el movimiento de la Francia Libre estuvo a punto de disolverse y el reclutamiento se desplomó. Los alemanes estaban encantados y denunciaron el «cobarde ataque británico», al que calificaron de «piratería», e insistieron en que no hacían falta más pruebas de que «los ingleses combatirían hasta el último francés». Por suerte para los británicos, en Vichy la calma prevaleció sobre los llamamientos de venganza de Darlan. «Démonos un tiempo de reflexión», comunicó a sus colegas el mariscal Pétain, responsable del Gobierno de Francia. «El ataque contra nuestra flota es una cosa, la guerra es otra».⁶¹ El importante contingente aéreo francés del norte de África habría hecho la vida aún más difícil a Malta de lo que ya iba a ser, mientras que las bases francesas situadas por toda África podrían haber conseguido que la circunnavegación por el cabo fuera una empresa más peligrosa de lo que ya era. Siria podría haber servido de base desde la que desestabilizar la posición de Gran Bretaña en Oriente Medio. La hostilidad de la gran comunidad francesa de Egipto podría haber supuesto un serio problema. Y, aunque Vichy se conformó con protestar y con lanzar un ataque aéreo testimonial contra Gibraltar, los británicos pagaron el precio de Mazalquivir en Dakar en septiembre de 1940, en Siria durante el verano de 1941 y en el desembarco en el norte de África de noviembre de 1942. Los «mártires» de Mazalquivir pasaron a formar parte de manera permanente del arsenal de propaganda antibritánica de Vichy: en los cines franceses se mostraban a menudo imágenes del cementerio con casi 1300 cruces.

Pero, en conjunto, Mazalquivir rindió importantes dividendos a los británicos. El ataque, aunque en muchos aspectos ineficaz, eliminó de manera virtual la amenaza, por más remota que fuera, de que la Armada francesa cayera en manos hostiles, al menos a corto plazo. Pero fue aún más importante el hecho de que permitió a Gran Bretaña demostrar su resolución. Lo que el *The Times* describió como una «victoria melancólica» unió al pueblo británico. El Parlamento británico escuchó en silencio mientras Churchill describía la acción, pero estalló en vítores cuando concluyó que Mazalquivir, «debe ser, por sí mismo, suficiente para despachar, de una vez por todas, las mentiras y rumores [...] de que tenemos la más mínima intención de entablar negociaciones [...] con los Gobiernos alemán e italiano. Por el contrario, continuaremos la guerra con el máximo vigor y por todos los medios a nuestra disposición, hasta que el justo fin que nos llevó a entrar en ella se haya cumplido». En el extranjero, las noticias fueron igual de excitantes, pues, en aquel momento, muchos creían que Londres cerrar un armisticio. Grecia, Turquía y Yugoslavia vieron en Mazalquivir la primera señal de que Gran Bretaña tenía plena intención de ganar la guerra, por lo que se sintieron menos inclinados a seguir las directivas

del Eje. En Estados Unidos, el ataque británico sirvió de antídoto contra los partidarios del apaciguamiento en el seno del departamento de Estado, como el embajador Joseph Kennedy, que afirmaba que Gran Bretaña estaba acabada. De hecho, Harry Hopkins, confidente del presidente Roosevelt, insistió en que Mazalquivir había convencido al presidente estadounidense de que la resistencia británica iba en serio.⁶² La opinión pública estadounidense comenzó a ver a Gran Bretaña como un David que hacía frente al Goliat del Eje, una impresión que reforzaron las batallas aéreas sobre Gran Bretaña de finales del verano.⁶³ Mazalquivir también fue el primer paso para fortalecer la organización de la Francia Libre. Era el comienzo del fin de la ilusión francesa de que sus diferencias eran solo malentendidos temporales entre colegas. Vichy puso precio a la cabeza de los seguidores de Charles de Gaulle, a los que consideraba traidores, colaboradores del plan inglés de aprovechar la derrota de Francia para robarle sus colonias.

Al final, Mazalquivir sorprendió a Hitler, que pensó que los británicos se habían vuelto locos. A corto plazo, provocó un «incómodo interés» en el Mediterráneo; incómodo porque le obligó a dedicar su atención a la necesidad de poder naval y a operaciones marítimas, en las que nunca se sentía cómodo. Además, cuanto más estudiaba Hitler sus opciones estratégicas en ese mar, más le descorazonaba la complejidad de las contrapartidas. Mazalquivir provocó la primera muestra de interés de Hitler en Creta. Urgió a los italianos a tomarla, así como Chipre. Mussolini, no obstante, dedicaba toda su atención a Grecia y a las islas jónicas.⁶⁴ Mazalquivir acabó de persuadir a Hitler de que los franceses, que no le inspiraban gran confianza, se defenderían de los británicos. La reunión de la comisión de armisticio en Wiesbaden decidió que, dadas las circunstancias, no insistiría en el desarme de los buques franceses. Esto, en la práctica, suponía la suspensión del artículo 8, que había sido la excusa que justificó el ataque británico.⁶⁵ Por tanto, Hitler decidió mantener el imperio francés intacto en lugar de repartirlo entre Franco y Mussolini. Esto complicó sus relaciones con ambos dictadores y limitó sus opciones estratégicas en el Mediterráneo. La resolución combativa de Gran Bretaña fue un revés para Hitler, que esperaba poder llegar a un compromiso en el que los británicos tolerarían la hegemonía alemana en el continente a cambio de permitirles conservar su imperio. Si Gran Bretaña rechazaba llegar a un acuerdo, la razón debía ser que Londres contaba con la entrada eventual de la URSS en la guerra. Por tanto, Hitler optó por ignorar a sus asesores, que sugerían que el Mediterráneo era el mejor lugar en el que presionar a Gran Bretaña para que aceptase negociar la paz. Pero los impedimentos para esto eran inmensos, en especial porque ni Franco ni Mussolini le permitieron, en ese momento, acceder a ese teatro. Mazalquivir y la complejidad del Mediterráneo convencieron a Hitler de que debía atacar Rusia para arrancar «la última daga continental» de manos de Churchill. Un conflicto continental y racial, después de todo, era algo que Hitler podía comprender. El Mediterráneo le aburría y le exasperaba.⁶⁶

NOTAS

- 1 D. M. Smith, 1982, 72, 112-113
- 2 M. Knox, 2000, 31-35
- 3 D. M. Smith, *op. cit.*, 248
- 4 R. Mallett, 1998, 12. «Mussolini seguía creyendo que solo podría cumplir sus metas imperiales junto a Hitler», concluye la historia oficial alemana de la Segunda Guerra Mundial. Existen diversos motivos que explican por qué el ministro italiano de Exteriores se mostró en ocasiones ambivalente. Primero, porque, al contrario que su suegro, Ciano quería romper con Hitler. Segundo, Mussolini realizaba demostraciones de independencia periódicas para hacer ver que no dependía únicamente del alemán. Finalmente, Mussolini temía que Alemania y la Unión Soviética se repartieran los Balcanes. Pero esto no impactó lo más mínimo sobre la actitud progermana de Mussolini. «Mussolini siguió considerando a las democracias occidentales el enemigo y a Alemania su aliada». G. Schreiber, *et al.*, 1995, 16-17, 19, 23.
- 5 R. Mallett, *ibid.*, 191; F.W. Deakin, 1962, 5.
- 6 D. M. Smith, *op. cit.*, 243-245, 251.
- 7 A. Speer, 1970, 106.
- 8 D. M. Smith, *op. cit.*, 240-241.
- 9 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 108.
- 10 *Ibid.*, 25-39.
- 11 *Ibid.*, 42.
- 12 D. M. Smith, *op. cit.*, 248.
- 13 W. Ansel, 1972, 14.
- 14 M. Knox, *op. cit.*, 16.
- 15 D. M. Smith, *op. cit.*, 239-242.
- 16 M. Knox, *op. cit.*, 69-72.
- 17 E. Angelucci y P. Matricardi, 2000, 116-117, 193.ç
- 18 Ch. A. Jellison, 1984, 10-12, 19-22, 38.
- 19 General I. S. O. Playfair, 1954-1988, vol. I, 92-97.
- 20 R. M. Salerno, 2002, 207-209.
- 21 D. M. Smith, *op. cit.*, 254-256.
- 22 *Ibid.*, 247-248, 251-252; F.W. Deakin, *op. cit.*, 12.
- 23 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 247.
- 24 *Ibid.*, 165-173.
- 25 *Ibid.*, 173-179.
- 26 W. S. Churchill, 1948-1955, vol. II, 470.
- 27 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 266-277.
- 28 R. Mallett, *op. cit.*, 2.
- 29 G. Schreiber *et al.*, *op. cit.*, 87.
- 30 Existen diversas estimaciones de los efectivos de la Armada italiana. F. E. Mcmurtrie (ed.), 1939, viii, los sitúa en 7 cruceros pesados, 14 ligeros y 104 submarinos.
- 31 D. Macintyre, 1971, 147-150.
- 32 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 90; M. Knox, *op. cit.*, 60-63, 159-161.
- 33 Almirante F. Maugeri, 1948, 7.
- 34 S.W.C. Pack, 1961, 151.
- 35 M. Knox, *op. cit.*, 161-162.
- 36 D. Macintyre, *op. cit.*, 151-152.

- 37 General I. S. O. Playfair, *op. cit.*, vol. I, 150-154, 156-159.
- 38 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 256.
- 39 D. Macintyre, *op. cit.*, 151.
- 40 R. M. Salerno, *op. cit.*, 207.
- 41 B. Sullivan, febrero 1988, 119-120.
- 42 J. Greene y A. Massignani, 1998, 146; Playfair da una cifra de 13 destructores italianos. *Op. cit.*, 63.
- 43 El 26 de marzo, la inteligencia británica remitió a Cunningham mensajes descifrados de ENIGMA de la Luftwaffe y del código naval italiano, junto con un informe en el que le advertían de que debía esperar una operación combinada aeronaval en aguas del sur de Grecia, aunque la naturaleza exacta de la operación del Eje no estaba clara. F. H. Hinsley *et al.*, 1979-1988, vol. I, 403-406.
- 44 S.W.C. Pack, *op. cit.*, 158.
- 45 [<http://www.regiamarina.it/>]. Buena parte de este relato se ha extraído de S.W.C. Pack, *op. cit.*, 1961.
- 46 J. Greene y A. Massignani, *op. cit.*, 145-160; general I. S. O. Playfair, *op. cit.*, vol. II, 61-69; F. H. Hinsley *et al.*, *op. cit.*, 403-406, G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 668-670.
- 47 R. Mallett, *op. cit.*, 3, 172-173.
- 48 D. Macintyre, *op. cit.*, 214-215.
- 49 Dicho esto, la combinación de ULTRA y radar probablemente habría hecho que los portaaviones italianos corrieran la misma suerte que la flota mercante. *Vid.* J. J. Sadkovich, 1994, 335. Sadkovich presenta, por lo general, una evaluación optimista de la Marina italiana. Para una opinión más pesimista, *vid.* M. Knox, *op. cit.*, 59-61.
- 50 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 90-91.
- 51 M. Knox, *op. cit.*, 28.
- 52 W. Ansel, *op. cit.*, 3.
- 53 *Vid.* M. Knox, «The Italian Armed Forces, 1940-1943» en A. Millett y W. Murray, 1990, 146.
- 54 M. Knox, *ibid.*, 142, 143, 153, 158, 160, 167-168.
- 55 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 209-210, 213.
- 56 W. Ansel, *op. cit.*, 19, 21-22, 64-65, 72-73.
- 57 G. Schreiber, *et al.*, *op. cit.*, 236-239, 245-246.
- 58 A. J. Marder, 1974, 226.
- 59 *Ibid.*, 218-219,
- 60 *Ibid.*, 228-259, 264-265.
- 61 *Ibid.*, 272-273.
- 62 *Ibid.*, 282.
- 63 General I. S. O. Playfair, *op. cit.*, vol. I, 130-143.
- 64 W. Ansel, *op. cit.*, 1972, 12-13.
- 65 A. J. Marder, *op. cit.*, 279.
- 66 W. Ansel, *op. cit.*, 12-14.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Una obra de excepcional autoridad [...] Porch es un escritor con un control extraordinario de cada avenida, pero también de cada callejuela, de su tema».

Max Hastings, *The Sunday Telegraph*

La importancia del teatro de operaciones mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial a menudo se ha minusvalorado. Sin embargo, este rompedor libro argumenta que el Mediterráneo fue el escenario crucial de la contienda europea, el enlace sin el cual a los ejércitos aliados les hubiera sido imposible pasar de Dunkerque al Día D. Douglas Porch, uno de los historiadores militares más agudos de la actualidad, realiza una síntesis que encadena las campañas individuales en el norte de África, Grecia y Creta, el cuerno de África, Siria e Irak, así como en Sicilia e Italia. Pero Porch también analiza el teatro mediterráneo en el contexto estratégico global e incide en cómo proporcionó una alternativa a los aliados que evitó el cruce prematuro del canal de la Mancha en 1943, que hubiera puesto en peligro el resultado final de la guerra.

«Un análisis ágil y absorbente. Ningún otro acercamiento al tema se aproxima a la narrativa de Porch y a su amplitud de miras, su ojo para el detalle y sus convincentes juicios [...] Una obra monumental y una contribución sobresaliente a nuestra comprensión de la Segunda Guerra Mundial».

John Whiteclay Chambers II,
The Washington Post Book World

ISBN: 978-84-949540-3-0



9 788494 954030

P.V.P.: 29,95 €

**SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL**